





**VICENTE BLASCO IBÁÑEZ**  
**Aventura veneciana y otros cuentos**

Estudio y edición de Emilio Sales Dasí



**AJUNTAMENT DE VALÈNCIA**

REGIDORIA DE PATRIMONI I RECURSOS CULTURALS

Colección: Biblioteca Blasco Ibáñez

© De esta edición: Ajuntament de València.

Regidoria de Patrimoni i Recursos Culturals

© Del Estudio preliminar: Emilio Sales (Casa Museo Blasco Ibáñez)

ISBN: 978-84-9089-148-3

D.L.: V-3437-2018

Imprime: La gráfica comunicació

# Índice

|                                       |     |
|---------------------------------------|-----|
| Estudio preliminar.....               | 9   |
| Cuentos:                              |     |
| <i>Los talismanes</i> .....           | 25  |
| <i>Un desencanto</i> .....            | 33  |
| <i>Un aria y un dúo</i> .....         | 37  |
| <i>Aventura veneciana</i> .....       | 41  |
| <i>Las últimas notas</i> .....        | 47  |
| <i>La Nochebuena en Polonia</i> ..... | 53  |
| <i>Episodio maternal</i> .....        | 61  |
| <i>El violinista</i> .....            | 69  |
| <i>El premio gordo</i> .....          | 81  |
| <i>Noche de invierno</i> .....        | 89  |
| <i>El perro del brigadier</i> .....   | 97  |
| <i>Amoríos en la luna</i> .....       | 109 |
| <i>¡Mátala!</i> .....                 | 125 |
| <i>La hija</i> .....                  | 131 |
| Anexos:                               |     |
| <i>La rosa del certamen</i> .....     | 147 |
| <i>La Chucha</i> .....                | 153 |



Hi hagué un temps en què Vicente Blasco Ibáñez contribuí a difondre el nom de València en remotes latituds. La fama internacional de l'il·lustre personatge valencià hi portava aparellat que el nom de la seua ciutat i del seu poble es projectara més enllà de les nostres fronteres. És, per tant, una obligació i un privilegi de l'Ajuntament de València acceptar el compromís de preservar i difondre el seu llegat amb els instruments que té al seu abast. Si amb motiu del 150 aniversari del naixement de l'escriptor se'l va homenatjar des de la Regidoria de Patrimoni i Recursos Culturals amb una sèrie d'actuacions dirigides a tots els públics, ara em complau escriure unes breus línies per a rebre una nova publicació blasquista. Amb l'edició d'esta antologia de contes, no solament es demostra la nostra sensibilitat permanent envers l'obra del novel·lista, sinó la intenció de treballar en la mateixa línia apuntada per ell mateix. Vicente Blasco Ibáñez va proclamar que el progrés de la societat a soles podria ser possible amb una millor formació de cadascun dels seus individus. Així doncs, perquè la cultura és imprescindible per a obrir nous horitzons, des d'ací vos convida a la lectura d'estes ficcions per a deixar-nos seduir pels vols imaginatius de l'autor.

Gloria Tello Company  
Tinenta d'alcalde  
Coordinadora de l'Àrea de Cultura



## ESTUDIO PRELIMINAR

### La necesidad de la hemeroteca

El recurso a la hemeroteca es para el estudioso de la literatura una opción que, sin duda, debería tenerse muy en cuenta. Y mucho más cuando de lo que interesa es recomponer el retrato de personajes como Vicente Blasco Ibáñez. Ya no se trata simplemente de atender a una de las facetas en la que descolló el novelista valenciano. En efecto, harto conocida es su vinculación con la prensa. Primero, como colaborador en *El Correo de Valencia*, desde 1886; luego, como fundador del semanario revolucionario *La Bandera Federal*, financiado por su socio Remigio Herrero, en 1889; y cinco años después, en 1894, como director de *El Pueblo*, empresa periodística que a la postre tuvo una notable repercusión en la sociedad valenciana de entresiglos. En un principio, la prensa fue contemplada como pequeña fuente de ingresos. Pero el joven Blasco Ibáñez pronto advirtió que el periodismo era un privilegiado instrumento para combatir las anquilosadas estructuras políticas de la Restauración decimonónica, a la vez que se erigió en magnífico trampolín para afianzar su carrera política. Como en tantos otros aspectos de su novelesca existencia, la prensa vino a satisfacer esa doble tensión que, por un lado, se proyectaba con vocación proselitista, al servicio de los demás, a esos a los que había que convencer de las maravillas de un futuro régimen republicano; mientras que, por otra parte, respondía a unas expectativas personales más pragmáticas y desinteresadas.

Apropiándonos de las palabras de Antonio Laguna Platero, a través del mundo de la prensa Blasco Ibáñez demostró ser un auténtico comunicador, que no solo arremetió contra instituciones como la Monarquía, la Iglesia o el Ejército, sino que, además, se significó por su deseo de culturizar a los grupos sociales más humildes<sup>1</sup>. Pero al mismo tiempo, en él latió el irresistible deseo de expandir sus horizontes más allá de unas invisibles fronteras geográficas. De ahí su interés por colaborar en diarios nacionales, o en periódicos, pongamos por caso, de Argentina, México, Francia o los Estados Unidos.

Con lo dicho no se agota, sin embargo, el lazo que une al novelista con la prensa. Si fuese posible elaborar un registro con las apariciones de su nombre en toda la prensa nacional e internacional mientras estuvo vivo, el número de entradas que obtendríamos ascendería a miles de referencias. Ahora lo que él escribió, pero también sus respuestas a las entrevistas que concedió en las más diversas latitudes, las opiniones a favor o en contra de sus actividades políticas o sobre sus obras, las noticias que generaron sus viajes o sus encuentros con determinadas personalidades, los reclamos publicitarios sobre la publicación de un nuevo título suyo o de un libro en el que figuraba como traductor o editor, las reseñas sobre la adaptación teatral o cinematográfica de muchas de sus novelas. Un inventario, en fin, tan extenso, que acreditaría su protagonismo y la repercusión mediática de su figura más allá de lo que con frecuencia se ha venido a decir.

En el mismo sentido, reduciendo los límites de la búsqueda, la consulta de la hemeroteca puede deparar sorpresas interesantes para quienes conocen las estrategias habituales de Blasco Ibáñez como escritor y editor. En sus inicios como novelista siguió las prácticas de la época y varias de sus obras se fueron publicando por entregas en el folletín de un diario, antes de editarse en un volumen. Que Blasco Ibáñez esperaba obtener el máximo rédito de sus escritos es una cuestión que vuelve a ponerse de relieve cuando publica en la prensa sus crónicas o artículos de un viaje que está llevando a cabo y, luego, ensambla

---

<sup>1</sup> Véase al respecto: «De propagandista de la política a propagador de la cultura. Vicente Blasco Ibáñez, un comunicador de éxito», *Debats*, 64-65 (1999), pp. 121-135.

en un conjunto tales impresiones viajeras. Recuérdese, por ejemplo, que los artículos sobre su itinerario por diversos países europeos con destino a Constantinopla se fueron publicando en *El Liberal* de Madrid, *La Nación* de Buenos Aires y *El Imparcial* de México. Además de eso, en una carta de 2 de septiembre de 1907, dirigida a Fernando Llorca, el escritor daba unas instrucciones muy concretas:

Los artículos, conforme aparezcan, agrúpelos por naciones y forme con ellos un largo artículo en capítulos para los periódicos de América. Si ve algo que no corresponde para allá, quítelo. Al mismo tiempo, busque un ejemplar de los artículos publicados y *guarde los que vayan saliendo para el tomo que haré después.*<sup>2</sup>

Muy similar fue el recorrido que realizaron muchos cuentos hasta ser recogidos en un volumen: primero, publicados en la prensa y en determinadas revistas literarias; después, reunidos por el propio escritor bajo un mismo título aglutinador. Asimismo, el afán blasquista de enriquecer cada uno de sus productos editoriales daría pie a la reedición de un volumen al que se incorporaban nuevos relatos y se le cambiaba el título. Piénsese en cómo el número de historias creció desde los *Cuentos grises* (1899) a *La condenada* (1900), y lo mismo ocurriría en la transición de los *Cuentos de la guerra* (1918) a *El préstamo de la difunta* (1920). Precisamente porque el autor estaba tan empeñado en publicitar y explotar comercialmente su narrativa breve, resulta más enigmático el hecho de que algunos de sus cuentos quedaran condenados a la existencia efímera de su publicación en el folletín de un diario o en las páginas de una revista literaria.

En su catálogo bibliográfico de la obra de Blasco Ibáñez, Antonio Espinós Quero<sup>3</sup> ya documentó la existencia de varios relatos por los que su autor no pareció volver a interesarse. ¿Desconfiaba acaso de su calidad y atractivo? ¿Fueron olvidados por su propio creador, incapaz de atender a los múltiples avatares de su existencia? Ahora,

---

<sup>2</sup> El destacado es nuestro.

<sup>3</sup> *La obra literaria de Vicente Blasco Ibáñez. Catálogo de las ediciones*, València, Diputació de València, 1999.

después de que, en 1978, la editorial Aguilar incorporase a la colección de las Obras completas del novelista siete de las narraciones breves publicadas en *La Ilustración Ibérica*<sup>4</sup>, tales historias se reúnen con otras tantas<sup>5</sup>, editadas por primera vez en volumen, con la finalidad de ahondar en el conocimiento de la narrativa blasquista, a la vez que la recopilación antológica permite ilustrar la precocidad literaria del escritor y ampliar la esfera referencial en que este se movió en sus inicios creativos<sup>6</sup>.

### El joven cuentista

A excepción de los relatos «¡Mátala!» y «La hija», las historias que conforman este compendio fueron escritas con anterioridad a lo que el propio escritor consideraba como el verdadero comienzo de su trayectoria artística. Al cabo de los años, Blasco fijó este inicio en sus novelas de costumbres contemporáneas, léase valencianas. Dejaba al margen, e incluso repudiaba como basura romántica aquellos escritos redactados antes de la publicación de *Arroz y tartana* en 1894. Quizá como si albergase el temor de que la naturaleza de su narrativa juvenil y panfletaria viniese a empañar la reputación alcanzada décadas más tarde<sup>7</sup>.

Aun a riesgo de atentar contra la voluntad del novelista, sus primeros relatos destacan como ejemplo perfecto de la necesidad de contar que siempre confesó aquel: «Si no tuviese lectores, escribiría relatos para mí mismo. Llevo dentro el demonio de la novela»<sup>8</sup>. La vocación

<sup>4</sup> Véase el tomo vi, pp. 1077-1119.

<sup>5</sup> Podemos atribuirle a Carmen Menéndez Onrubia el rescate del relato «El perro del brigadier», en «Un cuento de Blasco Ibáñez en la *Revista de las Provincias* (1889)», *Anales galdosianos*, 36 (2001), pp. 167-176.

<sup>6</sup> Dejamos fuera de la compilación el breve texto «*Post mortem*» (1885), Ms. 22.328, que puede consultarse en la Biblioteca Digital Hispánica, de la BNE. Más que un relato, se antoja una especie de ficción alegórica en la que se rinde homenaje al escritor Bernat i Baldoví en su llegada al Parnaso.

<sup>7</sup> Ramos González del Rivero «Vicente Blasco Ibáñez, *alter ego* del joven que escribía basura romántica. Mirada panorámica a los primeros años de su carrera literaria (1883 a 1894)», *Revista de Estudios sobre Blasco Ibáñez*, 2 (2013), pp. 71-83.

<sup>8</sup> E. Estévez-Ortega, «La última entrevista con Blasco Ibáñez», *Nuevo Mundo*, 10-II-1928.

relatora fue algo instintivo, ciertamente, pero no se forjó en el ámbito de la novela, sino en el del cuento. Y además, ese impulso se materializó muy pronto. Con tan solo dieciséis años, ya se lanzaba a la aventura editorial con la publicación de dos revistas: *El Miguelete* y *El Turia*, que no sobrevivieron más allá del primer número y en las que incorporó su primer «esbozo narrativo», como se explicará más adelante. Nos situamos en el año de 1883, y a finales del mismo año el impetuoso jovencuelo se escapaba a Madrid, donde ejercería como amanuense del famoso folletinista Manuel Fernández y González. Por las mismas fechas, merced a su relación amistosa con Constantí Llombart, se atrevía también con la lengua vernácula para componer el cuento «*La torre de Boatella*». Según contaba su hija Libertad<sup>9</sup>, Blasco daba pábulo a su imaginación muchas veces a escondidas de su padre. Su afición lectora había dejado en él un poso tan profundo que solo podía saciar a través de la escritura.

Para entonces el hechizo de la literatura era paralelo a la sugestión de las ideas políticas que le llevaban a simpatizar ardorosamente con el republicanismo. Ya no se trata de si Blasco fue primero escritor o político. Significativamente, la estrecha relación que entabló con Llombart, y que le acercaría al movimiento valencianista de *Lo Rat Penat*, estaba basada en una comunidad de intereses artísticos y una misma afinidad por el progresismo federalista. Pese a cursar en aquella época los estudios de Derecho, el espíritu blasquista se orientaba en otras direcciones. ¿La sempiterna aspiración a la fama, quizá? Es lo que nos hace presumir el hecho de que busque acomodo para sus historias en las publicaciones de su entorno más próximo. Su nombre aparece en el *Calendari llemosí de Lo Rat Penat* correspondiente a 1883 y a 1884, allí donde figuran, respectivamente, sus leyendas «*La torre de Boatella*» y «*Fátimah*». Pero al mismo tiempo que coquetea con el valenciano y entronca sus invenciones con las tendencias literarias de la *Societat d'amadors de les glòries valencianes*, también edita otros relatos en el Almanaque de *El Mercantil Valenciano* de 1884 («Los talismanes») y el Almanaque de *Las Provincias* de 1886

---

<sup>9</sup> *Vicente Blasco Ibáñez, su vida y su tiempo*, València, Ajuntament, 2016, p. 33-34.

(«Aventura veneciana»). Si la ocasión es oportuna, no duda en colaborar en revistas de un corte menos oficialista como *El Diablo Cojuelo*<sup>10</sup>, en 1885 («Un desencanto» y «Un aria y un dúo»).

De acuerdo con el perfil de la publicación a la que dirigía sus escritos, Blasco pudo mostrar cierta versatilidad en cuanto al motivo argumental elegido y el tono con que lo desarrollaba. De ahí que no deba extrañar el enfoque lúdico y malicioso que le imprime a la ficción en «Un aria y un dúo», donde juega con el protagonista desde el principio de la historia al apellidarle como «Manso», en virtud de su filiación con el tipo del inocente cornudo. Incluso se deja sugestionar por la atmósfera de misterio que constituye el principal atractivo de «El perro del brigadier», historia con ciertos resabios de la narración gótica y donde la muerte se convierte en inesperada amenaza.

No obstante, en su bagaje narrativo predominan los textos que delatan una innegable herencia libresca. La mayoría de sus biógrafos coinciden a la hora de destacar la amplitud de títulos devorados de forma entusiasta por el joven que prefería la literatura a la monotonía de las aulas. Por ejemplo, Emilio Gascó Contell asevera: «leía a Víctor Hugo, a Michelet, a Walter Scott, al poeta Arolas; leía toda la literatura nacional o traducida, antigua o moderna, que querían ofrecerle buenamente los librerías de viejo»<sup>11</sup>. Ahora bien, entre este vasto panorama referencial, se impone la tendencia a seguir las sendas de un romanticismo histórico. Si dicho movimiento se hallaba en franca retirada en otros lares peninsulares, en Valencia todavía tenía sus cultivadores entre aquellos que usaban la plu-

---

<sup>10</sup> Signifíquese que la dirección de este diario se le atribuía a Pepito Villalonga, personaje curioso de la Valencia de finales del XIX al que Azorín describió en estos términos: «En toda gran ciudad, y aún en los pueblos chicos, hay un personaje festivo que encarna el espíritu público de regocijo. En Valencia ese personaje era don Pepito Villalonga. No se sabía nada de su persona. Pero denotaba la procedencia de familia distinguida. Don Pepito estaba en todas partes. Vestido con amplio traje raído, el difunto era mayor, y cubierto con hongo grasiento, había en él cierta dignidad. Don Pepito era un hombre serio. El hecho de que no se le pudiera apear el “don” lo indicaba. Don Pepito hacía mandados y otros servicios útiles» (*Valencia*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1941, p. 99).

<sup>11</sup> *Genio y figura de Blasco Ibáñez. Agitador, aventurero y novelista*, València, Ajuntament, 2012, p. 50.

ma para ofrecer un culto reverente a la lengua *llemosina*. Complementariamente, recuérdese que, durante las semanas en que Blasco estuvo fugado en Madrid, llegó a colaborar en la redacción de los folletines de Fernández y González. Desde ambos ángulos, el joven escritor se veía impelido a frecuentar los tiempos medievales, situando la peripecia de sus personajes en torno a las murallas de la Valencia musulmana, a punto de ser conquistada por las tropas capitaneadas por el rey Conquistador.

Cuentos como «Los talismanes» y el inacabado «La rosa del certamen» tendrían justa cabida en la primera colección de relatos que el autor publicó, en 1887, en *El Correo de Valencia*, y que llevaba por título *Fantasías: leyendas y tradiciones*. De un lado, existía entre ellos una comunidad de ambientes, por los que transitaban intrépidos guerreros cristianos y musulmanes, cuya existencia podía verse sacudida de pronto por el amor y por resortes igualmente impetuosos como la sed de venganza. Por el otro, la misma condición legendaria de unas tramas que obligaban al narrador a poner de manifiesto sus aptitudes para recrear una época muy distante, acudiendo a figuras como los juglares o deteniéndose en la descripción de las armas de los pretéritos adalides.

A medida que su estilo fue afinándose y cada vez se hizo más evidente su opción idiomática por el castellano<sup>12</sup>, su inclinación por lo medieval fue compaginándose con un mayor predicamento de los ambientes contemporáneos, pese a que el efecto realidad no comportó un interés paralelo, ni mucho menos, por el documento objetivo. En ello tuvo mucho que ver el concurso de las influencias románticas que parecían negarse a desaparecer. Entonces, en lugar de los caballeros

---

<sup>12</sup> Aparte de que sus padres eran oriundos de Aragón, en Blasco Ibáñez pesaba, sobre todo, el deseo de llegar al mayor número posible de lectores. En función de esta exigencia, ya en 1887, en la sección literaria del Ateneo Científico de Valencia, expuso con precisión un argumento del que se hace eco Javier Varela: «el joven literato defendió entonces una tesis sobre la imposibilidad de una novela escrita en valenciano, por las características sociales y lingüísticas de la región. De las tres clases –señala– en que acostumbra dividirse la sociedad, solo hablan valenciano los comprendidos en la clase popular. Por tanto, de emplearse esta lengua, por fuerza debería estrecharse y moverse en círculos muy determinados» (*El último conquistador: Blasco Ibáñez (1867-1928)*, Madrid, Tecnos, 2015, p.104).

armados, accedieron a sus relatos jóvenes sensibles que buscaban el ideal a través de la música o de la mujer única e inalcanzable. El mismo Blasco Ibáñez nos orientaba sobre la procedencia literaria de tales predilecciones nada más empezar la «Historia de una guzla», relato incluido en su volumen *Fantasías*:

A nadie mejor que a ella podían apropiársele aquellos célebres versos del insigne Bécquer:

*Del salón en el ángulo oscuro,  
de su dueño tal vez olvidada,  
silenciosa y cubierta de polvo...*

Efectivamente, la huella becqueriana es tan palpable en la mención de sus versos como en la deriva argumental de cuentos como «Las últimas notas», «El violinista», «Un desencanto» y «Amoríos en la luna». Mientras en las dos primeras historias el piano (que, además, se ostentaba «silencioso y cerrado en un extremo de la habitación») y el violín son instrumentos con que los personajes tratan de hallar el mágico secreto de lo indecible a partir de las dulces armonías y sobrenaturales cadencias, en los otros dos casos sus protagonistas efectúan una fantásica labor creativa hasta el extremo de crear una mujer por la que suspiran e incluso pone a prueba los límites de su cordura. En especial, «Amoríos en la luna» exhibe una peculiar factura becqueriana. Si acaso como nueva síntesis de leyendas célebres como «El rayo de luna» y «Los ojos verdes», en tanto que las aspiraciones del novelesco Federico lo elevan por encima de los espíritus vulgares y persiguen una quimera, sin miedo a desgajarse del prosaísmo de la realidad tangible.

Como ocurriría años después, los primeros tanteos literarios de Blasco Ibáñez no pudieron confinarse a la evocación de épocas lejanas ni a los vuelos imaginativos por regiones insondables. Su fervor patriótico y su progresismo también pugnaban por asomar a la ficción. En la «Aventura veneciana», su presencia se reduce a la identidad de uno de sus protagonistas, el mismo D. Juan de Olmedilla, expatriado liberal que va a tener un inesperado encuentro con Lord Byron. Sin embargo, «La Nochebuena en Polonia» y «Episodio maternal»

vinieron a coincidir en los dramáticos efectos provocados por la dominación de unas naciones sobre otras. En el primero de los relatos, el ansia de libertad y de independencia incita a una familia de polacos a entonar con tonos épicos el grito de rebelión contra el opresor ruso. En el otro, la revuelta armada contra el invasor francés tiñe de sangre las calles de una localidad española, al tiempo que una madre inválida asiste impotente al avance sobrecogedor de la barbarie humana. La traslación narrativa de tanta violencia se convierte ya en ese instante en claro prelude de la propensión naturalista del escritor a subrayar los aspectos más sórdidos y brutales de la realidad.

Los cuentos mencionados hasta ahora se corresponden con un periodo cronológico en el que Blasco compaginaba la creación con los estudios universitarios de Derecho (1882-1888). Fueron años de actividad frenética para aquel que quería abrirse camino con las letras, empezaba a significarse en los casinos republicanos de la ciudad o se fogueaba en el mundo del periodismo. A la vez que escribía estos relatos, también dialogaba con la historia local y nacional con ensayos como *Hugo de Moncada* y las novelas *El conde Garci-Fernández* y ¡Por la patria! (*Romeu el guerrillero*), o ficcionalizaba argumentos de temas contemporáneos en *El adiós de Schubert* y *Mademoiselle Norma*, libros todos ellos publicados en 1888. El cuento «Amoríos en la luna» terminó de publicarse por entregas poco antes de que el autor tuviera que huir a Francia (julio de 1890), al abrírsele expediente de procesamiento por haber liderado la manifestación de repulsa a la llegada al gobierno de Cánovas del Castillo. De regreso a España afirmaría sus credenciales de revolucionario y agitador, dando muestra de su apuesta radical en textos panfletarios con *La araña negra*. Solo cuatro años más tarde, en 1894, con el arranque de su serie valenciana parecía dar por concluida su etapa romántica, nuevo Victor Hugo revivido tras las barricadas.

Precisamente a su época más naturalista pertenece el relato «¡Mátala!». En principio, no se presume motivo alguno para que este cuento quedara al margen de cualquiera de los volúmenes de relatos que escribió en fechas muy próximas. Sin ir más lejos, la ambientación carcelaria en que discurre la historia, y que le era tan familiar al pro-

pio novelista por sus constantes recaídas en prisión, propició el hilo argumental de textos como «La corrección» (1895), «La condenada» (1897) y «Un funcionario» (1898). En todo caso, aquí se advierte de forma nítida la evolución estilística de un escritor que sabe dotar de un ritmo más fluido el curso oracional, alejándose de la rémora arcaizante que caracterizaba sus primeros cuentos. Asimismo, la anécdota encarece el protagonismo de las pasiones primarias, instintivas, en la resolución del conflicto planteado, amoldándose así a la conducta que, veladamente, tanto reprochó Blasco a muchos personajes de sus novelas valencianas, lastrados por su falta de formación.

En última instancia, el cuento «La hija» tiene su punto de arranque en las propias expectativas del novelista en un periodo muy concreto de su existencia. La figura de don Bruno Rendueles fácilmente puede entenderse como la proyección ficcional de su creador, por el hecho de tratarse de un «gallego», de un español que buscó su particular Dorado en Argentina. También Blasco vislumbró aquel país como tierra de promisión donde podría amasar con rapidez una suculenta fortuna y, persuadido de este sueño, empeñó su economía intentando poner en marcha dos vastas colonias agrícolas que bautizaría con los nombres tan sonoros de Cervantes y Nueva Valencia. Más allá del curso que toman los sucesos para el inocente Rendueles, la narración nos distancia definitivamente de las maneras y las pretensiones románticas que exhibió su autor en sus primeros textos. La intención de alcanzar los laureles de la celebridad se había visto contagiada por un designio más pragmático y materialista. Claro que, en el fondo, la aventura argentina de Blasco Ibáñez también respondía a una urgencia vinculada a los afanes con que proyectaba su futuro: allí se recortaba la silueta de una mujer, una dama cosmopolita, Elena Ortúzar, cuya aparición le haría reescribir su cuaderno de bitácora.

## **Los anexos**

Se incluyen como anexos dos escritos de calado muy distinto, la autoría del segundo de los cuales llegó a ser motivo de discusión y rumorología en la prensa nacional de la época.

«La rosa del certamen» es un relato inacabado, como se ha dicho más arriba, algo así como un «esbozo», pues resulta imposible atisbar una problemática concreta más allá de la presentación de la que se intuye una de sus protagonistas. Al fin y al cabo dicha historia sufrió idénticas vicisitudes a la de las revistas donde iba a materializarse. El joven Blasco, pese a no tener la edad estipulada por la Ley de imprenta, acudió a un taller de la plaza de Santa Irene, al que concurrían diversos escritores valencianos y se imprimían varios periódicos. En menos de un mes logró sacar a la luz el primer número de *El Miguelete*, teniendo que modificar el nombre de la revista por aquel de *El Turia*, que tampoco sobreviviría a su primera entrega. Aunque la empresa editorial apenas prosperó, José Luis León Roca destaca la satisfacción de su director: «No importa que la revista no se venda, que se agoten los escasísimos fondos de que [se dispone] y que la publicación, por esta causa, deje de editarse»<sup>13</sup>. Si acaso, ha logrado darse a conocer entre el mundillo literario de Valencia.

La autoría del segundo cuento, «La Chucha», es, en realidad, cuestión indemostrable, si bien ha figurado siempre entre las producciones cuentísticas de doña Emilia Pardo Bazán. Sobre esta cuestión, podemos leer, desde una perspectiva que puede antojarse parcial, los comentarios de Libertad Blasco Ibáñez. De acuerdo con ellos, cuando el diario *El Liberal* convocó un certamen literario, ambos novelistas realizaron una apuesta. Mientras doña Emilia confiaba en la imparcialidad del jurado, Blasco Ibáñez ponía en duda que un periódico conservador le concediese el premio a un republicano como él. De ahí que cada uno escribiera su relato y lo presentase con la firma del otro<sup>14</sup>. La decisión del concurso solo le asignó el segundo lugar al que debía pertenecer a la novelista gallega, por detrás del cuento de José Nogales, «Las tres cosas del tío Juan». De inmediato, la posibilidad de un intercambio de firmas saltó a la prensa.

El 31 de enero de 1900, en las páginas de *El Globo* y de *El Nacional* atribuyen a Blasco Ibáñez la redacción de «La Chucha». Ante tal hipótesis, un día después, en *El País* se le pide a la misma Pardo Ba-

<sup>13</sup> Vicente Blasco Ibáñez, Valencia, 1990<sup>4</sup>, p. 43.

<sup>14</sup> Véase Vicente Blasco Ibáñez, *su vida y su tiempo*, op. cit., p. 195.

zán que aclare el asunto. El 2 de febrero, es *El Liberal* el que se hace eco de las palabras de Blasco Ibáñez, interesado en confirmar que «carece de fundamento el trueque de nombres de que se ha hablado». El 3 de febrero, *El Globo* lamenta haber dado pábulo a falsas y maliciosas habladurías. Aun así, el asunto sigue levantando una espesa polvareda. En uno de sus famosos «Paliques», en *El Heraldo de Madrid*, de 7 de febrero, Clarín prefiere no terciar en la polémica, manteniendo una postura muy diplomática: «Hay quien dice que La Chucha no es de la señora Pardo, sino de Blasco Ibáñez. No lo sé. Lo mismo Blasco Ibáñez que la Pardo Bazán han escrito muchos cuentos muy hermosos, y de cualquiera de ellos puede ser La Chucha».

Más de dos décadas después de los hechos referidos, el 30 de enero de 1926, Roberto Castrovido, amigo de Blasco y encargado de la dirección de *El Pueblo* en una época, volvería a sacar a la luz el asunto en *La Voz*. Otra vez la versión ofrecida se corresponde con una fuente vinculada al novelista. Pese a ello, resultan interesantes:

El asunto de *La Chucha* lo sacó Blasco Ibáñez del relato que le hiciera de un suceso real el entonces director del Penal de San Miguel de los Reyes, D. José Millán Astray, gran conversador, aménisimo narrador, portento de memoria, sólido juicio y fino ingenio. Escribió el cuento, lo leyó a doña Emilia, y esta señora leyó a su vez otro que tenía compuesto. Por jugueteo literario convinieron presentar sus cuentos al concurso cambiándolos de firma.<sup>15</sup>

A partir de estas versiones, ya no es posible avalar cualquier conjetura sobre la autoría del cuento. La tesis que la asignaría a Blasco quizá solo halle respaldo en el hecho de que el escritor compuso otros relatos de tema análogo. Eso sí, cuanto menos queda flotando en el aire la sospecha de que algo extraño ocurrió. Posiblemente, a causa del grado de intimidad que ambos novelistas mantuvieron

---

<sup>15</sup> Al igual que Blasco, también doña Emilia pudo tener acceso a la anécdota real en que se inspiró el cuento a partir de la misma fuente informante: «El día 25 de septiembre [de 1899], el señor Millán Astray, que entonces era jefe o director del penal de San Miguel de los Reyes, invitó a la ilustre escritora a visitar la institución, cosa que esta hizo no sin hondo pesar y sentimiento» (José Luis León Roca, *Los amores de Blasco Ibáñez*, Valencia, Mare Nostrum, 1992, p. 85).

durante un tiempo. En el segundo semestre de 1899, pocas semanas antes de la resolución del concurso de *El Liberal*, doña Emilia realizó dos visitas a Valencia, participando en diversos actos públicos en los que Blasco ofició como cicerone. Se llegó a decir que la propia escritora había atendido a su amigo como enfermera mientras este se restablecía de la herida recibida en un duelo con Diego Fernández Arias, redactor de *La Correspondencia Militar*. Tal supuesto habría despertado las iras de María Blasco del Cacho, esposa del novelista.

Con el paso del tiempo, finiquitado el hipotético *affaire* sentimental entre ambos literatos, Blasco pudo modificar la opinión que le merecía la novelista gallega. Carmen Bravo-Villasante toma partido por esta última, aludiendo al virulento cambio de actitud del escritor:

con el rencor y falta de escrúpulos que caracterizan de vez en cuando a Blasco, con una turbia ordinariez muy en consecuencia con su naturalismo, el escritor vengativo, antes tan amable y cariñoso, se torna el peor enemigo de la Pardo con su mala lengua, que teje en torno a ella una leyenda de lascivia<sup>16</sup>.

Aunque la relación entre las dos figuras de la narrativa española dejó abiertas las puertas a los más acres resentimientos, es muy plausible que dicho vínculo trascendiese las fronteras de lo fraternal para convertirse en aventura amorosa<sup>17</sup>. En este contexto se debió gestar la redacción de «La Chucha». Hubiese nacido o no de su pluma, a Blasco seguramente no le importaría tanto satisfacer a su ego como no poner en entredicho el prestigio de su amiga. Luego, la cuestión ya sería muy diferente. El terreno quedaría abonado a cualquier especulación.

---

<sup>16</sup> *Vida y obra de Emilia Pardo Bazán*, Madrid, Revista de Occidente, 1962, p. 229.

<sup>17</sup> Contaba el Caballero Audaz que la noticia de la muerte de doña Emilia le sorprendió cenando con Blasco Ibáñez en el Palace Hotel: «Entonces, glosando el tema ante la estupefacción de todos, Blasco Ibáñez, de sobremesa, se deleitó en referirnos sus aventuras amorosas con aquella dama ilustre, durante toda una época lejana de juventud, narrando los episodios de la más sucia lubricidad, los más íntimos escarceos con todo lujo de detalles» (*El novelista que vendió a su patria o Tartarin, revolucionario (una triste historia de actualidad)*, Madrid, Renacimiento, 1924, p. 44).



# **CUENTOS**



# LOS TALISMANES<sup>1</sup>

## (Leyenda árabe)

A las orillas del Guadalaviar, que murmurando se arrastraba por su arenisco lecho, y en un castillejo situado como a una legua de Valencia, que a causa de su estado ruinoso se hallaba abandonado por sus dueños, vivía a mediados del siglo XI, o sea bajo el reinado de Abubecar Alcamen, un viejo de extraña catadura, de rostro negro y apergaminado, y de encorvada espalda, el cual era tenido como un sabio por los buenos creyentes, pues según ellos, gracias a los terribles conjuros que había aprendido en unos libros viejísimos escritos en extraños caracteres, podía disponer como gustase y cuando quisiere de Eblis<sup>2</sup> y los más terribles elementos.

Nadie sabía quién era ni de dónde venía; un día los campesinos que habitaban cerca del castillo le vieron aparecer en él, y lo extraño de su figura, unido a que durante la noche se oía su tenebrosa voz entonar unos fúnebres cantos, fue lo que indujo a los alarbes a creer que el viejo era uno de aquellos sabios nigromantes, tan propios de aquella edad.

Y en efecto, cualquier buen creyente que hubiese entrado en su destartalada estancia, al ver aquellas paredes negras, cuajadas de signos cabalísticos, a más de aquella confusión de libros, redomas, esqueletos y astrolabios, no hubiera podido sentirse menos presa de un invencible temor.

---

<sup>1</sup> Almanaque de *El Mercantil Valenciano*, año 1884, pp. 257-263.

<sup>2</sup> Nombre que los árabes dan al diablo (*N. del A.*).

En una noche de invierno, de cielo negro y aire huracanado, el viejo nigromante, a la azulada luz de una lámpara, cuya llama batía el fuerte viento, leía en voz alta en un libro viejo, pronunciando extrañas palabras que retumbaban en la silenciosa estancia.

De repente el viejo cesó en sus monótonos recitados y escuchó con atención un ruido semejante al producido por la carrera de un caballo, que se oía cerca del castillo. Por fin este cesó, y al poco rato se escucharon algunos pasos cerca de la cámara, hasta que por fin, en el dintel de la puerta y destacándose sobre la oscuridad, apareció un joven alarbe, envuelto en un blanco alquicel<sup>3</sup>, por bajo del cual asomaba una roja marlota<sup>4</sup>, mientras que su cabeza la cubría un caftán del mismo color, arrollado a un rico capellar<sup>5</sup> de acero. Todo esto, unido a unas fuertes calzas de malla y una rica espada, formaba el traje del joven, el cual era el que vestían los soldados de la guardia del rey.

El recién venido se detuvo al ver el extraño aspecto de la habitación, mas el viejo le gritó:

—Entra, creyente, entra y no temas, pues te encuentras en la casa de un elegido de Alá.

—Señor —dijo el mancebo, mirando al viejo con el respeto que a los árabes inspiraba la ancianidad—, yo venía a que tú, puesto que eres un sabio, me...

—Sé a lo que vienes, Abdalla.

—¡Cómo! —dijo el joven con extrañeza no exenta de admiración—. ¿Sabes mi nombre?

—Y también tu historia. Tú, Abdalla, eres un pobre joven que no has conocido a tus padres y que apenas nacido fuiste ya abandonado en el umbral de casa del santo faquí<sup>6</sup> Sidi Aben-Reduan, el cual te crio como a un hijo, y gracias a él pudiste cuando ya fuiste mayor entrar en la guardia del rey, llegando al poco tiempo a ser uno de los soldados más valientes que de ella formaban parte. Hace poco tiempo, una ma-

<sup>3</sup> Prenda morisca, generalmente de lana, a modo de capa.

<sup>4</sup> Prenda similar a un sayo que se ajustaba al cuerpo.

<sup>5</sup> Especie de manto que cubría y adornaba la cabeza.

<sup>6</sup> Sabio de la ley musulmana.

ñana, en que apoyado en tu fuerte lanza guardabas una de las puertas interiores del alcázar real, viste asomada en un ajimez<sup>7</sup>, envuelto el rostro en luenga toca, a Adalifa, la sultana favorita. El viento, deseoso de que tú admirases la espléndida hermosura de la reina, levantó los extremos de la tela que la cubría la cara, dejando esta descubierta a tiempo que tú levantabas la cara. Tú, joven y fogoso, como es natural quedaste completamente enamorado de la sultana, que apenas se vio descubierta, retirase ligera del ajimez. Cualquiera de tus compañeros al encontrarse en tu situación hubiese pretendido olvidar aquella visión por todos los medios posibles, pues era cosa terrible el arrostrar la cólera del rey; mas tú, por cuyas venas corre una sangre altiva, noble y valiente, como la de un león, sin pensar que Adalifa era tu reina, resolviste adquirir su amor a todo precio, aunque en ello te fuese la misma cabeza. Pasaron los días, y estos con sus horas de gozo y tristeza, no pudieron borrar de tu memoria el recuerdo de Adalifa. Anteanoche, al guardar una de las puertas del alcázar que dan al jardín, pudiste ver cómo el gallardo y noble valí<sup>8</sup> Aben-Hamete echaba una escalera a un ajimez de la cámara de Adalifa y trepaba por ella para ser recibido en lo alto por dos hermosos brazos, mientras que un amoroso beso resonaba en el silencio. Desde entonces que tu alma es un verdadero infierno. Como si realmente fueses el dueño de Adalifa, tú te sentiste atacado por el demonio de los celos, y de aquí que con el puñal desnudo aguardases la vuelta del valí para darle muerte. Afortunadamente una chispa de razón brilló en tu acalorado cerebro y te retiraste para pasar dos días de cruel incertidumbre, durante los cuales has batallado con la idea de matar al valí, hasta que por fin te has decidido a venir a consultarme. ¡Bendito sea Alá que te ha sugerido tal idea! Y bien, Abdalla, ¿quieres matar al valí Hamete?

—¡Ah!, lo deseo. Su muerte es precisa.

—Pues bien, morirá. El valí posee un fuerte talismán que yo le di, merced al cual ha logrado enamorar a Adalifa, a más de convertirse en

---

<sup>7</sup> Ventana arqueada con una pilastrilla central o mainel.

<sup>8</sup> Gobernador.

invencible; pero no desmayes, Abdalla, tú tienes otro talismán mucho más poderoso que el del valí, el cual siempre has llevado encima y cuyo valor nunca has podido apreciar.

—Os engañáis. El talismán tal vez será una joya y yo soy pobre y no poseo otra más que un medallón en el que hay grabado un signo extraño. Con él me dejaron abandonado a la puerta del sabio faquí que me recogió.

—Pues ese es el talismán del que te hablo.

—¿Y con él soy invencible? Pues Aben-Hamete pronto morirá.

—Harás bien, joven, y que el poderoso Alá te presente pronto la ocasión. Parte, y que la luz del nuevo día alumbré el cadáver del valí.

—¡Alá te guarde!, venerable sabio. Mas antes de partir, justo es que pague, ya que no con dinero, pues soy pobre, las importantes declaraciones que me has hecho. Toma mi espada y guárdala como un recuerdo. Aunque pobre, jamás ha sido empañada por la deshonra, y si alguna vez se ha manchado, ha sido con sangre cristiana.

—Llévatela, Abdalla, y mata con ella al valí. ¡Alá te prospere!

—Él te dé largos años de vida.

Y el joven, después de hacer una profunda zalema, salió de la habitación, oyéndose al poco rato el trotar de su caballo, mientras que el sabio nigromante se sentaba otra vez frente al libro, y al mismo tiempo que sus labios se contraían por una diabólica sonrisa, murmuraba:

—He aquí cómo Eblis me trae la venganza. Los mismos hijos con su muerte me vengarán de las ofensas del padre.

## II

Cabalgando en gallardo caballo que aspiraba con sus dilatadas narices el fresco viento de la mañana, vistiendo marlota morada y blanco albornoz sobre acerada cota de malla, y empuñando fuerte lanza y moteada adarga, salía por una de las puertas de Valencia con dirección a la playa el joven valí Sidi Aben-Hamete, seguido solamente de un fuerte caballero, cuyo traje y armas, tan ricas como las del valí, no podían borrar su aspecto semisalvaje.

En su pecho ardía una concentrada rabia, que bien se traslucía en sus lucientes ojos. La noche anterior, cuando en la zambra<sup>9</sup> dada por el rey en los hermosos jardines de su palacio se paseaba gentilmente luciendo su magnífico traje por frente las más altas damas, un joven perteneciente a la guardia real se había atrevido a insultarle delante de un grupo de caballeros. Hamete no podía tolerar ni aun sombra de aquello, por lo que lleno de furia había dicho al guardia:

—¡Mañana cuando el sol nazca, en la playa!

Y por ello, fiel a su palabra y seguido de aquel caballero que debía servirle de testigo, se dirigía en busca del imprudente joven, el cual no era otro que Abdalla. Y los dos jinetes siguieron el curso del Guadalaviar, cuyas entonces caudalosas aguas se deslizaban atropelladamente; y galopando por su orilla, fueron perdiendo de vista a la ciudad, hasta que por fin llegaron a la arenosa playa al mismo tiempo que el sol, asomando su faz por la azul llanura del mar, hacía chispear con sus primeros rayos las doradas flechas en que remataban los altos alminares de las mezquitas.

Así que llegaron los dos caballeros alarbes, vieron a la orilla del mar dos hombres igualmente vestidos y armados, que impacientes hacían caracolear sus caballos. Hamete reconoció en ellos a Abdalla y otro joven perteneciente a la guardia del rey.

—¡Alá os guarde! —dijo el valí dirigiéndose a los dos jóvenes.

—Él os prospere, noble valí —dijo Abdalla—. Como suponía que te acompañaría alguno que hiciese de testigo, yo he traído a este amigo.

—Has hecho bien —dijo el valí con impaciencia—. Pero comencemos, pues quiero matarte, aunque públicamente te retractases de tu insulto. Así sabrán todos que no se juega impunemente con el valí Aben-Hamete.

—¡Ah!, no temas que me retracte. Tu muerte me es mucho más precisa que la mía a ti.

—Pues comencemos, y Alá sea contigo, pues te juro que vas a morir.

—Infeliz —murmuró Abdalla—, se cree poderoso con su talismán. —Y luego continuó en voz alta:— ¡Comencemos!

---

<sup>9</sup> Fiesta con bailes y gran bulla.

Y los dos se separaron a alguna distancia, permanecieron quedos y mirándose durante algunos instantes, y clavando poco después los acicates en los ijares de sus caballos, rápidos como flechas lanzáronse el uno sobre el otro.

Las lanzas hiciéronse trizas en el encuentro, quedando sus hierros clavados en las adargas. Entonces arrojaron estas al suelo y, desenvainando sus limpias espadas, comenzaron a hacer caracolear sus caballos, mientras se daban con ellas tan fuertes golpes, que rompían en pedazos las armaduras. A las primeras cuchilladas, Abdalla logró dar una fuerte estocada al valí, por la que comenzó a arrojar abundante sangre; mas este, conociendo que la debilidad se apoderaba de él, reunió todas sus fuerzas y, alzándose sobre los estribos, dio tan fuerte al guardia sobre la cabeza, que, rompiéndole el capellar, le partió la cabeza y acabó con su vida. El cadáver de Abdalla cayó al suelo manchando con su sangre su blanco alquicel y la dorada arena de la playa.

Hamete desmontó y, apoyado en su ensangrentada espada, púsose a contemplar el cadáver de su enemigo, sin hacer caso de la mucha sangre que sin cesar manaba de su herida, cuando vio aparecer ante él repentinamente a un hombre que no era otro que el viejo nigromante.

—¡Alá te guarde, viejo sabio! —dijo el valí—. ¿Sabes que de poco me ha servido el talismán que te compré?

—¿Acaso no has muerto a ese hombre?

—Sí, pero él me ha herido gravemente y cada vez pierdo más sangre.

—No temas. La herida no es tan grave como crees. Aguarda, voy a curarte.

Y el viejo, diciendo esto, rasgó la toca del valí y con ella le vendó la herida, no sin que antes pusiese en ella el contenido de cierta redoma que sacó del pecho.

—Ahora bien, valí, no temas la muerte, pero escucha. ¿Tú recuerdas el sello que tu padre ponía en todas sus armas y objetos más queridos?

—Sí. ¿Mas para qué me lo preguntas?

—Examina esto —dijo el nigromante.

Y al mismo tiempo se inclinó y, desabrochando las ropas de Abdalla, le arrancó del pecho un gran medallón, en el cual veíanse grabados en tinta azul algunos signos extraños.

—¡Oh!, ¿qué es esto? —gritó asombrado el valí—. Esto es el signo de mi padre.

—Has acertado.

—¿Y cómo podía poseer este hombre tal joya?

—Valí, ese hombre era tu hermano.

—¡Mi hermano! —gritó Hamete con acento indescriptible—. Y tú lo sabías y no me has advertido. ¡Ah, miserable!

—Calma, valí, cálmate y escucha lo que voy a contarte, pues con ello muy bien comprenderás lo sucedido aquí. Tu noble padre hará cosa de unos veinticuatro años, cuando era el caballero más gallardo y valiente que seguía al rey en sus conquistas, enamorose de una joven, aunque pobre, hermosa y noble, la cual era la prometida de un guerrero valiente y audaz que había nacido allá en los desiertos africanos. Tu padre, merced a sus muchas riquezas y poderío, logró la mano de ella; se casaron, y mientras alguno lloraba de rabia y despecho, los dos eran felices, pues la amada del guerrero, como al fin era mujer, no tardó mucho en olvidar su primer amor.

Y pasó el tiempo. Ella tuvo dos hijos hermosos y gallardos, los cuales estaban destinados a ser los caballeros más valientes de la corte del rey de Valencia, cuando la muerte la sorprendió de manera tan misteriosa, que tu mismo padre creyó que había sido envenenada. Y en efecto así era. El pobre guerrero, cuyos amores abandonó tu madre, al recibir los desdenes de esta envejeció víctima del dolor; mas como buen hijo del África, tenía un corazón vengativo, por lo que, abandonando su militar profesión, dedicose a la nigromancia y astrología, ciencias que desde pequeño conocía algo. Compuso un eficaz veneno y, por medio de la traición de un esclavo, lo administró a tu madre, que, como antes te he dicho, murió de una manera misteriosa. Mas no paró aquí su venganza. Una mañana apareció muerto tu padre sobre su lecho, de una manera tan natural, que los médicos más sabios no pudieron saber que el

tosigo autor de la muerte de su esposa había muerto al esposo. En el mismo día en que esto sucedió, tu hermano pequeño desapareció de su casa, sin que nadie pudiese saber jamás su paradero. ¿Sabes quién fue el matador de tu padre y el raptor de tu hermano? Aquel hombre tan fatal para tu familia. El amante de tu madre.

—¿Quién es ese hombre? —gritó el valí con exaltación—. Dime quién es para que muera.

—Ese hombre soy yo —dijo irguiéndose el viejo.

—¡Tú!, aguarda, miserable —dijo el valí blandiendo la espada; mas en el mismo momento, tambaleose y cayó de rodillas sobre la arena.

—¡Por Alá!, ¿qué te sucede valí? —dijo el viejo con acento sarcástico—. ¿Tú, el poderoso, caes? ¡Ah! —añadió cambiando de tono—. Vas a morir. Al vendar tu herida he colocado sobre ella un principio mortal, y muy pronto expirarás. Tú acudiste a mí en busca de un talismán que te hiciese invencible, yo lancé a tu hermano sobre ti, haciéndole creer que poseía otro superior al tuyo. Ellos han sido los que han ayudado a mi venganza. Muere, valí, muere, que tu muerte y la de tu hermano sacien esta sed de venganza que en mí existe.

Y el viejo nigromante, al decir estas palabras, estaba tan terrible, que el caballero y el guardia testigos del desafío le contemplaban con un terror supersticioso que les impedía moverse.

Hamete, tendido en tierra, también le contemplaba con moribundos ojos; mas por fin apagose la escasa luz que estos despedían, y quedó muerto.

Entonces el nigromante miró por vez postrera a los dos caballeros y se alejó diciendo:

—Ya está satisfecha mi venganza.

Y al poco rato desapareció, quedando solamente en la playa dos vivos que, sin salir todavía de su estupefacción, contemplaban a dos muertos.

# UN DESENCANTO<sup>1</sup>

## I

A los dos meses de vivir en la coronada villa Perico López se encontraba con que conocía a Madrid tanto como cuando vegetaba bajo los rojizos tejados de su pueblo natal.

Esto reconocía una causa: Perico había abandonado su hogar y su familia, no para hacer una vida desordenada y pasear a todas horas por las calles de Madrid, sino para crearse una posición con aquel talento que Dios le había deparado y poder honrar con su nombre el pueblo en que vio la luz del día.

Si la pretensión era inmodesta o no, queda a cargo del curioso lector. Yo por mi parte lo que puedo asegurar es que Perico trabajaba sin descanso para lograr su deseo y se pasaba las noches enteras en el pequeño cuarto que habitaba en una humilde casa de huéspedes, escribe que te escribe, emborronando cuartillas a la luz de inodora bujía, mientras las manos y los pies se le entumecían de frío.

Perico tenía la firme convicción de que el escalón que le ayudaría a alcanzar la inmortalidad sería el de la novela, cosa tan absurda como ridícula para los que conocen el oficio.

---

<sup>1</sup> *El Diablo Cojuelo: diario satírico, literario, artístico, ilustrado ¡musical! e imparcial*, 19 de abril de 1885, pp. 10-11.

Y el buen López se pasaba las horas enteras encerrado en su cuarto dando fin a una obra de más que regular tamaño, la cual pensaba endosar al primer editor que encontrase.

Con este motivo, Perico permanecía la mayor parte del día en casa, y podía decirse que Madrid, excepción hecha de la Puerta del Sol y calles adyacentes, le era tan desconocido como la capital de China.

Pero en aquella misma soledad, el joven novelista buscó un algo que le acompañase, y lo encontró en una mujer ideal que forjó su mente y con la cual podía dialogar a su sabor a todas horas del día.

Todo el infinito caudal de dichas que el amor proporciona lo gustó Perico idealmente con aquel invisible ser, y en las frías noches del invierno cuando en su cuarto no se escuchaba otra cosa que el crujir de la pluma sobre el papel, el joven creía sentir sobre su cuello el candoroso contacto de dos candorosos brazos que le estrechaban, y aún le parecía que unos ojos brillantes contemplaban por encima de sus hombros lo que su pluma iba escribiendo.

Perico, sin él notarlo, fue enamorándose poco a poco de su concepción; y como él creía que en el mundo todo existía, un día se dijo:

—Esta mujer debe vivir en la tierra, y tal vez en Madrid. El problema es buscarla. Vamos, pues, a encontrar la solución.

## II

Y desde aquel día Perico trabajó menos y paseó más.

Él había puesto un rostro a su amada fantástica y ese rostro es el que buscaba bajo todos los sombreros, pañuelos y mantillas que su vista alcanzaba.

Pero los días pasaban y la mujer no aparecía.

Perico no por esto desanimaba, antes al contrario, en todas partes creía ver a su adorada. Momentos hubo en que pasó de una acera a la otra creyendo ver a la realización de sus ensueños para encontrarse con algún bigotudo guardia que tranquilamente miraba la parte de donde soplaba el viento.

Embozado en su capilla, Perico pasábase las horas muertas por la Puerta del Sol, y era concurrente asiduo a la esquina de la calle de la Montera para contemplar los escuadrones de modistas que para eterno alborozo de estudiantes y militares adornan con su gracia las calles de la coronada villa. Pero por fin un día Perico pudo decir *Eureka*, pues encontró a la mujer tan buscada. Iba envuelta en un amplio mantón y caminaba sola y con ese rápido paso peculiar de las jóvenes por la calle de la Montera arriba.

### III

Excusado será el decir que Perico apenas la vio cuando comenzó a seguirla.

—Es ella, no hay duda. Su semejanza es completa con la mujer de mis ensueños. ¡Razón tenía yo al asegurar que existía!

Y López siguió recreándose en la contemplación de la que adoraba.

Después de pasados algunos minutos, los dos, perseguida y perseguidor, llegaron a la calle de la Reina, y la primera penetró en una casa de buena apariencia y gran patio, no sin antes arrojar una incendiaria mirada sobre López, que en aquel instante creía volverse loco.

Cuando el joven quedó solo y parado en el centro de la calle, comenzó a murmurar.

—¡Diablo! La casa tiene una apariencia suntuosa. Y qué farolote tan grande hay en el patio. Ella debe vivir en el último piso porque su aspecto no es el de ninguna millonaria. ¡Calla! Y en el principal tocan el piano. ¡Pero qué significa esto! La gente que pasa me mira y se ríe. ¡Ah!, ya comprendo. Estoy plantado en medio de la calle y llamo la atención de todos. Me arrimaré a la pared de enfrente. Ya estoy, y desde aquí veo perfectamente los salones. Pues señor, la muchacha es tan hermosa como inocente. En sus ojos se lee el candor, y apostaría la cabeza a que es uno de esos ángeles que ganan su sustento con el trabajo y no ceden ante los ataques del honor. Pero calla, ya volvemos a lo de antes, todos me miran y se ríen. Pues lo que es ahora estoy arrimado a la pared. Parece que nunca hayan visto a ningún rondador de bellezas. Pero

estas dos chulas que ahora salen del mismo patio, ¡esas también se ríen! Y aún me parece haber oído la palabra ¡tonto! Lo habrán dicho por ese caballero de chistera que ahora entra en la casa. ¡Hola! Y tras él entran una cuadrillita de chulos que parecen chispos<sup>2</sup>. ¿Quién vivirá en esa casa? No parece sino que en ella se gana jubileo por la gente que sube y baja. ¡Esto de no conocer Madrid! Tendré que preguntar a cualquiera. A propósito, ahora entra un camarero en el patio. Él aclarará mis dudas.

Y Perico, al decir esto, acercose a la casa y preguntó a un mozo de delantal blanco que se disponía a subir la escalera con una bandeja de cafés.

—Diga V., amigo. ¿Quién vive aquí?

El interpelado, al escuchar esto, sonriose con extrañeza y malicia y murmuró en los oídos de Perico unas palabras que hicieron palidecer su rostro.

Momentos después, López se alejaba calle arriba murmurando.

—Y yo que hace un instante apostaba la cabeza por la virtud de una mujer que concurre a casas como esa. ¡Ay, Madrid!, tienes más cosas dignas de ver que algunos creen.

Y el joven triste y cariacontecido por el derrumbamiento de sus ilusiones acabó su monólogo con aquella quintilla de Espronceda que comienza:

«Hojas del árbol caídas»<sup>3</sup>.

---

<sup>2</sup> Hombres achispados, bebidos.

<sup>3</sup> La quintilla en cuestión («Hojas del árbol caídas / juguetes del viento son: / Las ilusiones perdidas / ¡ay! son hojas desprendidas / del árbol del corazón») pertenece a la Parte segunda de *El estudiante de Salamanca*.

# UN ARIA Y UN DÚO<sup>1</sup>

## I

### Personajes

Juan Manso era en toda la extensión de la palabra lo que la gente llama un buen chico.

Y lo era tanto que sus amigos y compañeros solo le conocían por Juan Lanás, a causa de lo apocado de su carácter, que fácilmente se doblegaba ante las exigencias de su mujer, señora tan orgullosa como bella y de tan buenos conocimientos entre la alta sociedad que merced a ellos había logrado alcanzar un más que regular empleo para su esposo.

Diputados, altos funcionarios y otros *pájaros* de igual rango eran las habituales visitas de la casa, lo cual llenaba de gozo a Juan, que se relamía de gusto al ver la envidia que le profesaban sus compañeros de oficina por sus poderosas amistades.

Pero nunca brilla sin mancha el sol de la felicidad, y por lo mismo aquella alegría de Juan se nublaba con la presencia de su suegra, respetable señora con aires de guardia civil y acciones de facineroso capaz de hacer desesperar a la misma paciencia.

---

<sup>1</sup> *El Diablo Cojuelo: diario satírico, literario, artístico, ilustrado ¡musical! e imparcial*, 26 de abril de 1885, p. 11.

Pintar los sinsabores que a Juan acarrea su suegra fuera cosa de no acabar jamás, por lo que dejaremos que el mismo interesado tome la palabra para relatarnos sus desventuras.

## II

### Aria

*Apurar cielos pretendo. Ya que me tratáis así. Qué delito cometí<sup>2</sup>, para que esta suegra me esté martirizando de una manera tan continua.*

¡Vive el cielo!, que la paciencia se me acaba al mismo tiempo que la salud y el reposo, y sospecho que cualquier día voy a hacer una barbaridad en aras de mi paz doméstica.

¡Tan dichoso que sería yo con mi mujer si no existiese de por medio esa calamidad viviente de su mamá!

Porque ella (no mi suegra, sino mi mujer), es muy a propósito para formar la dicha de cualquier mortal.

A más de su hermosura (que no es poca), tiene ese trato tan fino y delicado, tiene esa... esa simpatía, ¡vamos!, como que el cielo la ha dado cualidad que me ha valido a mí la protección de estos numerosos amigos con que cuento y algunos de los cuales no tardarán en ocupar un ministerio.

El otro día, sin ir más lejos, el jefe de mi negociado se hacía lenguas delante de mis compañeros de la amabilidad de mi mujer.

Otro en mi lugar abrigaría sospechas y tal vez creyesen...

Pero yo no pienso en tales cosas.

Creo mucho en la fidelidad de mi mujer.

Yo tengo seguridad de que me es más fiel que un perro.

Pero a qué comparar mi esposa a un perro.

La que lo es y verdaderamente es mi suegrecita.

Y atacada de hidrofobia.

---

<sup>2</sup> El narrador reescribe los versos del famoso monólogo de Segismundo en la Jornada primera, parte II, de *La vida es sueño*, de Calderón de la Barca.

¡Divino cielo!, ¿por qué no envías para acá una pulmonía o tabardillo<sup>3</sup> que cargue con ella?

### III

#### Dúo

—¡Pobre madre mía!, ¡ay Juan! Estoy inconsolable.

—Lo creo, hija mía, lo creo. Al fin y al cabo era tu madre y, además, su bello carácter hace el que sea muy difícil olvidarla. (Y tanto como no la olvidaré).

—Morir tan joven.

—Ya lo creo. No tenía más que unos cincuenta años. Además se conservaba muy bien. Era bastante guapa y tenía a quien parecersele.

—¡Adulador! Eso no está bien.

—¿Qué es lo que no está bien, que tu madre haya muerto?

—Y a propósito, Juan, será preciso que nos hagamos trajes de luto.

—Sí, mujer, todos los que quieras. (Así como así esos eran los trajes que más deseos tenía en llevar).

—Yo con media docena de vestiditos estoy lista.

—No son muchos en verdad.

—Y dos pares de ligas negras.

—Eso no es necesario.

—¿Lo crees tú así?

—Vaya si lo creo. Con las que tienes verdes y encarnadas puedes pasar lo mismo porque no es cosa que se ve.

—Te digo que necesito ligas negras. Si no las llevase de ese color, qué concepto formarían de mi cariño filial los amigos que nos visitan.

—¡¡Las ligas negras!! ¡¡Los amigos que las vean!! ¡¡Horror!!!

Y es fama que al decir con acento trágico estas palabras, el bueno de Juan Manso llevose repetidas veces la mano a la frente como si sintiese crecer en ella algún cuerpo extraño.

---

<sup>3</sup> Tifus.



# AVENTURA VENECIANA<sup>1</sup>

## I

Cuando las once de la noche sonaban lentas y graves en la alta y esbelta torre de la iglesia de San Marcos, Venecia comenzaba a presentar ese aspecto fantástico que, enardeciendo la imaginación de los soñadores, les ha hecho ver en ella al hada del Adriático, dormitando sobre un lecho de tranquilas aguas y arrullada por las frescas brisas marinas.

Allá a lo lejos, sonaba junto con los rumores de una ciudad que se agita levemente antes de contraer el sueño la última nota de la melancólica cantinela del gondolero, acompañada por el golpe del remo, y el chasquido de las lucientes gotas al caer sobre la tersa superficie del mar.

La luna reflejaba su nacarado disco en las rizadas aguas; sobre el iluminado cielo recortábanse las cúpulas y torrecillas de los altos palacios, y en el seno de la espesa sombra que estos proyectaban en ambas orillas de los canales, veíanse deslizarse rápidamente alguna que otra góndola entre el sinnúmero de buques anclados, que en la oscuridad semejaban un rebaño de monstruos marinos.

<sup>1</sup> Almanaque de *Las Provincias*, año 1886, pp. 237-241; reimpresso en *El Pueblo*, 29 de enero de 1928.

En alguna que otra ventana brillaba una luz, y del interior de algunas casas suntuosas salían báquicas carcajadas que, envueltas en las delicadas armonías de algún instrumento, delataban escandalosas orgías.

Se veían cerrar portones y vidrieras, pero en cambio ligeros rechinamientos denotaban algunas rejas abiertas para dejar paso a un sinnúmero de enamoradas frases, nacidas al pie del muro y desde el fondo de una barca.

El Gran Canal estaba poco menos que desierto, pues solamente una pequeña góndola, tripulada por un hombre, se mecía en su centro.

Aquel hombre demostraba por su traje que no pertenecía a la categoría de los gondoleros, y en su rostro se notaban ciertos rasgos enérgicos, que desmentían todo aspecto italiano, y aseguraban un origen árabe o de parecida raza.

Estaba recostado sobre la popa de su esquife, y mientras contemplaba con vaga mirada el aspecto de la ciudad, sus labios murmuraban estas palabras en español:

—¡Qué parecido existe entre la patria mía y tú, desgraciada Venecia! Las dos gemís, víctimas de terrible tiranía, y vuestros hijos padecen y callan, privados de toda libertad. ¡Palacio de los Dux, que en este momento te bañas en la luz de la luna!, tu colosal mole parece el descarnado esqueleto de la Venecia libre de otros tiempos, verdadera reina de los mares, y que ahora llora con lágrimas de rabia su impotencia bajo la dominación de los austriacos. ¡Cuándo llegará el día en que rompas tus cadenas y te muestres a la faz del mundo tal como eres! ¡Oh! Si ese sagrado movimiento de independencia estallase ahora, yo empuñaría la espada para defenderte con la triste alegría del proscrito que se mira lejos de la patria y que muere por una libertad que no es la suya.

Y el desconocido murmuraba estas palabras con amargo acento, mientras una lágrima asomaba a sus ojos, y su memoria corría en alas de la imaginación a lugares más lejanos.

Pero de pronto la góndola sufrió una violenta sacudida, que hizo volver a la realidad a su único tripulante, y mientras un costado de ella

se inclinaba hasta la superficie del mar, un hombre saltó en su interior con la ropa en desorden y chorreando agua por todas partes.

## II

El que de una manera tan imprevista acababa de presentarse era un joven de regular estatura, sobre cuyos hombros descansaba una de esas cabezas, que no es preciso más que verlas una sola vez para reconocer que dentro de ellas bulle ese *algo* concedido por Dios o la suerte a un reducido número de mortales.

El más hábil cincel griego quizá no hubiera logrado reproducir aquellas líneas fisonómicas, nacidas entre las manos de la naturaleza, y ningún pintor del mundo hubiera podido copiar fielmente aquellos ojos, en el fondo de los cuales brillaban la pasión y la altivez, junto con la más cruel y sardónica melancolía.

Su traje, a pesar del deplorable estado en que se hallaba y el natural descuido con que lo vestía, demostraba su calidad lujosa, y le daba al recién llegado un tinte de indiscutible elegancia.

—¿Quién sois, caballero? ¿Por dónde habéis venido?

—¿Qué queréis? —preguntó pasados algunos instantes en lenguaje italiano el tripulante de la góndola al misterioso recién llegado.

—Mucho preguntáis, buen amigo —contestó este en el mismo italiano— para que pueda responderos al momento. Procurad alejaros lo posible de aquella ribera y os contestaré entonces, pues nada tendría de extraño que viniesen de allá algunos balazos, como expresión de simpatía y amistad.

Al escuchar esto el dueño de la góndola, que sin duda se sentía atraído por aquel hombre, empujó el remo, y muy pronto la embarcación se deslizó canal abajo, mientras se sentaba en la popa el misterioso personaje.

Durante algún rato este permaneció silencioso, pero por fin dijo con curiosidad:

—¿Según parece, por vuestro traje y aspecto, no sois un gondolero que gana su subsistencia con el remo?

—Caballero —contestó con altivez el interpelado—, soy un hidalgo, hijo de Sevilla; me llamó D. Juan de Olmedilla, y en la actualidad me encuentro expatriado por el solo delito de haber sido diputado en las Cortes de Cádiz de 1812 y profesor de ideas liberales.

Al escuchar estas palabras el personaje que preguntaba, levantose rápidamente, y dijo con una voz no exenta de melancólica entonación:

—¡Ah! Dichoso vos que habéis nacido en aquel país, cuna del valor y de las grandes pasiones. ¡España! Tú eres la nación en que yo debía haber visto la luz del día. ¡Oh tierra del sol y del amor! Si alguna vez te olvido, quiera el cielo privarme de todo, hasta de la facultad de orar.

Tras estas palabras reinaron algunos instantes de silencio, que por fin interrumpió el español diciendo:

—¿Y podré yo por mi parte saber quién sois vos, caballero?

—Soy de Inglaterra, pero nada hay en mí que me delate como a hijo de aquel país frío y calculador. Yo he nacido para abrasarme en el sol de España, para gozar bajo el cielo de Italia o para dormirme sobre las ruinas de Grecia. No me preguntéis nada más, pues solo os sabré contestar diciendo que soy una criatura lanzada al mundo por equivocación, o un hombre que se aburre en todas partes y que solo encuentra distracción en los placeres del amor.

—¿Y no podréis decirme la causa que os ha obligado a aparecer en mi góndola de una manera tan inesperada?

—Intentaban matarme.

—¿Quién?

—La mejor manera de contestaros es recordándoos aquel verso tan célebre de vuestro inmortal Quevedo: *¿Quién es ella?*<sup>2</sup> Siempre que presenciéis alguna cosa que salga de los límites de lo normal, tened por seguro que la tal ella anda de por medio. ¡Oh!, ¡las mujeres!, ¡las mujeres! Hermosas criaturas nacidas para causar los más grandes

---

<sup>2</sup> Posiblemente el autor estaba pensando en el drama histórico en verso *¿Quién es ella?* (1849), de Bretón de los Herreros, en el que Francisco de Quevedo interviene como personaje central.

males, que saben mentir con tanta gracia y a quienes tan bien sienta la mentira.

—En muy mal concepto las tenéis.

—Caballero, en el más fundado, pues hablo por experiencia propia. Por causa de una, hace pocos momentos he expuesto mi vida. Ella me atrae como sirena engañosa, y su amor apenas si me resarce de los mil contratiempos que me hacen sufrir las iras de su marido.

—Huid de ella; es lo mejor que podéis hacer.

—No puedo. Me lo impide esa invisible fuerza que arrastra a los hombres a su perdición. ¡Oh amor!, que tuviste a César por cortesano, a Tito por señor, a Antonio por esclavo, a Ovidio por maestro y a Safo por poetisa; si es verdad que no podemos llamarte diablo, déjanos al menos que te apellidemos el dios del mal.

—¿Y habéis logrado escapar de la asechanza que os preparaba el esposo de vuestra amada?

—Sí, gracias a mi habilidad. Cuando aún no hace media hora salía yo de su palacio, llevando todavía impresas sobre el rostro las huellas de sus caricias, vi que se arrojaban sobre mí algunos hombres, cuyos puñales brillaban a la luz de la luna. Yo estaba desarmado; pero merced a mi fuerza, logré abrirme paso, y arrojándome al agua, me alejé nadando, hasta que por fortuna tropecé con vuestra góndola. Y por cierto que estoy mojado hasta los huesos y necesito despojarme de estas ropas, pues la noche está bastante fresca. Conducidme hasta mi casa. No tenéis que remar mucho, pues es aquel palacio que está situado junto a la embocadura del Gran Canal. Desde aquí se ve.

D. Juan accedió al deseo del misterioso inglés, y pasado un corto espacio de tiempo, la góndola atracaba en el punto indicado.

Entonces el mojado personaje saltó a tierra, y después de estrechar la mano de Olmedilla, se alejó diciendo:

—Gracias, noble español. Venid mañana a verme, pues tendré un gran placer en ser vuestro amigo. Preguntad por Lord Byron.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> En efecto, el escritor inglés residió en Venecia dos años, entre 1817 y 1819.

### III

Al otro día, D. Juan de Olmedilla, impulsado por la simpatía y la curiosidad que en él había despertado aquel extraño inglés, dirigióse al palacio que ya conocía de la noche anterior. Guiado por un criado negro, atravesó algunos salones, adornados con una elegancia artística exenta de toda suntuosidad de mal gusto, y por fin penetró dentro de una habitación, en el centro de la cual, sentado a una gran mesa cargada de libros y rodeada de clásicas estatuas, antiguos jarrones y tapices de remotas edades y rara fabricación, veíase a Lord Byron vestido con un traje casi extravagante, a causa de mezclarse en él algunas prendas árabes, con otras propias de la atildada moda de principios de siglo.

Al ver entrar al español exclamó:

—Venís a tiempo, querido expatriado; pues vais a ver una cosa nacida anoche de nuestro encuentro, y que por el tiempo se irá desarrollando. Pero antes mirad esta carta. Es de mi amada la condesa Guiccioli<sup>4</sup>; y en ella me dice que, si verdaderamente soy caballero y siento amor en mi pecho, vaya a verla, sin miedo a las terribles asechanzas de su marido. ¡Ah!, ¡las mujeres!... Nada les arredra con tal de lograr su objeto. Pero, mirad, amigo mío, mirad lo que ha nacido de nuestro conocimiento. Es un recuerdo a vuestra hermosa patria. ¡Oh Sevilla! ¡Oh paraíso de la tierra!, nunca te podré olvidar.

Y al decir esto el lord, señalaba algunas hojas de papel esparramadas sobre la mesa, en una de las cuales, el liberal Olmedilla pudo leer estas palabras, escritas en inglés: *D. Juan, Poema*<sup>5</sup>.

---

<sup>4</sup> George Gordon Byron mantuvo durante cinco años relaciones sentimentales con la condesa Teresa Guiccioli, atractiva joven rubia casada con un sexagenario.

<sup>5</sup> Byron inició en 1819 la redacción de esta obra, que a su muerte dejó incompleta en el canto XVII.

# LAS ÚLTIMAS NOTAS<sup>1</sup>

## I

Cuando después de una larga enfermedad murió la infeliz María, el dolor que experimentó Rafael fue indescriptible por lo intenso.

A pesar de todo, el desdichado no derramó una lágrima, antes bien sereno e imperturbable asistió completamente solo al entierro de su esposa, y sin conmoverse aparentemente, vio cómo la fúnebre caja que encerraba los restos de su compañera en la vida iba desapareciendo bajo las capas de tierra que el sepulturero arrojaba con aire indiferente.

Dios únicamente pudo conocer los absurdos pensamientos que en aquellos instantes se agitaron en su cerebro, y solamente su alma supo lo mucho que padeció retorciéndose a impulsos del dolor.

Cuando al volver a su casa, bien entrada la noche, Rafael se encontró frente a aquellos numerosos objetos que adornaban su habitación y cada uno de los cuales le recordaba a su esposa o un momento feliz de su vida, no pudo menos de esconder la cabeza entre las manos y llorar de esa manera histérica que parece propiedad de los seres desesperados.

Allí, frente a sus ojos, veíase encerrado en dorado marco el hermoso rostro de la que había dejado de existir, y allí también arregladas

---

<sup>1</sup> *La Ilustración Ibérica*, 17 de julio de 1886, p. 451; y 24 de julio de 1886, p. 474.

en artísticos trofeos, ostentábanse las plateadas coronas como eternos testigos de la gloria tributada al genio.

Rafael era un compositor de los más inspirados y originales.

Había nacido para luchar sin descanso con la vagorosa armonía, arrancándole sus más recónditos secretos, y en sus obras existía ese *quid divinum* misterioso e inexplicable que siempre delata a los grandes genios.

Los artistas superiores necesitan para la creación de sus obras una causa que les anime y empuje.

A Rafael sucedíale lo mismo. Dentro de su cabeza bullía un caos de notas e inspiración, que permanecía desconocido, si no acudía una fuerza extraña que con su impulso lo exteriorizase.

Esta fuerza extraña era para Rafael el amor de su esposa.

Así como Dante y la mayoría de los grandes poetas han necesitado del recuerdo o la existencia de una mujer amada para lanzar al mundo imperecederos cantos, nuestro artista necesitaba las caricias de María, o el encanto que emanaba de sus negros ojos, para dar forma a sus inmensos tesoros de desconocidas armonías.

Por esto mismo al morir su adorada compañera, Rafael sintiose solo en el mundo, y como incompleto (valga la expresión), para producir más obras artísticas.

Pero a pesar de tal impotencia, el compositor sintió aquella noche en que se encontraba solo en su vivienda la necesidad de rendir un homenaje propio de él a la que formó toda su felicidad.

El pintor pasa gran parte de su vida delineando el rostro de su difunta amada, el poeta la canta e inmortaliza, y Rafael guiándose por su corazón de artista quiso expresar el dolor que su alma abrigaba en armonías que pareciesen arrancadas de las celestes arpas.

Crear una melodía extraña, sobrenatural, una melodía que asombrase por sus notas impregnadas de melancolía, una melodía que fuese triste como el susurro del viento entre los fúnebres cipreses, y quejumbrosa como el canto del proscrito; tal fue el ideal que persiguió Rafael desde el día en que su amada dejó de existir.

## II

¡Cuántas noches pasaron para él, imaginando, replegándose en sí mismo como para sorprender la más leve inspiración y procurando interpretar en fugaces sonidos el inmenso caudal de tristeza que encerraba su pecho!

¡Cuántos momentos de desaliento y de rabia al reconocer algunos instantes su impotencia, y qué impulsos de ciega fe y de arrolladora energía!

En las noches de invierno cuando la helada atmósfera empañaba los cristales de las ventanas, la lluvia caía con monótono suspiro sobre la tierra, y de vez en cuando oíase como un trueno lejano el rodar de algún carruaje por la calle, Rafael impulsado por sus tristes recuerdos hacía correr las descarnadas manos en incesante movimiento sobre las teclas de su piano frías como la nieve.

El instrumento parecía cobrar una vida sobrenatural bajo la presión de aquellos ágiles dedos.

Sus entrañas se agitaban atronadoramente, y semejante a un monstruo apocalíptico, rebramaba furioso, despidiendo una respiración fatigosa en la que iban envueltas un sinnúmero de notas que aunque incoherentes, al sonar aisladas, sus ecos formaban un conjunto fantástico y enloquecedor en nada semejante al de una obra humana.

Torrentes de mágica armonía, suspiros angustiosos, ayes de dolor y graciosos motivos que parecían expresar recuerdos de felicidad perdida; todo sonaba sin orden alguno, entre aquella avalancha de notas que atropelladamente se sucedían unas a otras.

Aquellas armonías arrancadas al frío teclado eran más que suficientes para dar inmensa fama a un hombre que no gozara de tan alta reputación como Rafael.

Y sin embargo este se desesperaba al no lograr lo que desde el primer instante habíase propuesto.

El artista deseaba hacer con su obra el más acabado retrato del estado de su corazón.

Ansiaba que las últimas notas de su melodía fuesen fiel expresión de lo que la felicidad siente al ser arrebatada por la muerte, y esto era lo que no podía lograr.

El genio de la música le era obediente mientras creaba y ejecutaba las diferentes partes de su obra, pero al llegar al final, huía de su lado y era en vano todo cuanto batallaba por lograr su deseo.

Su inspiración era insuficiente para crear aquello.

Desde el instante en que comenzó tal combate, los días y las noches no fueron para él más que interminables desesperaciones y luchas para triunfar de tantas dificultades.

Poco a poco, el desaliento, las incesantes fatigas sufridas por realizar su deseo, y el triste recuerdo de María, dieron en junto fatales resultados.

Todas estas causas semejantes a gérmenes de muerte penetraron en el pecho de Rafael, y una noche en que este hallábase como de costumbre luchando con las teclas de su piano para encontrar el apetecido final, presentose en él la tisis con toda su cohorte de alarmantes síntomas.

Desde entonces, que el joven artista comenzó a correr a agigantados pasos por el camino del sepulcro.

Cuando pasado el invierno y la hermosa primavera, llegó el verano con su exuberante vida, Rafael no había avanzado un solo paso en la realización de su deseo, pero en tanto la enfermedad seguía haciendo su carrera, minando rápidamente la existencia del artista.

### III

El piano ostentábase silencioso y cerrado en un extremo de la habitación, y por el suelo veíanse desparramados sin orden alguno, unos cuantos papeles repletos de notas al frente de las cuales veíase trazada a guisa de título esta inscripción: *A María*.

Allí estaban encerradas las dulcísimas armonías, hijas de las largas noches de insomnio, pero el final, aquel maldito final que desesperaba al infeliz compositor, no llenaba las últimas páginas del descabalado cuaderno, pues estas permanecían en blanco.

Rafael estaba junto a una de las ventanas de la habitación recibiendo sobre su demacrado rostro el frío airecillo del otoño y tendido más bien que sentado en una ancha y cómoda butaca.

El aspecto que presentaba el artista daba a entender que había llegado al último punto de su enfermedad. Su rostro marcaba acentuadamente todas sus líneas bajo la piel que lo envolvía, y sus ojos tenían esa luz morteriza que siempre anuncia la proximidad de la muerte.

Tenía la poblada barba bastante enmarañada lo mismo que su negra cabellera, y todo en él denotaba el abandono del que conoce que paulatinamente vasa alejando del mundo.

Era una tarde del frío otoño. A pesar de que el sol todavía arrojaba sobre la tierra su amarillenta luz propia de la estación, un helado vienteillo arrancaba las secas hojas de los árboles que en confuso montón venían a alfombrar el suelo, y las escuetas y negras ramas gemían a su impulso anunciando quejumbrosas la llegada del invierno.

Rafael desde su asiento contemplaba con sonrisa amarga este espectáculo.

En aquellos momentos sentía como la vida iba huyendo de su ser, y a pesar de ello, la eterna pesadilla, el deseo de encontrar el apetecido final dominaba todo su pensamiento.

De pronto, cuando más ensimismado estaba revolviendo los rincones de su inteligencia por encontrar las tan deseadas últimas notas, sintió como una oleada de fuego abrasador subiendo con irresistible empuje por su garganta.

La respiración le faltó, sintió que se ahogaba y haciendo un poderoso esfuerzo levantose de su asiento en el mismo instante que su boca arrojaba sobre la alfombra un buen golpe de sangre.

Aquello era la hemoptisis<sup>2</sup> o más bien dicho la muerte. La escasa fuerza que hasta entonces había animado su cuerpo, desapareció y volvió a caer pesadamente en el sillón sintiendo los efectos de la agonía.

Apenas esto hizo Rafael cuando le ocurrió una cosa que en otra ocasión le hubiera hecho sonreír de placer.

---

<sup>2</sup> Expectoración de sangre procedente de los pulmones o los bronquios.

Del mismo modo como los rayos de luz penetran en una habitación oscura, batallando con la sombra, en su mente fuéronse desarrollando mundos enteros de notas y melodías, que formaban aquel final tan apetecido y que debía ser fiel expresión de los quejidos de la felicidad al ser arrebatado por la muerte.

Esta se vengaba. Cuando Rafael entraba por las puertas de su reino era cuando le daba a conocer aquel misterio por él tan perseguido.

El artista sintió aquel breve poema de armonías como cantado junto a su oído por una voz sobrenatural y cadenciosa.

—¡Eso es!, ¡eso es! —murmuró con acento débil y levantándose empujado por el último esfuerzo de sus nervios fuese acercando al piano.

Pero al llegar junto a él, desplomose sin vida.

Al caer, sus manos tropezaron con el teclado y un trueno de estrepitosas notas conmovió el ámbito de la habitación.

Los sonidos del piano acompañaron por el espacio el alma del artista.

# LA NOCHEBUENA EN POLONIA<sup>1</sup>

*A mi querido amigo Alfredo Opisso*

## I

El interior de la choza presentaba aquella noche un aspecto de fiesta y tranquilidad que llenaba de gozo el alma.

En un rincón ardía el hogar, alumbrando y calentando la estancia con sus rojas llamas, y a su alrededor agrupábase toda la familia.

Iván, con su barba que casi le cubría todo el rostro; su viejo padre, envuelto en mugriento ropón de pieles y sacudiendo las blancas guedejas que de vez en cuando se escurrían a lo largo de la cara; Olga, la esposa, con sus doradas tranzas recién peinadas y la demacrada faz animada por la alegría, y tres niños que entre las rodillas de su madre, o su abuelo, jugaban con los negruzcos leños del hogar.

Colgados de las paredes brillaban los instrumentos de labranza mezclados con las vasijas de cocina, y allá en un rincón y casi perdido en la sombra veíase un viejo fusil, que por lo oxidado demostraba los muchos años que yacía en el olvido.

---

<sup>1</sup> *La Ilustración Ibérica*, 25 de diciembre de 1886, pp. 823-826. Reimpreso en la revista bonaerense *La nota*, 22 de diciembre de 1917, pp. 2531-2532.

La alegría más santa y cordial reinaba entre aquellos infelices seres. Era la Nochebuena, y ellos la celebraban en derredor del flameante hogar, con tortas calientes y espumosa cerveza, y otras golosinas que solo se permitían en noches como aquella.

Al considerar su bienestar presente se estremecían de placer.

Fuera de la casa silbaba el viento y caía la nieve en espantosos remolinos, hasta el punto de que la aldea, con su silencio, pareciese como anonadada bajo el peso de las inclemencias atmosféricas.

Iván y su padre contemplaban con ojos distraídos cómo la puerta se agitaba a impulsos del cierzo que no lograba traspasar sus rendijas, y sonreían al encontrarse en su caliente nido, libres de tener que arros-trar el tempestuoso tiempo.

—¡Mala noche, padre! —dijo de pronto Iván—. Afortunadamente nosotros tenemos un techo que nos cobija y un hogar que nos calienta, por lo que no podemos menos de considerarnos felices.

—¿Y a esto llamas tú felicidad? —dijo el anciano con tono desabrido.

—¿Pues qué otro nombre merece, padre?

—Demasiado lo sabes. Para que seamos felices nos falta una cosa muy necesaria al hombre, y es la libertad.

—¡Bah, padre!, ya salisteis con vuestra eterna cantinela. Demasiado sé que somos unos siervos, ¿pero podemos en justicia quejarnos en este instante? ¿No gozamos del placer de reunirnos en familia en noche como esta?

—Así sois todos los hombres de ahora. La sangre de vuestros padres se os ha empobrecido en las venas y dais gracias al Todopoderoso porque no os hace más abyectos de lo que sois. Porque respetan vuestra familia creéis tenerlo todo, y no pensáis en que os faltan otras cosas más precisas, que son la patria y la libertad.

—Padre, en este instante somos libres y nadie viene a turbar nuestro reposo.

—¡Mentira! Tú ignoras lo que dices. Hasta en las horas de sueño nos vigilan los esbirros del zar, y su látigo está siempre suspendido sobre nuestras espaldas. ¿Quién sabe si en este mismo momento algún espía ruso no nos escucha tras de la puerta ansioso de prendernos?

Al escuchar esto toda la familia se estremeció; Iván y su esposa miraron a la puerta con inquietud, y los niños cesaron en sus juegos llenos de temor. Por algún tiempo reinó el silencio en la cabaña, pero luego prosiguió el anciano con voz áspera y tonante:

— ¡Miserables de vosotros! Habéis nacido para esclavos y por esto os juzgáis felices viviendo sin libertad. Cada año que pasa me convenzo más de que aquel sagrado espíritu de independencia que residía entre nosotros, ha muerto para siempre. ¡Infeliz Polonia! A cada instante me parece oír el grito de rebelión de sus hijos, pero el silencio reina a mi alrededor, y todos los días se forja un nuevo eslabón para la cadena que arrastran los polacos. Todos los años, en noches como esta, me siento morir de dolor y de vergüenza al ver cómo desaparecen aquellas antiguas costumbres de la Polonia libre. ¡Ah! ¡Cuando yo era joven!... ¡Cuando mi patria existía!...

Y al decir esto el viejo inclinó la cabeza y quedose pensativo. Sus hijos le contemplaron con respeto, mas luego, saliendo de su ensimismamiento, continuó:

—Entonces en noches como esta la aldea presentaba otro aspecto. Los músicos ambulantes, a pesar de la nieve, corrían las calles y anunciaban junto a las puertas la proximidad del sagrado día. En torno del hogar se reunían las familias, y se danzaba, se cantaba el himno nacional, y la patria no podía menos de sonreírse al ver la alegría de sus hijos. Ahora todo es diferente. Se nos priva reunirnos en gran número, y las patrullas rusas recorren las calles, temiendo que vosotros, los actuales polacos, os sublevéis contra su tiranía. ¡Ah!, ¡no os conocen!, ¡no os conocen! Polonia ha muerto y sus hijos también, pues solo le quedan algunos que como yo están cercanos al sepulcro. Tú, Iván, ya no eres polaco, y tus hijos son futuros esclavos que irán a pelear y morir por una patria que no es la suya, y un señor que es su tirano. De entre vosotros, raza degradada, no saldrá ningún Kosciusko<sup>2</sup>, ni os levantaréis para caer al menos vencidos con la gloria del héroe.

---

<sup>2</sup> El general Tadeusz Kościuszko lideró en 1794 una fallida insurrección para liberar Polonia y Lituania del yugo de la Rusia imperial y del reino de Prusia, después de la segunda partición de Polonia en 1793.

Al decir esto el viejo miró el antiguo fusil colgado de la pared, y sus pardos ojuelos chispearon de entusiasmo.

—¡Padre! —dijo entonces Iván con acento de súplica—. No os excitéis.

—¡Oh! ¡Qué tiempos los míos! —prosiguió el anciano sin oír aquello—. ¡Qué época más gloriosa en la que luchamos en defensa de nuestra patria! Entonces toda Europa tenía fija su atención en aquel puñado de hombres, que a las órdenes del gran Kosciusko, marchábamos contra un enemigo cien veces superior en número. Luchamos sin cesar, y aún parece que me veo cargando ese fusil en la última batalla, que fue como el postrer suspiro de Polonia. Hijo, ¿ves esta cicatriz que tengo en la frente?, pues allí la recibí del sable de un cosaco, y en los hombros todavía guardo la señal de una lanza rusa. Poca sangre me queda, mi cuerpo es ya viejo, pero todavía estoy dispuesto a morir por la libertad de la patria.

Y mientras esto decía el anciano levantose y con paso trémulo fue a acariciar con las manos la culata del viejo fusil.

—¡Hola, viejo compañero! —dijo con alegre acento—. Tú vales mucho más que los polacos de ahora y tienes más servicios que ellos prestados a la patria. Qué grandes tiempos los pasados, ¿no es verdad? De seguro que recuerdas los días en que caminando sobre la nieve íbamos en busca de los rusos cantando el himno nacional. ¡Infames! Hasta el placer de recordar el canto guerrero de la Polonia nos quitan. Pero, no, yo no quiero obedecerles. En noches como estas los recuerdos asaltan mi memoria, y siento necesidad de desahogarme. Voy a cantarte aquellas estrofas que mil veces acompañaste con el ruido de tus descargas.

Al oír esto Iván saltó de su asiento gritando:

—No, padre, no cantéis. Ese himno es un insulto a nuestros opresores, y de seguro nos castigarán. Sin duda os ha hecho daño la cerveza y no reflexionáis lo que hacéis. Sentaos y recobrad la tranquilidad, yo os lo ruego. Creed que nos perdéis con vuestro deseo.

—Cállate. Tú no eres mi hijo y por nada tengo que hacer caso de tus palabras. Yo soy un hombre libre.

Y el viejo diciendo esto descolgó su fusil, y golpeando el suelo con la culata púsose a cantar con voz cascada:

*La sangre hirviente y roja  
que inflama nuestras venas,  
colora nuestras frentes con tintas de rubor;  
rompamos las cadenas  
que oprimen a la patria, ¡Abajo el opresor!*

Los primeros versos del canto resonaron en la silenciosa estancia sin que causaran ningún efecto en la familia del viejo, pero cuando este gritó con ademán enérgico ¡abajo el opresor! sus tres nietos se levantaron del hogar y fueron a agruparse junto a él, repitiendo las mismas palabras y agitando sus rubias cabecitas.

El anciano patriota se sonrió y púsose a cantar la segunda estrofa, cuyas notas guerreras sonaron de tal modo en el espacio y en el fondo de los corazones de Iván y Olga, que los dos hondamente conmovidos levantáronse de sus asientos y fueron a unirse al grupo.

Desde aquel instante la escena cambió por completo.

Padre e hijo cantaban los versos del himno, y Olga con los pequeños repetía el vigoroso estribillo: ¡abajo el opresor!

Aquellas voces graves y argentinas respectivamente al armonizarse formaban un conjunto extraño al par que enérgico.

Parecía que Polonia entera cantaba su libertad en aquellas bocas. El himno resonaba en el interior de la choza, y aunque algo amortiguado salía de esta para extenderse por las cercanías en alas del cierzo.

El entusiasmo de aquellos infelices iba en aumento. Su sentimiento patrio se enardecía, y cantaban sin cesar aquellas estrofas impregnadas de guerrera fiereza, que entonces parecían como un responso sobre la tumba de la muerta libertad.

El canto llegó a su mayor grado de intensidad, los versos más valientes fueron dichos con entonación fogosa, y cuando aquellas bélicas notas retumbaban más fuertes dentro de la estancia, sonaron dos golpes en la puerta que conmovieron las paredes de la choza.

## II

Al oírlos quedaron inmóviles y silenciosos.

Durante algunos segundos todo permaneció igual, pero por fin dijo el anciano:

—Abre, Olga. Y que Dios nos proteja.

La mujer obedeció, y temblando fue a abrir la pequeña puerta de la choza.

Cuando aquella giró sobre sus goznes, una bocanada de aire frío penetró en la habitación, y al mismo tiempo que ella un militar de luengo bigote rubio y rostro ceñudo y antipático, que empuñaba en su diestra el sable desnudo.

Tras de él, y en la oscuridad que reinaba fuera de la choza, se colubraba un grupo de hombres y el brillo de las bayonetas.

—¡Hola, bandidos! —dijo con despreciativo acento el oficial—. Habéis cantado el himno de Polonia y eso es un insulto a la augusta persona de nuestro muy amado padre el zar. Seguidnos al instante.

Los habitantes de la choza permanecieron inmóviles a pesar de la intimación, por lo que el oficial acercase más a ellos, reconociendo al anciano patriota.

—¡Ah!, ¿eres tú, viejo zorro? Ya hace tiempo que tenía ganas de pillarte entre mis manos. Me parece que ya no volverás a vanagloriarte en público de haber servido en el ejército de aquel imbécil de Kosciusko. Pronto, sígueme tú, y tu hijo, que erais los principales cantores. He tenido ocasión de oírlos al pasar por la calle con mi patrulla.

Al decir esto el militar hizo una seña a sus soldados, y estos penetraron en la choza para hacer salir de ella a culatazos y puntapiés a Iván y su padre.

Olga y sus hijos se abalanzaron sobre ellos, pero fueron rechazados por los rusos hasta el fondo de la choza.

El viejo, que marchaba bastante sereno, dijo al salir por la puerta:

—¿Adónde vamos?

—Por de pronto al cuartel —contestó el oficial—, pero no tardaréis mucho en ver Siberia.

—¡Siberia! —repitió quejumbrosamente Olga, y cayó desplomada sobre su asiento.

—¡Siberia! —gritaron los niños con terror, aunque sin comprender lo que aquellas palabras significaban.

Y agrupándose junto a su madre, que parecía embrutecida por el dolor, pusiéronse a llorar amargamente.

En aquel instante se perdía en la oscuridad la tétrica comitiva, compuesta de los dos polacos y la patrulla rusa.

El rumor de sus pasos lo apagaba la nieve; así es que desaparecieron como tragados por la sombra.

Olga y sus hijos llorando junto al hogar pasaron aquella noche en que el Placer y la Alegría se extendían sobre gran parte del mundo, que celebraba la Nochebuena.



## EPISODIO MATERNAL<sup>1</sup>

### I

Aquella mujer, al recibir la fatal noticia, pasó muchos días llorando en un rincón de la cocina, hasta que por fin sus piernas perdieron la sensibilidad y fueron dominadas por la parálisis.

Ya se lo anunciaba en su lenguaje misterioso el corazón, cuando un año antes vio partir a los dos, esposo e hijo, con el fusil al hombro y el ademán resuelto.

Tal vez no volverían nunca...

E impulsada por tan triste presentimiento, gimió, suplicó, y estrechó entre los brazos a su hijo, se abrazó de las rodillas del padre, y por fin no pudo lograr más que oír otra vez las palabras de siempre:

La patria estaba invadida por los franceses; todos iban a libertarla. ¿Por qué no debían ellos hacer lo mismo?

Y tras este breve razonamiento, los dos partieron, dejando a la infeliz mujer sola o más bien dicho acompañada de su dolor y su tristeza.

Desde entonces ¡cuánta noche pasada en vela, sollozando y haciendo correr entre los dedos las cuentas del rosario!

Muchas veces, cesaba en su rezo creyendo los bramidos del viento fuertes aldabonazos dados en la puerta, y al convencerse de que todo era

---

<sup>1</sup> *La Ilustración Ibérica*, 5 de febrero de 1887, pp. 90-94.

pura fantasía del deseo, tornaba resignada a murmurar oraciones, mientras su imaginación volaba hasta los lugares en que por confidencias se sabía que estaba la guerrilla de que su esposo e hijo formaban parte.

Una tarde, ¡qué tarde tan horrible!, vio cómo por junto a su puerta pasaron algunas vecinas mirándola con ojos compasivos, y apenas su instinto femenino comenzó a presagiarle algo desagradable, penetró en su casa un hombre desconocido, que por la indecisión de sus ademanes revelaba estar encargado de alguna misión cuyo desempeño no era muy de su gusto.

A las pocas palabras, la infeliz lo comprendió todo.

Su esposo había perecido en un combate con los franceses, muriendo como un héroe en los brazos de su hijo y del portador de la noticia.

Entonces fue cuando sufrió la desdichada la transformación física que al principio hemos apuntado.

Víctima de la parálisis, cayó en una silla para no volver a levantarse, no teniendo desde aquel día otro recurso con que vencer su soledad, que gemir rezar o escuchar las canciones que ora patrióticas, ora sentimentales, cantaba una muchachuela encargada, desde el principio de la enfermedad, de las faenas de la casa.

Además, en sus momentos de desesperación maldecía a los hombres y a la guerra.

¿Qué le importaba la salvación de la patria, si por ella se encontraba viuda y desamparada?

## II

Una tarde, ocurrió una cosa en el pueblo que, por lo desusada, llamó al instante la atención de la paralítica.

Se oyeron cerrar muchas puertas, con acompañamiento de juramentos de hombres, llantos de mujeres y lloriqueos de niños, y al mismo tiempo en las calles se escuchó el rechinar de las carretas junto con ese ruido especial que indica el paso de numerosos rebaños.

Por algunas palabras que la infeliz mujer escuchó desde la cocina en donde como de costumbre permanecía sentada e inmóvil, com-

prendió que todos los habitantes del pueblo lo abandonaban en masa; aunque no pudo conocer el motivo de semejante huida por más que prestó atención, pues la puerta de la casa estaba cerrada.

Durante algún tiempo escuchó aquel rumor que de pronto cesó y fue sucedido por un completo silencio.

Esto último comenzó atemorizar a la pobre mujer.

Aquel silencio era muy semejante al del sepulcro, o a la calma que siempre precede a las grandes tempestades.

De repente, allá a lo lejos, resonó algo parecido a un lejano trueno, que sin cesar fue repitiéndose cada vez más cercano.

Los postreros rayos del sol penetraban por una entreabierta ventana, y viéndolos la infeliz comprendió que aquellos estampidos no podían ser hijos de negras y amenazantes nubes.

Y como si solo necesitara hacer esta deducción para conocer la verdad, muy cerca del pueblo, casi en su misma entrada, estalló de pronto una gritería infernal acompañada de estampidos mucho más intensos.

La pobre mujer se estremeció en su silla. Todo lo había adivinado.

Aquello eran nutridas descargas de fusilería, procedentes, sin duda, de una reñida batalla enrabada en las cercanías del pueblo entre españoles y franceses.

Ella se conmovió con sus recuerdos y la presente realidad.

Su esposo había muerto como muchos tal vez morían en aquel instante.

Además tenía un hijo ¿y quién sabe si estaría a poca distancia de ella, entre los que con tanta saña se exterminaban?

Abismada en tales pensamientos, permaneció inmóvil en su asiento escuchando abstraída las descargas cada vez más frecuentes y cercanas.

¿Cuánto tiempo permaneció así?

Ni ella misma lo supo, pero lo cierto es que de pronto oyó sonar en la calle voces imperiosas que daban órdenes en un idioma extranjero, al mismo tiempo que algunos tiros aislados poco menos que junto a su puerta.

Ya no se oían como antes retumbar cerradas descargas, pero en cambio por la escasez de las detonaciones y por cierto rumor indefi-

nible, se comprendía que la lucha era cuerpo a cuerpo y hierro contra hierro.

A los oídos de la paralítica llegaban confundidos en espeluznante acorde los juramentos horribles y brutales, los quejidos de dolor y de agonía, y las voces de mando de los jefes.

Con su mirada pretendía atravesar la puerta de la calle para poder ver aquel horrible espectáculo, pero solo lograba distinguir los fognazos cuya luz rojiza se filtraba por entre las rendijas, tan débil y pasajera como la de un relámpago lejano.

Varias veces oyó chocar contra la puerta culatas de fusiles y cuerpos humanos, y un estremecimiento no debido al miedo, sino a un sentimiento del que ella no podía darse exacta cuenta, agitó en aquellos instantes todo su ser.

De pronto la lucha pareció cesar, y a los juramentos de los franceses sucedieron las voces de ¡adelante! dadas en español.

El estruendo del combate fuese alejando, y por fin vino a sonar amortiguado allá en el otro extremo del pueblo.

Entonces el silencio se restableció en la calle, y la paralítica impulsada por una curiosidad extraña, quiso ver el aspecto que aquella presentaba.

Al intentar levantarse de la silla, sus piernas se negaron a obedecerla, pero su voluntad hizo un esfuerzo titánico, sus nervios adormecidos cobraron alguna fuerza, y arrastrándose como una culebra, logró llegar hasta la entreabierta ventana a la que se asomó después de enderezarse trabajosamente.

### III

La calle presentaba el aspecto más aterrador.

La tarde había expirado ya, y, a la luz indecisa del crepúsculo, veíanse esparcidos por el suelo un sinnúmero de hombres muertos o heridos, y de armas abandonadas o rotas.

En la semioscuridad de la calle, destacábanse las siluetas de los cadáveres con líneas tétricas y rígidas.

Unos mostraban el pecho abierto por descomunal herida, otros el cráneo horriblemente magullado, muchos la frente agujereada por las balas; algunos tenían la cabeza casi separada de los hombros, y todos llevaban impresa en el rostro la expresión de punzante agonía, o salvaje furor, con que les había sorprendido la muerte.

Entre ellos muchos oprimían aún el fusil entre las frías manos, y alguno que otro conservaba clavada en el pecho media bayoneta o un pedazo de espada

De vez en cuando, por entre los muertos veíase aparecer una mano agitándose con temblor espasmódico, mientras se oían voces que con acento débil y quejumbroso imploraban socorro o llamaban en su auxilio a la muerte.

La parálitica contemplaba, presa de angustioso terror, tan horrible espectáculo.

Pasaba su vista por los cadáveres, y al mismo tiempo pensaba en su esposo, en aquel infortunado al que algunos meses antes le había cabido igual suerte.

Y abismada en sus recuerdos permaneció algún tiempo, hasta que de ellos vino a sacarle una voz débil y desfallecida.

Al oírla su cuerpo se estremeció, y fue tal la impresión que en ella produjo, que en el primer instante no comprendió las palabras que decía.

Cuando logró entenderlas, sonaron en su oído como una rima cadenciosa.

—¡Madre!, ¡madre!

La infeliz conoció al momento la voz de su hijo, y a pesar de la oscuridad, vio como este pretendía incorporarse entre algunos cadáveres amontonados junto a la puerta.

El primer impulso de la pobre madre fue disponerse a abrir aquella, pero sus piernas se negaron a obedecerla, y por más esfuerzos que hizo, tuvo que permanecer inmóvil y agarrada a la ventana con crispadas manos, viendo cómo su hijo volvía a caer debilitado, para revolcarse en la sangre que manaba de uno de sus costados.

La desdichada al ver esto, presa de la mayor desesperación, intentó un último esfuerzo.

En aquel mismo instante el rumor del combate arreció en el otro extremo del pueblo, y las descargas fueron tan espantosas e interminables como horriblos truenos.

Un ruido extraño sonó de repente en la entrada de la calle.

El suelo pareció conmovirse, las puertas y las paredes trepidaron, y la parálitica columbró en la sombra algunos caballos arrastrando una máquina que no pudo distinguir.

No tardó mucho en conocer que era la artillería que avanzaba en veloz carrera.

Apenas apareció en la calle, cuando ocurrió una cosa verdaderamente espeluznante.

Los cañones eran arrastrados cada vez con más velocidad, y en su rápida marcha, las ruedas aplastaban aquella alfombra de despojos humanos muertos o palpitantes.

Oíanse estallar los cráneos, chasquetear los huesos, y un verdadero concierto de gritos que imploraban compasión y socorro.

Los heridos pretendían arrastrarse para evitar la muerte a un lado de la calle, pero por ser esta estrecha la artillería la ocupaba de pared a pared, y los cañones seguían aplastando pechos, y triturando huesos, en su carrera desenfrenada.

La infeliz madre veía tal espectáculo próxima a desvanecerse de terror, y escuchaba los gritos de los heridos al mismo tiempo que la voz de su hijo que con desesperación le gritaba fijando en ella sus ojos vidriosos:

—¡Socorro, madre!, ¡socorro!

—Allá voy hijo mío —contestó ella con voz ahogada.

Y como comprendiese que sus piernas se negaban a obedecerla y que aquel monstruo de hierro estaba próximo a estrujar entre sus pies al ser querido, gritó a los artilleros con voz suplicante y temblorosa:

—Un momento, señores; aguardaos un solo momento. Voy al instante a abrirle la puerta. Respetadle. ¡Es mi hijo! ¡Es lo único que me queda en el mundo! Aguuardaos, os lo ruego por vuestras madres.

Y más tranquila, al decir esto, se soltó de la ventana y fue a andar, pero su cuerpo vaciló y a poco rodaba por el suelo.

En aquel entonces, los cañones pasaron tan rápidos como habían venido, entre un coro de blasfemias, gemidos y maldiciones.

## IV

Al día siguiente los soldados veteranos del ejército español y los guerrilleros de alma más endurecida no podían contener una lágrima que, rodando por sus mejillas, iba a perderse en el cano bigote.

Una mujer, con el cabello blanco y los ojos enrojecidos, abrazaba frenéticamente un cuerpo informe, repugnante amasijo de sangre, harapos y carne destrozada, regándole con su llanto.

En aquellos instantes, todos pensaban en sus madres.



## EL VIOLINISTA<sup>1</sup>

Cuando se acabaron los postres y el *champagne*, las lenguas de aquellos calaveras se desataron para moverse sin cesar y producir una conversación tan incesante como trivial.

Solo don Felipe, el anfitrión de aquella comida, permanecía silencioso, como ocupado en apreciar y medir la alegría y frivolidad de sus convidados.

—No vendría ahora mal —dijo de repente uno de estos— un ratito de música.

—Creo lo mismo —respondió otro—. Ese es el mejor elemento para hacer una buena digestión.

—Y la de hoy será bastante penosa porque la comida ha sido excelente.

—Como dispuesta por don Felipe que retirado del gran mundo vive solo para la gastronomía.

—¡Oh! Don Felipe es una eminencia en tal materia.

—Un grande hombre.

—Un genio.

—Debemos coronarle.

—Y vitorearle.

---

<sup>1</sup> *La Ilustración Ibérica*, 23 de mayo de 1887, p. 323; 28 de mayo, p. 329; y 4 de junio de 1887, pp. 358-369 y 362.

—Eso es. Compañeros, atención. ¡Viva el amigo de nuestros padres!

Los jóvenes al decir esto levantaron las copas llenas de espumoso néctar hasta los bordes, y las chocaron apurando después su contenido.

—Para alcanzar del todo nuestra estimación –gritó uno de los concurrentes–, es preciso que atendiendo a nuestros deseos nos dé un rato de música.

—Señores atolondrados –dijo entonces con acento grave don Felipe–, me es imposible realizar vuestro deseo por dos motivos. No sé tocar ningún instrumento, y por lo mismo no tengo piano en casa.

—Señores –exclamó entonces un jovencito–, tengo que hacer una declaración que ataca la veracidad de ese padre grave.

—Que siga el orador –gritaron muchos–. Don Felipe tiene en su casa un violín bastante viejo. Decid si esto no prueba que sabe tocar.

—¿Quién, el violín? –interrumpió una voz.

—No, señores; nuestro viejo amigo.

—Entonces que toque.

Y al decir esto con cómica gravedad se levantaron todos para extender los brazos como dando una orden, imperiosa.

Don Felipe dijo entonces:

—Es verdad que poseo un violín, pero esto no impide que yo jamás haya aprendido a tocar dicho instrumento.

—Entonces, ¿le tiene V. como adorno?

—Tampoco, y de seguro que si muchos de vuestros padres vivieran ellos os contarían el motivo por que tengo en casa tal instrumento.

—Una historia, ¿eh?

—Y tan sencilla como dolorosa.

—Pues cuente V.

—Sí, que cuente y eso suplirá a la música.

—No debía recordar aquel suceso pues me llena el ánimo de tristeza, pero haré un esfuerzo en gracia a vosotros jóvenes incautos que ahora entráis en el verdadero mundo, y que con vuestras calaveradas me alegráis haciéndome volver la vista al pasado. Atención que empiezo.

## II

Hace ya unos treinta años, o sea cuando yo no tenía más que veinticinco, me encontraba en toda la plenitud de mi existencia alegre.

Los que os han dado a vosotros el ser eran entonces unos muchachos que, como yo, solo buscaban ocasiones para divertirse bien y económicamente, pues vivíamos en Madrid lejos de nuestras familias y a épocas figurábamos en una esfera social que no siempre era del agrado de nuestros bolsillos.

Éramos elegantes con treinta y cuarenta duros que mensualmente le enviaban a cada uno de su casa y ya comprenderéis que, para sostener tal equilibrio, teníamos que aguzar el ingenio y hacer muchos milagros.

Acudíamos todas las noches al Real con billetes de diferentes redacciones en que teníamos amigos; pagábamos rara vez a la patrona, y validos de que teníamos frac frecuentábamos muchas reuniones bastante distinguidas donde nos rozábamos con gentes que no vivían como nosotros en un tercer piso, ni dormían en un catre mísero y desvencijado.

¡Qué tiempos aquellos!

Entonces tenía yo un amigo llamado Ricardo. Uno de esos amigos especiales que a pesar de sernos simpáticos y tener con ellos bastante intimidad, solo vemos muy de tarde en tarde y durante poco rato.

La causa de esto último consistía en que nuestras aficiones y las esferas que frecuentábamos eran distintas.

Ricardo era un pobre violinista que necesitaba tocar por las noches en algún café para ganarse la vida, mientras que yo era un elegante completo o al menos pretendía serlo.

¿Cómo le conocí? No lo recuerdo, pero lo cierto es que lo quería como a un hermano, y estoy seguro que él me profesaba igual afecto.

A pesar de esto último yo ignoraba verdaderamente quién era, y solo tenía vagas noticias de que mantenía con su trabajo a su madre, vieja señora que estaba ciega, y de que pasaba el resto del tiempo que no le robaban sus ocupaciones, en amar a una mujer para mí desconocida y en componer un sinnúmero de obras musicales.

Dos cosas no pude lograr jamás de Ricardo.

Oír una sola nota de sus composiciones y conocer a la beldad que amaba.

Ricardo pertenecía a esa clase de seres que quisieran ser invisibles para ocultar mejor sus afectos.

—¡Hola, gran pícaro! —le decía siempre al encontrarle—. Ya sé que tienes una novia muy hermosa, y por cierto que siento grandes deseos de conocerla.

—¡Bah! —contestaba invariablemente—. No es del todo fea: ya la conocerás más adelante.

Y se veía que al momento procuraba cambiar de conversación.

—¿Cuándo podré oír alguna cosilla tuya?

A esta pregunta siempre contestaba ruborizándose y asegurando que yo estaba en un error, pues él se limitaba a tocar el violín y no había compuesto una nota en toda su vida.

Esto no era verdad.

Ricardo era tímido en el trato, mas, a pesar de ello, se conocía que en su alma tenía un gran acopio de pasión próxima a desbordarse en alguna circunstancia suprema.

Varias veces me propuse verle con más frecuencia; ser su amigo del alma, pero las peripecias de mi vida me separaron de él por largas épocas.

Un día le encontré en la calle y su aspecto me causó alguna extrañeza.

No le había visto en muchas semanas y no pude menos de notar que estaba bastante cambiado.

Sus ojos en vez de aquella mirada dulce y benévola que le era peculiar, tenían una expresión triste y aun algo siniestra.

Andaba contra su costumbre apresurado, y en sus movimientos se notaba un desembarazo y una decisión que no le eran propios.

En fin, toda su persona se había despojado de aquella antigua capa de timidez y encogimiento para dejar traslucir algo semejante a desencanto, ira o desesperación.

—Oye, Felipe; me alegro mucho de encontrarte —dijo en el momento que me vio, con voz que en vano pretendía convertir en tranquilo—. Acaba de sucederme una cosa que indudablemente tendrá gran

importancia en mi vida futura. Tú conoces más que yo el mundo y necesito que me aconsejes.

—Ya noto en ti algo extraño. Pregúntame lo que quieras que al momento te responderé como Dios me dé a entender.

—¿Qué harías tú si una mujer a quien amaras te abandonase por otro?

—¡Toma! Donosa pregunta. Procuraría olvidarla cuanto antes para entregar a otra mi corazón.

—Así sois todos. ¡Miserables! O no tenéis corazón o estáis embrutecidos.

Y tras ese exabrupto Ricardo escapó calle arriba con paso rápido, mientras que yo comprendiendo el alcance de su pregunta me alejé en dirección contraria murmurando:

—¡Pobre muchacho! De seguro se ha vuelto loco.

### III

Pasaron no recuerdo si uno o dos meses sin que volviera a ver a Ricardo.

Una noche en que me paseaba solo por las calles de Madrid, no sabiendo qué resolver entre meterme en algún teatro o pasar la velada en casa de un amigo, sorprendiome la lluvia cerca del café en que tocaba Ricardo.

Al momento sucedió lo de siempre. Los transeúntes se guarecieron bajo los arcos de las puertas, los coches de punto fueron ocupados en un momento, los ómnibus se llenaron, y yo que no llevaba paraguas me vi en la expectativa de tener que arrostrar la ira de las nubes si no me acogía al elegante establecimiento en que se hallaba mi amigo.

Tomé esta última resolución y abriendo la cancela de cristales penetré en el café.

Este presentaba un aspecto deslumbrador.

Los ricos artesonados del techo y las doradas filigranas de los muros brillaban heridos por las luces que incesantemente se agitaban en

sus globos de cristal, y los colosales espejos reflejaban el conjunto del salón prolongándolo hasta lo infinito.

De seguro que os extrañaréis de tan analítica descripción, pero el recuerdo de aquella noche ha quedado de tal modo grabado en mi memoria, que aún parece que me veo penetrando en el café.

La lluvia era la causa de que aquel establecimiento, de continuo bastante concurrido, se viera en la tal noche atestado de un público inquieto y bullicioso.

Los camareros apenas si lograban abrirse paso entre la gente que sentada o de pie se agrupaba junto a las mesas, y por todas partes sonaba un prolongado y mortificante ruido que venía a ser producto de mil distintas conversaciones, y en el cual se destacaban las palmadas de los parroquianos, los saludos cruzados de una a otra parte del café y el argentino retintín de las cucharillas y los platillos del azúcar.

Así que penetré en el establecimiento, fuime directo a la plataforma sobre la que se ostentaba el piano.

En ella dejaba oír todas las noches Ricardo las notas de su violín, acompañándole un viejo pianista, verdadero veterano del arte, rutinario y vulgar.

En una mesa situada junto a la plataforma vi a mi amigo... ¿pero en qué estado?

A no ser porque me llamó, de seguro que hubiera tardado en reconocerle.

Vosotros habréis leído en las leyendas fantásticas como algunos paladines, después de muertos, se presentan por la noche a sus enemigos y levantan la celada de su careto, para dejar ver un rostro enjuto lívido y agujereado por dos ojos oscuros y fosforescentes.

Pues igual aspecto presentaba aquella noche la cara de Ricardo.

Además había adelgazado hasta el punto de que su traje cayese a pliegues a lo largo del cuerpo, como demostrando que la fecha de su nacimiento databa de otra época en que su dueño tenía mejor aspecto físico.

—¿Qué tienes Ricardo? ¿Qué te ha sucedido? —dije así que ocupé una silla a su lado.

—He estado enfermo.

—¡Ah demonio! —exclamé yo entonces recordando la última entrevista que con él tuve y de la cual mi memoria no conservaba el menor vestigio—. Ya comprendo. Has estado enfermo a consecuencia de aquella decepción amorosa que hace tiempo sufriste.

—Los médicos no han podido conocer mi enfermedad, y aún como gracias a mi suerte he salido bien de ella —contestó mi amigo con entonación seca y nerviosa.

Y luego, como aquel que desea mudar de tema en su conversación, continuó:

—Llegas a buena hora pues esta noche vas a conocer una de mis obras musicales.

—¿Vas a tocarla aquí?

—Dentro de algunos minutos.

—¿Y a qué se debe tal variación en tu carácter?

—¡Qué quieres!, he mudado de parecer. Antes componía para una sola persona y deseaba que mis cantos fuesen para todos un misterio tan impenetrable como las pasiones de mi alma..., ahora desgraciadamente voy a componer música para todo el mundo.

Al decir esto creí que el pobre muchacho iba a llorar, y yo que en aquella época era escéptico por naturaleza, no pude menos de conmoverme al comprender la intención con que habían sido dichas aquellas palabras.

Ricardo permaneció silencioso durante algunos instantes, pero pasados estos, levantose como aquel que adopta una resolución y me dijo:

—Perdóname, amigo mío, si soy tan ingrato contigo. Vienes a verme y no satisfago tus deseos; pero aguarda un momento y oirás mi composición.

Y después de decir esto, gritó a un vejete que ocupaba una mesa cercana y que no era otro que el pianista:

—Cuando V. quiera, don Juan.

—Que impaciente está V. porque el público oiga su obra. ¡Allá voy!

Y aquel desecho artístico subió a la plataforma acompañado de Ricardo y se puso a hacer escalas en el teclado mientras que mi amigo templaba el violín.

Yo no pude menos de entristecerme al considerar que en una ocasión como aquella Ricardo abrigaba esperanzas sobre el éxito de su obra.

Me creía ser el único espectador que en ella fijaría su oído.

Conozco mucho lo que les sucede a los artistas que tocan en los cafés —por más eminentes que sean—, y confieso que nunca he podido oírles sin pena.

Cuando más se esfuerzan y se exceden por arrancar a su instrumento notas que lleguen al corazón de los oyentes; cuando al ejecutar los pasajes más difíciles creen logrado su deseo, escuchan como en la mesa más cercana dos honrados ciudadanos tratan de asuntos mercantiles, y más de una vez se sienten oscurecidos por la voz de un camarero o la desatemplada de un ciego que atraviesa el café pregonando sus periódicos.

Aquello es la fiel expresión de la eterna lucha entre el positivismo y el arte, entre lo material y la belleza.

A Ricardo por fortuna no le sucedió nada de esto en dicha noche.

Tenía entre los habituales parroquianos un gran número de amigos tan apasionados de su mérito artístico como yo, y estos se encargaron apenas apareció en la plataforma de establecer en el café un relativo silencio, con prolongados siseos; a cuya invitación el público obedeció con la extrañeza del que aguarda un gran acontecimiento.

Cuando todo esto sucedió ya Ricardo tenía el violín apoyado en el hombro.

De repente comenzó a tocar acompañado del piano.

Aquello era la introducción de la obra.

Su construcción artística daba a entender que no estaba ajustada a los moldes de ninguna escuela musical, y sus armonías sembradas de acordes tenían un tinte semifantástico y originalísimo.

Los sonidos del violín como fugaces diablejos cruzaban por la atmósfera del café cargada de humo, y poco a poco iban creciendo y entrelazándose caprichosamente para formar una inspirada y arrebatadora melodía.

Aquella obra de Ricardo era toda una historia escrita con notas.

Un prólogo de idilio y un final de tragedia encerrados entre las líneas de la pauta musical.

Unas veces, armonías dulces y embriagadoras como diálogos de amor o besos apasionados; otras, golpes secos y estridentes semejantes a las agitaciones de un corazón lleno de celos, y de continuo, arrastres melancólicos semejantes a gemidos de una alma desgarrada.

El violín a impulsos de la mano de Ricardo cantaba una historia de amor, de dudas y de desesperación.

En el café reinaba el silencio y la atención más completos y el artista parecía gozarse en aquel aplauso mudo que tributaban a su obra.

Yo que con la cabeza baja escuchaba como reconcentrado en mí mismo aquella prodigiosa composición, alcé varias veces los ojos y vi cómo mi amigo, irguiendo su enjuta figura sobre el entarimado, paseaba satisfecho su mirada por el auditorio.

De pronto las cuerdas del violín produjeron un sonido nervioso (y perdonad la frase) que a no dudar era extraño a la partitura.

Volví a mirar a Ricardo y su aspecto había cambiado por completo.

Sus facciones estaban como desencajadas, en los ojos tenía una expresión infernal y toda su persona demostraba sorpresa y rabia a la vez.

Desde el primer instante comprendí que en el café existía la causa de aquella transformación.

Seguí la dirección de su mirada, y en un rincón vi a una mujer y un hombre que contemplándose amorosamente parecían como olvidados del mundo y sordos para aquello mismo que enloquecía de entusiasmo a todos cuantos les rodeaban.

Desde el sitio que yo ocupaba solo pude ver el rostro del hombre que por cierto era bastante vulgar.

La mujer estaba de espaldas, mas a pesar de esto, conocí que era bastante hermosa. Guiado de un secreto instinto adiviné que aquella mujer no podía ser otra que la antigua amada de Ricardo.

Este parecía a cada instante como tentado a bajar de la plataforma, pero la fuerza del deber le retenía en su sitio y seguía tocando de una manera tan extraña como desesperada.

En aquellos instantes su alma debía ser un verdadero infierno.

El furor de que se sentía poseído lo descargaba en formas artísticas sobre el violín y el instrumento parecía retorcerse y llorar bajo aquel

arco que, agitándose, tan pronto hería sus cuerdas sin piedad, como se deslizaba sobre ellas suavemente.

De sus entrañas salían en ciertos momentos desgarradores gemidos, en otros delicadas armonías, y, en fin, la obra vino a parecerse a una serenata en la cual alternaban los suspiros del enamorado con los rugidos del celoso.

A pesar de esto Ricardo no dejaba en olvido su partitura, pero era tan sobrenatural la manera de interpretar sus notas y daba tal matiz a los principales pasajes, que el bueno de don Juan, el pianista, volvióse varias veces con espanto y asombro a contemplar a su compañero, y viendo el poco caso que de él hacía, continuó el pobre diablo acompañando al violín si bien con suma dificultad.

Mi amigo seguía viendo con ojos desencajados aquella pareja que medio oculta en el rincón se miraba cada vez de más cerca y con mayor arrobamiento.

Hubo un instante en que las facciones del violinista llegaron a adquirir un aspecto que verdaderamente me alarmó.

Miré al lugar objeto de su atención, y pude ver cómo los dos amantes al encontrarse demasiado juntos, y aprovechando la distracción de todos los concurrentes que obedeciendo al oído tenían fijos sus ojos en el violinista, se daban un rápido y silencioso beso que fue para Ricardo como un golpe de puñal.

Entonces le vi rechinar los dientes, bajar su frente cubierta de un sudor frío y pegajoso para no ver a la amante pareja y ocuparse al parecer solamente de su instrumento.

¡Gran Dios! De qué modo tocó Ricardo desde dicho instante...

Yo no sabiendo lo que me hacía estreché la mano de un vecino, algunos concurrentes sin darse cuenta de ello se levantaron de sus sillas, otros adelantaron la cabeza como para oír mejor y en los ojos de muchas mujeres brilló una lágrima de tierno entusiasmo.

Por fin el violín y el piano dejaron de sonar, y apenas las últimas notas de aquella avalancha musical expiraron en el espacio, un verdadero trueno de aplausos retumbó en todo el salón.

Pero estos no duraron mucho, pues todos vieron cómo Ricardo al inclinarse para saludar, vaciló algunos instantes y cerró los ojos, hasta que por fin desplomose sobre la plataforma.

Yo fui de los primeros que salté a ella y cogiéndole en mis brazos pretendí reanimarle.

Entre los presentes había un médico que se encargó de hacernos conocer a todos la verdad.

Ricardo era un cadáver y su muerte no se debía más que al corazón que de repente había dejado de funcionar.

.....

El violín de Ricardo, bastante roto, lo recogí del suelo para colgarlo en mi despacho, donde me recuerda a todas horas al amigo muerto de una manera tan extraña. Esto es la causa de que yo posea un violín no sabiendo hacer sonar ninguna de sus cuerdas.

Ahora bien, jóvenes casquivanos, ¿qué os ha parecido mi historia?

## IV

—¡Chico, famosa comida! Don Felipe es hombre que sabe hacer las cosas en toda regla.

—Las trufas eran de primera.

—Y el *champagne* magnífico. ¿Qué me dices de él?

—Que me ha gustado más que la historia.

—Tiene razón. Ya no me acordaba de ella. Te aseguro que nos ha aburrido a todos con la relación. A mí se me ha indigestado el tal postre.

—Y a mí también. ¡El demonio del hombre venirnos a nosotros con tales paparruchas!



## EL PREMIO GORDO<sup>1</sup>

Jacinto apuró el último sorbo de café que contenía la taza, chupó furiosamente su cigarro, y luego púsose a contarme la siguiente historia: (Lector, aquí acaba el prólogo.)

### I

Conviértete en Dios, y dale a un hombre todo el talento y la fortuna posibles en este mundo.

De seguro que se alegrará mucho; pero la tal alegría no será ni un trasunto pálido de lo que sentiría si por Navidad le cayesen en el bolsillo 50.000 duros envueltos en un billete de lotería.

Es preciso haber experimentado tal sorpresa para comprender el gozo que uno siente al encontrarse de pronto con un millón, y pasar de la categoría de perdido a la de millonario, aunque nada más sea en singular.

¡Ay, amigo mío! Yo me estremezco todavía cuando recuerdo lo que experimenté al ver que era poseedor de una parte decimal del premio gordo.

Aquello significaba tanto para mí, como para el náufrago que, montado en un madero, distinguía entre las brumas la cercana costa.

Después de la abstinencia, la hartura.

---

<sup>1</sup> *La Ilustración ibérica*, 17 de diciembre de 1887, pp. 806-807.

Luego de los frecuentes ratos de melancolía, la alegre existencia del hombre que, siendo joven, tiene mucho dinero.

Aquel billete premiado ostentaba para mí, escrito en caracteres invisibles, un nuevo método de vida.

Abandono completo de la mísera casa de huéspedes, con su catre desvencijado y sus comidas sucias y estrambóticas.

Renuncia de la vida aventurera y bohémica.

Abstención de *dar sablazos* a nadie.

Y, sobre todo, casarme con mi Gabriela, con aquel ángel de luz a quien debía el ser poseedor de la tal cantidad.

Ella me había sugerido la idea de comprar el décimo ahora premiado; y a sus muchos rosarios rezados por la noche en la cama, y a hurtadillas de la mamá, debía sin duda los favores de la fortuna, tan pródiga para conmigo.

Ni un solo instante se me ocurrió el olvidarla al encontrarme millonario.

—Amigo mío —me dije— Gabriela es una pobre chica que te ha querido siendo tú un muchacho de vida poco ejemplar. Nada más justo que darle tu mano ahora que eres rico y puedes hacer su felicidad.

Y fui corriendo a casa de mi novia para participarle la noticia.

Hubo lo que era de esperar al conocerla junto con mi demanda matrimonial.

Desmayo de la niña, lágrimas de la mamá, abrazos del padre, y después sonrisas cariñosas de todos, y en especial de Gabriela.

¡Pobre chica! En toda su vida gozó tanta felicidad como en aquel instante.

Yo tampoco creo haberme encontrado nunca tan alegre, y...

Vamos, me falta poco para llorar cuando recuerdo aquel momento.

## II

A los quince días nos casamos.

Y nuestro casamiento fue propio de un hombre que posee 50.000 duros.

Gran convite, chispeantes brindis, amorosos epitalamios y borra-  
cheras de *champagne*. De todo esto hubo en nuestra boda.

Después Gabriela y yo partimos para París el mismo día, pues para seguir las costumbres de la moda es preciso encerrar las mejores escenas de la luna de miel en un coche de primera.

De París pasamos a Italia, y allí permanecimos bastante tiempo, gastando mucho y divirtiéndonos como yo nunca había podido imaginar.

Cuando volvimos a nuestra patria, ¡qué feliz y portentoso cambio se había operado entre las muchas personas que yo conozco!

Todos me trataban como a un hombre nuevo, y nadie parecía acordarse de aquel muchacho que algunos meses antes apenas si se dignaban saludar.

En esto tal vez influiría el diferente aspecto que yo presentaba.

Verdaderamente debía estar desconocido.

Antes vestía miserablemente, pagaba un pupilaje de ocho reales, y necesitaba valirme de mil artes para subsistir.

Mientras que ahora poseía coches, seguía las modas y siempre tenía dinero dispuesto a satisfacer las necesidades de los amigos.

Comprendí, además, por ciertas manifestaciones, que mi talento había sufrido un rápido desarrollo sin darme yo cuenta de ello.

Aquellos mismos periódicos en cuyas redacciones había sufrido sonrojos mendigando la publicación de mis obras, ahora daban a luz pomposas gacetillas, en las que se me llamaba *eminente publicista, ilustre literato y armonioso poeta*; y en los cafés, cuando, rodeado de los amigos, soltaba alguna majadería, todos aplaudían a coro, y no faltaban muchos que decían por lo bajo, si bien procurando que yo les oyera:

—Este Jacinto tiene un talento asombroso.

En fin, amigo mío, que yo era otro hombre, porque mi personalidad pesaba, sin duda, más en la opinión de la gente con el aditamento de mis 50.000 duros, que, dicho sea de paso, gastaba muy aprisa.

También en Gabriela habíase efectuado un cambio trascendental que noté yo solo.

Mi mujer me amaba: esto lo sabía yo de una manera cierta, y buena prueba de ello me había dado durante la época de nuestros galanteos.

Pero, a los pocos meses de casada, su cariño enfriose bastante, y dejó muchas veces de ocuparse de mí para fijar toda su atención en las modas y esas otras materias fútiles a que tan aficionadas son las mujeres.

Gabriela, al ser rica, deseaba brillar tanto como sus nuevas amigas de la alta sociedad; y esto, unido a que aquellas no vivían muy unidas a sus cónyuges, hacía que mi mujer, por espíritu de imitación, propio del que está alejado de su esfera, no fuese tan apasionada conmigo como antes.

Yo deseaba una vida alegre y llena de comodidades, pero libre de las tiránicas obligaciones del gran mundo.

Mi esposa, por el contrario, amaba la etiqueta, y las ridículas ceremonias sociales formaban su principal encanto.

Esta diferencia de aficiones producía un ligero enfriamiento en nuestro trato, y era causa de que Gabriela me considerase, allá en su interior, como un hombre *basto* y desprovisto de toda elegancia.

Yo debía haber previsto los resultados de tal diversidad de pareceres; pero, por desgracia, no pensé en ellos, y, antes al contrario, asentí a todas las peticiones que me hizo mi esposa.

Y di en mi casa bailes y reuniones, a los que concurrieron la flor y nata de la elegancia, y sucedió que...

Pero no anticipemos los sucesos, como dicen los novelistas.

### III

¡Qué aspecto tan brillante ofrecía mi casa en las noches de bailes! Porque yo daba bailes y gastaba como un Rothschild<sup>2</sup>, creyendo que el millón no llegaría nunca a agotarse.

Aquello era un torbellino de negros fracs y blancos vestidos de encajes meciéndose al compás de las arrebatadoras notas de Strauss.

¡Y qué hermosos y confortables eran mis salones!

En ellos había invertido gran parte de mi fortuna y todos los recursos de mi imaginación, que ya sabes no es nada pobre en punto a fantasía.

---

<sup>2</sup> Miembro de una dinastía de origen judeoalemán, considerada desde el siglo XIX como una de las sagas más influyentes en el mundo financiero y de la banca.

Mi casa la frecuentaban aquellas noches los principales personajes de Madrid, y no era extraño ver en ella a los embajadores de las principales potencias, a los títulos más apergaminados (en sentido metafórico), y aun de vez en cuando a algún ministro de la corona.

Nadie se acordaba de la posición que algunos años antes ocupábamos Gabriela y yo, y todos acudían a mis bailes, ansiosos de divertirse tanto en el salón como en el bufet.

La verdad es que yo era el que menos gozaba en las tales noches.

Mis convidados se paseaban por toda la casa, hacían cuanto era de su gusto y no se acordaban del dueño para nada.

Rara era la noche en que no me presentaban cuatro o cinco caballeros que, después de los saludos y cumplimientos de costumbre, se metían en los salones con la seguridad del que pisa terreno propio, y no volvían tan solo la cabeza cuando yo pasaba alguna vez por su lado.

En tanto, este infeliz tenía que ir haciendo el dominguillo por los corrillos de las damas, preguntando a los jóvenes si se divertían y echando flores a las mamás, algunas de las cuales podían ya por poco servirme de abuelas.

Te digo que aquello era tan enojoso para mí, que mil veces hubiera suprimido los bailes a no ser por Gabriela, que los tenía como artículo de perentoria necesidad.

Ella sí que se divertía. Constantemente estaba rodeada de un sinnúmero de adoradores, y la infame se sonreía al escuchar sus amables ternezas.

Mil veces estuve tentado de emprender a cachetes con aquellos sietemesinos pegajosos; pero siempre me detenía pensando que usaba frac, y que con tal prenda, y en un salón de baile, es preciso desprenderse de ciertas preocupaciones que se sienten cuando es uno pobre y tiene corazón.

Una noche en que el salón principal de mi casa estaba cual nunca deslumbrador, albergando ese *todo Madrid* tan zarandeado por los revisteros elegantes, tuve que decir no recuerdo qué cosa a mi mujer, que en aquellos instantes no se encontraba en el baile.

Pregunté a los criados y no supieron contestarme, hasta que por fin me decidí a buscarla yo mismo, encaminándome a su tocador después de recorrer los principales aposentos de la casa.

Abrí la puerta con un llavín que yo poseía, y no pude menos de proferir una blasfemia al ver a mi Gabriela abrazada a un elegante que por entonces era el hombre de moda y el favorito de las damas.

La infame aprovechaba aquellas horas de confusión para avistarse con su amante, pues el resto del día lo pasaba siempre a mi lado.

Al contemplar aquella escena, mi sangre se enardecíó; mi carácter, fiero e indomable, rompió las trabas sociales que hacía tiempo le oprimían; y, faltándome armas, agarré con fuerza colosal una pesada silla, y, ciego de furor, púseme a dar golpes a diestro y siniestro.

Después yo no sé ciertamente lo que sucedió.

Solo recuerdo que al poco rato penetró mucha gente en el tocador, que me arrancaron la silla de las manos, y que aquellos buenos señores se empeñaron en demostrarme que un hombre bien educado ha de reglamentar sus sentimientos y vengarse con todos los requisitos que exige la buena sociedad.

Nombré padrinos, recibí una tarjeta, y el amante de mi mujer se retiró con la cabeza descalabrada.

El escándalo fue completo, y todo el mundo tuvo noticias de mi deshonra, a la que benévolamente adjudicó el nombre de chistosa aventura.

La luz del día me sorprendió sentado en mi despacho y con la cabeza apoyada sobre las manos.

Durante las muchas horas que permanecí en tal posición, hice las siguientes reflexiones:

Que la falta de mi mujer era debida al deslumbramiento producido por los esplendores de una esfera a la que no estaba habituada.

Que Gabriela y yo hubiéramos sido más felices siendo menos ricos y ocupando una modesta posición.

Que ella tal vez no hubiera empañado mi honor a ser yo un empleado de poco sueldo, imposibilitado de dar en su casa bailes y *thes dansants*<sup>3</sup>.

Y que, en su consecuencia, la culpa de todo la tenía aquel maldito premio gordo que tanto había trastornado la carrera de mi existencia,

---

<sup>3</sup> Fiestas que tenían lugar por las tardes y donde el baile resultaba un elemento fundamental.

y que para poco había venido a servirme, pues por efecto de los bailes y otros caprichos de mi mujer su cantidad estaba bastante mermada.

## IV

La mañana era fría y lluviosa.

A pesar de esto, yo me encontraba tras las tapias del cementerio con una pistola en la mano, y teniendo a veinticinco pasos de distancia al amante de mi esposa, armado de igual modo.

Íbamos a saber de parte de quién estaba la razón, y para ello erigíamos en tribunal a un par de pistolas.

¡Famosos jueces!

El duelo, merced a mis instigaciones y a los buenos deseos de algunos amigos, tenía mucho de bestial.

Los primeros disparos debían hacerse a veinticinco pasos de distancia, y después podíamos avanzar hasta agujereamos el pellejo a quemarropa.

Los padrinos hicieron la señal; y yo, ansioso de dar muerte a mi enemigo, disparé, sin lograr mi objeto.

El elegante permaneció inmóvil, sin que mi bala le causara el menor daño, y luego avanzó hasta ponerme en el pecho el cañón de su pistola.

Yo estaba desarmado, y, como al mismo tiempo veía en el rostro de mi rival señales de hostilidad, no pude menos que sentir miedo. Mis piernas flaquearon, mi frente se inundó de sudor, y, considerando que aquello era un asesinato a mansalva, mi instinto se sublevó y me dispuse a arrojarme sobre mi enemigo.

Pero en el mismo instante sonó una espantosa detonación, y sentí mi pecho atravesado por la bala...

—¡Alto ahí! —dije cuando mi amigo Jacinto llegó a semejante punto de su narración—. Yo no comulgo con ruedas de molino, y no puedes hacerme creer que es posible se salve un hombre en un lance tal como tú lo describes.

—Aguárdate un poco —contestó mi amigo— y te convencerás de la veracidad de mis palabras. Apenas sonó el tiro y sentí la herida,

cuando me encontré en la casa de huéspedes que habito, sentado ante mi humilde mesa.

—¿Cómo puede ser eso?

—Ya sabes que yo (según decís todos) tengo una imaginación febril, y que de continuo sueño despierto, hasta paseando por las calles. Pues bien: todo lo que te he relatado no era más que un cúmulo de sucesos creados por mi fantasía en un momento. Aquel día era víspera de Nochebuena, o sea el destinado para contemplar algunas alegrías e infinitas decepciones.

Yo, instigado por mi novia Gabriela (que ya te enseñaré cualquier día), había tomado un décimo de billete con la esperanza de lograr con la lotería el medio de casarme pronto con ella.

¿Querrás creer que cuando mi patrona me dio el suplemento que contenía los primeros números premiados no tuve gran interés en leerlos?

En aquellos instantes hasta sentía miedo por si me había tocado el premio gordo.

Tal efecto hicieron en mí las fantasías que había producido mi cerebro soñando despierto.

## NOCHE DE INVIERNO<sup>1</sup>

Aquella mujer que, vestida de negro y cubierto el rostro por un mugriento velo, venía todas las noches a colocarse en la esquina, llamaba poderosamente la atención de los curiosos que habitaban la calle.

El guardia de orden público que habitualmente estaba en ella de punto, especie de Salomón con bigote cerdoso y mirada fosca, ansioso a todas horas de ejercer sus funciones de agente de la autoridad, había sido el encargado de satisfacer a los curiosos.

Por razón de su ministerio, tenía muchas noticias de la vida, tanto pasada como presente, de aquella mujer.

En no lejana época había nadado en la abundancia hasta el punto de *arrastrar coche* (palabras textuales del polizonte), pero en la actualidad se veía precisada a mendigar, y aun así llevaba una continua existencia de sufrimientos y cruel miseria.

Habitaba en una buhardilla de no sé qué calle, en uno de esos cuchitriles infectos que reciben los rayos del sol a través de un menguado tragaluz, y que, a pesar de esto, parecen estar abiertos a todas las inclemencias de la temperatura.

Su nombre era ignorado.

El polizonte no había querido incomodarse averiguándolo.

---

<sup>1</sup> *La Ilustración Ibérica*, 17 de noviembre de 1888, pp. 730-734.

—¡Bah! —había dicho a todos—. Una de tantas. Ayer opulentas y hoy mendigas. Es la historia de siempre.

Y el representante de la justicia, siempre que decía esto, metía la mano en los bolsillos de su capote, y se paseaba con el aire de satisfacción del que ha dicho una gran cosa.

No faltaba quien decía conocer a aquella mendiga, y hasta llegó ocasión en que alguno se inventó historias tristes e interesantes, de las que aquella era la principal protagonista.

A pesar de esto, pocos, muy pocos habían logrado verle el rostro.

La desconocida todas las noches se presentaba en la calle del mismo modo.

Apoyada en las esquinas, con el busto envuelto en la vieja mantilla, y extendiendo a los transeúntes, con ademán suplicante, una mano blanca que, aunque descarnada, tenía cierto corte aristocrático.

A pesar de las órdenes de la autoridad, la mendiga era respetada por los agentes, que la dejaban implorar la caritativa compasión de los transeúntes.

—Es una desgracia —repetía el guardia que antes hemos citado—. Yo no tengo el corazón tan duro.

Y los vecinos de la calle aplaudían tal conducta.

Sin embargo, la infeliz mujer se retiraba a su casa todas las noches nada más que con unas pocas monedas de cobre.

Muy escasos eran los que se detenían para depositar algo en aquella mano suplicante.

Y es que la gente es más propensa en aflojar el corazón que la bolsa.

Muchos sienten compasión, pero pocos ejercen la caridad.

## II

A las diez de la noche la calle presentaba un aspecto propio del invierno.

Había cesado de llover, y hacía un frío tal que los transeúntes se veían obligados a andar más que de prisa, con las manos en los bolsillos, para dar algún calor a sus ateridos miembros.

La macilenta luz de los reverberos se reflejaba en el encharcado pavimento, produciendo largas y tortuosas fajas de rojizo resplandor que titilaban sin cesar.

Las siluetas de las casas se perdían en la sombra, y sus tejados llegaban a confundirse en la tenebrosa oscuridad del cielo.

La calle estaba solitaria y silenciosa, y solo allá a lo lejos se escuchaba el sordo rumor de alguno que otro carruaje al rodar sobre los adoquines.

En la esquina de siempre se encontraba la misteriosa mendiga, envuelta en la sombra y con la mano extendida, aguardando una caridad que nunca llegaba.

Mirándola de cerca podía notarse que de continuo se estremecía.

De vez en cuando un suspiro ahogado salía de debajo del velo.

Parecía abstraída.

Sus pies, calzados por unas viejas botas llenas de mil agujeros, descansaban sobre un charco, y a pesar de esto permanecía inmóvil, estremeciéndose de frío.

¡Dios solo sabe lo que pensaría en aquellos instantes!

Tal vez por su imaginación estaban cruzando los recuerdos de épocas más felices.

Tal vez sus ojos, cubiertos por el velo, derramaban en aquellos instantes abundantes y amargas lágrimas.

Si un observador, merced a la doble vista, hubiera podido escudriñar el interior de aquella cabeza oculta entre los pliegues de la mantilla, de seguro que hubiera visto grabado en su imaginación un mundo de tristes pensamientos y recuerdos.

Aquella mujer tenía ocupada su memoria por dos seres queridos.

Un esposo, muerto por no poder resistir los ataques combinados de la fatalidad y la miseria, y una hija de cuyo paradero no sabía nada cierto.

¿Qué sería de ella en aquellos instantes?

La pobre madre lloraba al recordar los tiempos en que, con toda la gracia infantil, venía a acariciarla.

¡Dichosa época aquella de riqueza y prosperidad!

¡Cuánta diferencia entre unos tiempos y otros!

Antes las comodidades y el bienestar; ahora el infortunio y la miseria.

Y ¡cuán grande era esta!

La infeliz, al pensar en esto, pudo recordar que desde por la mañana no había comido, y entonces comenzó a sentir en el estómago la atormentadora mano del hambre.

Buscó en sus bolsillos algo que llevar a la boca, y solo encontró un pedazo de pan mohoso y duro.

Cuando comenzaba a comerlo, el recuerdo de los suntuosos banquetes a que asistía en otro tiempo asaltó su memoria, y el pan llegó a su boca mojado por las lágrimas.

La figura de su hija tornó a aparecer entonces en su memoria.

¡Ah, si ella supiera el infeliz estado de su madre!

Y la mendiga murmuraba esto con la convicción de que su hija acudiría en su auxilio a saber su situación.

Mientras la desdichada mujer se entregaba a tales cabildeos, las horas fueron pasando rápidamente, hasta que por fin llegó ese momento en que la noche parece hacer el último esfuerzo para cobrar el aspecto de animación y actividad propio del día.

Los espectadores que salían de los diversos teatros y se encaminaban a su casa comenzaron a transitar por la calle con paso rápido, y tarareando, alguno que otro, las notas que momentos antes acababan de escuchar.

De vez en cuando un carruaje pasaba por frente a la mendiga como una exhalación, produciendo un fuerte estruendo y reflejando como centellas, sobre el mojado suelo, las rojas luces de sus faroles.

El sereno de la calle acudía con torpe paso a abrir alguna puerta a los vecinos que se retiraban.

A la vista de toda esta fugitiva animación, la mendiga notó que había consumido hasta la última migaja de su pan y que el hambre seguía atormentándola.

Entonces, a impulsos de aquella cruel necesidad, no pudo menos de decir con débil voz a los transeúntes:

—¡Caballero, una caridad por Dios!

Nadie aminoraba su paso al escuchar aquel acento quejumbroso, y solo alguno que otro le dirigía una rápida mirada de indiferencia.

Poco a poco la calle fue quedando desierta, y por fin nadie vino a despertar con sus pasos los dormidos ecos.

La mendiga, entonces, experimentó un gran desaliento, sus piernas flaquearon y tuvo que apoyarse en la esquina para no venir al suelo.

### III

De pronto oyose el rumor de un carruaje que por fin desembocó en la calle, y pasando por frente a la mendiga vino a pararse junto al portón de una casa de suntuosa apariencia.

A pesar del estruendo que producía al rodar sobre el empedrado, dentro de él oíanse fuertes carcajadas.

Esto pareció animar a la pordiosera.

—Es gente que se divierte —murmuró—. Los que son felices deben estar más dispuestos que nadie a socorrer a los desgraciados.

Y diciendo esto corrió al sitio donde estaba parado el carruaje, al mismo tiempo que un lacayo abría la portezuela.

Dos parejas saltaron de su interior.

Ellos eran de diferente edad y vestían de rigurosa etiqueta.

Ellas ostentaban vistosos trajes y ricas joyas, y en sus rostros y en sus ademanes llevaban impreso ese sello propio de las mujeres de vida airada, aunque de alta categoría.

Eran, en fin, un joven y un viejo calaveras, y dos mujeres de las que pretenden cubrir sus vicios con las riquezas producto de su deshonra.

Las dos parejas atravesaron la acera y fueron a entrar en la casa, al mismo tiempo que la mendiga se presentaba ante ellos, diciendo con su voz quejumbrosa:

—¡Una limosna, buenos señores!

—¡Calle! —dijo el viejo dirigiéndose a su compañero—. No sabía que nos guardabas esta sorpresa.

—No hagáis caso —contestó aquel—. De esto tiene la culpa la autoridad, que no nos libra de estos mendigos enojosos. Arriba, arriba, que la cena espera y quiero hacerlos los honores de la casa.

La pordiosera, en tanto, fijaba la atención en una de aquellas *de-mi-mondaines*<sup>2</sup>, y se estremecía intensamente.

Pasaron algunos momentos.

Por fin levantose el velo que le cubría el rostro, y, abalanzándose sobre aquella, gritó:

—¡Ernestina! ¡Hija mía! ¡Mírame! ¡Soy tu madre!

Al oír tal exclamación, los otros tres espectadores se volvieron hacia la aludida con extrañeza.

—¿Qué dice esa mujer? —dijo por fin el viejo que la llevaba del brazo.

—Lo ignoro —contestó—. No la conozco, pero creo que debe estar loca.

—¡Pues tiene chiste este lance! —dijo aquel, al mismo tiempo que el joven gritaba a la mendiga:

—Vaya, buena mujer: ya hace tiempo que nos estás estorbando. Quitáte de en medio si no quieres que mi cochero te dé un latigazo.

—Vosotros —continuó diciendo a sus acompañantes—, arriba a cenar.

Y momentos después el coche se alejaba, luego de haber penetrado las dos parejas en la casa y cerrándose el portón.

La mendiga quedose inmóvil en el centro de la acera.

Durante unos instantes estuvo como paralizada por lo que acababa de ver; pero por fin acercose a la puerta, y, empuñando el pesado aldabón, dio un fuerte golpe.

Solo el eco le respondió.

Pasaron algunos instantes, y la infeliz tornó a levantar la pesada maza de metal, al mismo tiempo que gritaba:

—¡Ernestina! ¡Hija mía!

Entonces, allá a lo lejos, de lo más hondo del caserón, salieron fuertes e interminables carcajadas.

Al escucharlas la mendiga, soltó el aldabón, y tambaleándose retrocedió algunos pasos.

De pronto exhaló un fuerte gemido, gritando al mismo tiempo con voz ronca:

---

<sup>2</sup> Eufemismo de «cortesanías».

—¡Infame! ¡Infame!

Y al proferir tales palabras vaciló algunos instantes, cayendo por fin al suelo.

Al caer, su cabeza chocó contra la acera, produciendo un ruido seco y espeluznante.

## IV

Al día siguiente un periódico de la mañana insertaba un suelto concebido en los siguientes términos:

«Anoche fue encontrado en la calle... por los agentes de la autoridad, el cadáver de una mujer, al parecer pordiosera, que sin duda resbaló, cayendo al suelo con tan mala fortuna que se produjo una fuerte contusión en la nuca que le causó la muerte.

»Es indudable que la causa de la caída fue el mal estado en que se encuentra el pavimento de las calles por causa de la lluvia.

»Bien puede ver el Municipio, en este triste hecho, los fatales resultados que produce la poca vigilancia que se tiene en la recomposición del adoquinado público.

»El Juzgado de guardia procedió al levantamiento del cadáver, y hasta la hora presente todavía ignoramos el nombre de la difunta.

»R. I. P.».



## EL PERRO DEL BRIGADIER<sup>1</sup>

El brigadier D. Martín de Amezcoa golpeó con su diestra el mármol de la mesa y dirigiendo a sus habituales compañeros de café una mirada de aquellas que reservaba para sus muchos momentos de pasajera irritación, dijo con su voz temblona y un poco fuera de tono.

—Vamos a ver, ¿y por qué soy un extravagante?, ¿por qué me dan Vds. tal título?, ¿porque tengo en mi despacho a *Granadero* disecado dentro de una urna de cristal? Cada uno se entiende, don Paquito, y Vd. se hubiera acreditado de joven reflexivo y serio si, en vez de venir con el chisme a los amigos, me hubiera preguntado esta mañana por qué tenía un perro disecado en mi casa.

El llamado don Paquito, joven casi imberbe que estaba sentado frente al brigadier, sintió la necesidad de contestar a la andanada de este:

—Mi brigadier, Vd. se desahogará contra mí como mejor guste, pero debe confesar que es algo extravagante tener disecado un perro como si se tratara de un colibrí u otro pájaro bonito.

—Vuelvo a repetir que cada uno se entiende, señor mío, y si yo conservo a *Granadero*, él me conservó antes a mí, pues me libró de la muerte.

—¿Le sacó a Vd. del agua próximo a ahogarse? —preguntó uno de los presentes.

---

<sup>1</sup> *Revista de las Provincias*, 8 (15 de julio de 1889); reimpresso en *Ilustración de Álava*, 30 de julio de 1889, pp. 3-6.

—Calle Vd., hombre; yo en mi vida he caído al mar. Además, mi *Granadero* era un perrillo muy pequeño para poder sacar a flote a un buen mozo como yo.

—Pues entonces, don Martín, será algún caso muy original.

—Y tanto como lo es. Voy a relatárselo a Vds. y deben agradecerme, pues no soy de los que se deleitan en contar los hechos de mi vida.

Todos apoyaron los codos sobre el mármol e inclinaron la cabeza como para escuchar mejor. Don Martín, en tanto, bebió agua y por fin comenzó a hablar:

—Lo que voy a contar a Vds. sucedió en los tiempos de la primera guerra civil, o sea, cuando yo era subteniente y tenía un hermoso bigote negro que me valía muchas conquistas. Hoy no tengo más que reumatismos y heridas en el cuerpo, ¡cómo ha de ser!, váyase lo uno por lo otro.

Apenas fui incorporado a mi regimiento se ordenó la marcha de este para el Norte, donde las cosas no andaban tan bien para el Gobierno como era de desear, y hete aquí al subteniente don Martín mandando la cuarta parte de una compañía de cazadores, tragando polvo por caminos interminables y meneando las piernas sin cesar.

El coronel era un buen señor, un antiguo amigo de mi padre que me trataba con severa franqueza.

Cuando llegamos a Ávila me dijo con el mismo acento imperioso que empleaba para dar una orden:

—Hace ya mucho tiempo que no has visto a tu madre; anda, pues, a verla, que la pobrecilla después de la muerte de mi amigo no tiene en el mundo otra familia que tú.

Mi madre vivía en un pueblo cercano y para él salí a la mañana siguiente de llegar el regimiento a Ávila.

En aquel corto viaje me acompañó *Granadero*, un perrillo vivo y ágil que siempre estaba husmeando el horizonte y brincando sin cesar a las rodillas de su amo.

Permanecí más de un día en casa de mi madre y, cuando regresé a Ávila, supe que el regimiento había ya partido hacía unas seis horas.

Para mí, que entonces tenía muy buenas piernas, no era mucha la delantera que el regimiento me llevaba, así es que resolví alcanzarlo en el primer pueblo donde se detuvieron a descansar.

Salí de la ciudad al amanecer, sin otra compañía que la de *Granadero* que como siempre interrumpía su marcha para hacer mil mone-rías que distrajeran a su amo.

¡Hermoso día! A pesar de que estábamos a principios del invierno, el sol llenaba el espacio de luz y de calor, y en el cielo no se distinguía ni un jirón de nube.

El sudor mojaba la visera de mi chacó y a la media hora de marcha me vi obligado a despojarme de mi grueso capote para refrescarme un poco.

Los campesinos, al cruzarse conmigo en el camino, me miraban con extrañeza. Verdaderamente no era muy común ver marchar a pie a un oficial sin otra compañía que la de un perro.

Por la tarde, o sea, cuando yo comenzaba a encontrar algo aburrido el hacer tan larga jornada acompañado de un perro y este iba ya taci- turno y con el rabo caído —lo que en él era señal infalible de tristeza—, se operó una radical transformación en el cielo.

Un revuelto montón de nubes, que desde por la mañana estaba apuntando por occidente, se extendió rápidamente por el cielo y a con- tinuación comenzó a caer una lluvia de esas que parece que con su fuerza pretenden agujerear la tierra hasta lo más profundo.

Con esto se hizo de noche antes de lo que yo esperaba.

El camino, que era estrecho, tortuoso y oprimido entre montañas cuyas vertientes terminaban en sus mismos bordes, se hacía por ins- tantes intransitable.

El agua que en las cumbres se recogía, bajaba en pequeños arroyue- los cuarteando los pedruscos y a través de espinos y romeros hasta llegar al fondo del camino, donde formaba un barrizal líquido intransitable.

Al poco tiempo de empezada la tempestad tenía yo todo mi cuerpo mojado y las polainas totalmente cubiertas de gruesas capas de barro, pues a cada paso me hundía hasta cerca de las rodillas en aquellos charcos que la oscuridad cada vez más creciente no permitía ver.

La lluvia resbalaba en la cúspide de mi chacó y las carrilleras eran dos continuos hilillos de agua que se esparramaba sobre el uniforme o se introducía entre la camisa y la carne.

*Granadero* sufría el temporal con resignación; yo, en cambio, juraba como un condenado y, oprimiendo la empuñadura de mi sable, miraba furioso al cielo como si fuera capaz de partirlo en dos de una cuchillada.

Cuando la oscuridad fue completa, aquella marcha se me hizo ya insufrible.

Resbalé y caí un sinnúmero de veces y hubo instante en que dudé si podría salir de aquel barro en que me hundía y que tiraba de mis piernas como si quisiera tragarme. Tenía la ropa pegada al cuerpo y mis movimientos eran a cada instante más difíciles.

Por fortuna descubrí de pronto, al terminar una revuelta del camino y a poca distancia de mí, el oscuro contorno de una casa.

A pesar de mi estado desesperante no pude menos de fijar la atención en ella. Era una casucha ruinosa, de grandes aleros, techo apuntado y ruinosas paredes, que vista en la oscuridad tenía el perfil propio de una cabeza fantástica que, con el resto del cuerpo en lo profundo, se asomaba a la superficie de la tierra cubierta con un sombrero chinesco.

*Granadero* frotó su lomo en mis piernas, como para decirme que haríamos muy bien en acogernos a aquel albergue que tan oportunamente encontrábamos.

Yo pensé que aquella casa, que indudablemente era una venta, no debía estar muy lejos del pueblo donde pernoctaba el regimiento y que, por lo tanto, bien podía permanecer en ella hasta dos horas antes de romper el día y entonces continuar la marcha.

Llamé a la puerta que era muy vieja y tenía grietas por las que cabía perfectamente una pata de mi perro.

Nadie contestó. Por un ángulo del tejado escapaba toda el agua que en él se recogía, y aquel raudal que chasqueteaba al caer sobre las piedras parecía modular una carcajada interminable.

Volví a llamar; por fin oí lejanos pasos y las grietas fueron destacándose sobre el fondo negro de la puerta con el reflejo de una luz rojiza, que poco a poco iba acercándose.

Abrieron sin preguntar quién era el que llamaba y vi ante mí un hombre con un gran candil en la mano y a cuyos hombros apenas si buenamente llegaba mi cabeza. Su rostro no era muy tranquilizador.

Después de darme las buenas noches y de asegurarme que allí tendría alojamiento, aunque no muy cómodo, entré con él hasta la cocina y me senté frente al hogar en el cual ardían algunos troncos.

Mientras me calentaba, examiné con detenimiento aquella pieza.

Las paredes era indudable que en algún tiempo habían sido blanqueadas, pero después habían adquirido ese extraño color que producen la negrura del humo y la amarillez del tiempo. Las llamas, que crepitando saltaban en el hogar, producían una luz rojiza que, inquieta, correteaba por las paredes y el techo, dejando libres grandes espacios para que en ellos se refugiara la sombra.

En un rincón estaban sentados sobre viejo banco dos hombres de cuerpos robustos aunque enjutos, cubiertos de repugnantes harapos, de rostros fieros y que me miraban con los ojos entornados como si pretendieran hacerme creer que dormían.

Un poco más allá una vieja alta, huesosa y repugnante, sentada en una silla pequeña y con el rosario en las manos, también fingía dormir abriendo quedamente de vez en cuando uno de sus ojos.

¡Gran Dios! ¿Dónde me había metido?

Este fue el pensamiento que tuve apenas para revistar a mi alrededor, pensamiento en el que me afirmé más a cada instante.

*Granadero*, que se había colocado entre mis piernas para gozar mejor del fuego, levantaba la cabeza y, después de dirigir una mirada hosca e inquieta a aquellos seres mudos, daba sordos rugidos fijando sus ojos en mí como para decirme:

«No, pues lo que es estos no son gente buena; desconfía, amo mío».

El ventero estaba de pie detrás de mí y, sin duda, para evitar que fijara mi atención en sus compañeros, me abrumaba a preguntas sobre mi viaje y me repetía que algunas horas antes había pasado por allí el regimiento.

Pedí de cenar y aquel hombre se limitó a hacer un gesto de extrañeza, al par que me dijo que en toda la casa no tenía más comida que un pan, y este bastante duro.

Preferí dormir y al poco rato subía los agrietados y desiguales pedaños de una vieja escalera, precedido del ventero, que alumbraba, y seguido de *Granadero*, que cada vez se mostraba más inquieto.

Los otros dos hombres y la vieja se quedaron en la cocina y apenas si llegaron a contestar con un gruñido al saludo que les dirigí al marcharme.

El ventero, procurando siempre evitar que yo sospechase y sin que mediase pregunta alguna, me dijo que la vieja era su mujer y aquellos dos hombres inmóviles como esfinges eran dos infelices a quien la lluvia había obligado a refugiarse en la venta y que por aquella noche dormirían en la cocina.

A pesar de la expresión de sinceridad que aquel hombre quería dar a sus palabras, no logró convencerme.

Entramos en la habitación que me había destinado y vi que era un camaranchón de paredes agrietadas, por cuyos agujeros entraba y salía el viento con entera libertad, y de alto techo que apenas si llegaba a iluminar la luz del candil.

En un rincón se veía un arca de vieja madera adornada con gruesos clavos, recuerdo vetusto de otros tiempos, y en el centro de la habitación figuraba un camastro de madera con dos colchones delgados como tortas y unas sábanas de color algo indefinible.

Los rincones estaban tapizados con gruesas capas de polvo y telarañas, bajo las cuales debía cobijarse todo un mundo de asquerosos insectos.

El ventero colgó el candil en una escarpia de madera y, después de darme las buenas noches, salió cerrando la puerta.

Apenas quedé solo, sentí en mi interior una impresión extraña, una profunda inquietud que casi podía calificarse de miedo.

¡Miedo! ¿A qué?... Esta fue la pregunta que repetidas veces me dirigí y, como mi alarmado espíritu no acertara a contestar nada, acabé murmurando entre dientes:

—¡Bah! Estas son aprensiones propias del que acaba de salir del colegio y se acuesta por primera vez en una mala venta.

Me quité el chacó y el capote, me desceñí el sable y este y las pistolas fueron colocados bajo de la almohada.

En tanto *Granadero* husmeaba la habitación; indudablemente el perro empezaba a presentir algo. Olfateaba todos los rincones y de vez en cuando levantaba la cabeza para mirar al techo lanzando sordos gruñidos.

Yo estaba inmóvil junto a la cama y seguía con la vista todas las idas y venidas de *Granadero*.

El silencio era casi absoluto. Solo la luz del candil crepitaba de vez en cuando despidiendo pequeñas chispas y fuera oíase el zumbido de la lluvia y de los árboles agitados por el viento.

En algunos instantes me pareció oír un rumor semejante al que produce una disputa en voz baja, pero siempre que fijaba más mi atención para comprender mejor aquel sordo ruido procedente de la cocina, el estrépito de una ráfaga de viento que azotaba la venta o el monótono chapoteo de la lluvia que arreciaba venían a impedírmelo.

Por las grietas de la pared se filtraba un frío vientecillo que me hacía estremecer, por lo que determiné meterme inmediatamente en la cama.

Volví a mirar si estaban bien colocados el sable y las pistolas, me quité las botas y después me introduje entre las sábanas, que eran ásperas y granujientas como piel de lija. El frío me obligaba a conservar puesto el uniforme.

Apagué la luz del candil y escondí la cabeza bajo el embozo de la cama, pues en aquel desván aumentaba el frío, pero, apenas tal hice, sentí que alguien saltaba sobre la cama.

Era *Granadero* que empezó a aullar pugnando con las patas para arrojar a un lado la cubierta.

Dejé hacer a mi perro creyendo que solo deseaba compartir conmigo la cama, pero mi sorpresa fue grande al ver que me mordía suavemente una manga y tiraba de mí con intención de arrojarme de la cama.

Algo incomodado por tal familiaridad y dejándome llevar de un impulso de mi carácter, di tal puñetazo a mi perrillo que cayó rodando al suelo. Pero *Granadero*, apenas se levantó, tornó a escalar la cama para repetir la misma operación.

Tal insistencia me hizo creer que allí existía algún peligro que había adivinado el noble instinto del animal.

Apenas pensé esto me arrojé vivamente de la cama y, buscando en un bolsillo de mi pantalón los avíos de encender, hice que al poco rato el candil alumbrara la habitación.

Miré por todas partes y nada vi. El perro levantaba la cabeza hacia el techo como para indicarme que aquello era lo que yo debía examinar, pero por más que yo miraba no podía ver otra cosa que las vigas casi ocultas en las sombras.

Únicamente llamó mi atención una de ellas, que estaba transversalmente a mi cama, por ser mucho más ancha que las restantes.

Pero este detalle no produjo en mí sospechas y, viendo que por ninguna parte encontraba algo que justificase la alarma de mi perro, determiné apagar otra vez el candil y acostarme.

Cuando me tendí en la cama experimenté esa sensación voluptuosa propia del que se siente cansado y comprende que va a descansar.

Pero mi perro volvió otra vez a incomodarme repitiendo la misma maniobra.

Entonces me puse furioso y le descargué unos cuantos golpes que le hicieron rodar a algunos pasos de la cama.

*Granadero* dio algunos aullidos de dolor y otra vez volvió mansamente sobre mí para tirarme de una manga, de un pie o de los faldones de la levita.

En vista de esto, empezó una verdadera lucha entre el amo y el perro. Yo daba puntapiés y puñetazos a *Granadero* y este los sufría pacientemente y, temblando, volvía otra vez a pugnar por arrojarme de la cama.

Cansado ya de tan extraña lucha y alarmado por tan inusitada insistencia volví a arrojarme de la cama, lo que tranquilizó un poco a mi perro, el cual, medroso como el que está a la expectativa de un gran peligro, se refugió entre mis piernas.

Era indudable que aquellos seres de siniestra catadura que había visto en la cocina estaban tramando contra mí algo que presentía mi perro.

Pensando en esto, me preparé a resistir una agresión. Volví a encender el candil, me puse las botas, el capote y el chacó, me ceñí el sable y montando mis pistolas fui a colocarme en un rincón de donde me puse a vigilar la puerta de la estancia.

*Granadero* parecía muy alegre por esta resolución y frotaba en mis rodillas su velludo lomo.

Muy pronto noté que mi perro no miraba a la puerta y que únicamente fijaba sus ojos alternativamente en la cama y en la viga de que antes he hablado.

Miré entonces a tal sitio y así permanecimos mucho tiempo.

De pronto oí un ligero rechinar, semejante al de una polea, y después..., ¡ah!, después sucedió una cosa horrible.

Del techo, de aquella misma viga, cayó con rapidez pasmosa algo grande y pesado que dividió en dos partes la cama con sin igual estrépito.

Aquel objeto desconocido al caer agitó violentamente las capas de aire y por poco no apagó la luz del candil.

Quedé aterrorizado y cuando se restableció el absoluto silencio de momentos antes, cuando mis oídos dejaron de rumbear<sup>2</sup>, parecía como que escuchaba el apresurado latir de mi corazón.

Mi perro no se había equivocado.

Así que me repuse un tanto de la sorpresa, lo primero que hice fue acercarme a la cama que estaba rota en el suelo bajo el peso de aquel objeto misterioso.

Miré bien y no pude ver más que dos cadenas que pendían del techo y estaban unidas a una especie de madero largo y estrecho, cuyo filo superior sobresalía entre aquel revoltijo que formaban los colchones y las sábanas destrozadas.

Descolgué el candil para ver mejor y entonces la luz hizo lanzar plateados reflejos a aquello que yo creía madero, no siendo otra cosa que una colosal cuchilla. Todo lo comprendí ante semejante descubrimiento. Yo había oído hablar de ventas solitarias en donde se asesinaba a los dormidos viajeros para robarles y comprendí que me hallaba en una de ellas y que aquel era el medio de que se valían los miserables que estaban abajo para realizar sin exposición alguna sus criminales propósitos.

---

<sup>2</sup> Zumbar.

Aquella cuchilla estaba embutida en una viga y merced a un oculto mecanismo caía sobre la cama dividiendo en dos mitades al que en ella se encontrara durmiendo.

Apenas acababa de examinar aquel aparato de muerte, cuando oí rumor de pasos en la escalera. Era indudable que los asesinos subían para gozarse ante el resultado de su obra.

En la expectativa de un peligro tal, resolví vender cara mi vida y amartillé mis pistolas.

Pero entonces, con el terror consiguiente, noté que la lluvia las había mojado y por tanto estaban inservibles.

Con desesperación arrojelas sobre la rota cama y, después de desenvainar el sable, apagué el candil con un fuerte soplo.

Transcurrieron unos instantes en el mayor silencio. Los pasos que sonaban en la escalera eran tardos y pesados y cada vez se oían más cercanos.

Por fin cesaron, y a la parte de afuera de la puerta se produjo ese razonamiento que indica que una persona apoya su cabeza para escuchar.

*Granadero*, que hasta entonces había permanecido junto a mí, se arrastró hasta llegar a la puerta y allí se puso a aullar sorda y tristemente.

Quien estaba en la escalera era la vieja, que a juzgar por lo vacilante de sus pasos y la incoherencia de sus palabras, que profería a media voz, se encontraba completamente ebria.

Aquella arpía tenía miedo a mi perro, que aullaba de un modo poco tranquilizador, y por esto decía entre dientes, monologuizando como todos los seres embriagados, que sería mucho más acertado entrar a recoger al muerto a la mañana siguiente. El muerto para aquella fiera era yo.

La vieja, después de decir esto y dedicar unas cuantas maldiciones a mi perro y no menos blasfemias a mi memoria, se alejó.

Yo temí que sus compañeros, menos escrupulosos que ella, subieran a la habitación para ver el efecto de su obra, pero pasó más de un cuarto de hora sin que en la escalera sonasen pasos algunos. Sin duda los bandidos habían vuelto a celebrar bebiendo el buen resultado de su empresa.

En este espacio de tiempo estuve pensando el mejor medio para evadirme de aquella cueva, pues era indudable que en el momento

subieran aquellos bandidos yo no tenía otro remedio que sucumbir, no contando con otra defensa que la de mi espada.

Me dirigí a tientas a la única ventana que tenía el camaranchón y, después de muchos esfuerzos, logré abrir los maderos.

El cielo estaba todavía cubierto de negras nubes, pero la lluvia que caía ya no era torrencial, sino tenue y cernida.

Miré al suelo que solo distaba unos cuatro metros y, poseído de esa audacia que da el miedo, no dudé un instante.

Me agarré fuertemente al alféizar, eché mi cuerpo afuera y... ¡zas! vine a caer en un gran charco que se había formado junto a la puerta, librándome milagrosamente de estrellarme la cabeza en un poyo de piedra que había al lado de aquella.

Apenas llegué al suelo, sentí caer sobre mí a *Granadero*, el cual no sufrió tanto como su amo.

Me levanté penosamente y, a pesar de las magulladuras que me había producido, emprendí una carrera desaforada por aquel camino lleno de charcos y barrizales que tan difícil hacían la marcha.

Después de correr con paso más o menos acelerado cerca de una hora, me detuve para escuchar los sonidos lejanos de una campana.

Era un reloj que daba las once. El pueblo donde había hecho alto mi regimiento no debía hallarse muy lejos.

Por fin llegué a él y fui reconocido por los centinelas que guardaban las afueras. Aquella noche daba la guardia mi compañía.

A la media hora estaba hablando con mi coronel, dándole cuenta de todo lo ocurrido, y pocos minutos después salía del pueblo con dirección a la venta, seguido de veinte soldados y un cabo que eran la flor de los valientes del regimiento.

Para abreviar, diré que llegamos a la venta, tocamos y no nos quisieron abrir y que el cabo *Pirriquis*, que era un aragonesote forzado, capaz de jugar a la barra con una pieza de artillería, hizo a culatazos en la vieja puerta un ancho boquete por el que entramos todos.

La sorpresa de los tres bandidos y la vieja fue muy grande cuando vieron aparecer sable en mano, al frente de los soldados, a aquel cuyo cadáver creían tener arriba.

Los cuatro intentaron resistirse, pero algunos culatazos fueron suficientes para reducirlos a la obediencia.

Registramos toda la venta y en el corral encontramos lo que yo esperaba. Bajo un gran montón de basura descubrimos una losa de piedra que cubría la entrada de un subterráneo, en el que estaban amontonados un buen número de cadáveres casi putrefactos y aserrados todos por la mitad del pecho.

Eran los restos de los desgraciados que se habían acostado en aquella cama de arriba para no despertar jamás. Los miserables de la venta hacía ya algunos años que se dedicaban a robar, asesinando por un medio tan seguro.

A la vista de tan horrible espectáculo se desbordó mi indignación y la de mis soldados y sucedió lo que era de esperar.

Al tiempo que en el cielo comenzaba a esbozarse la aurora con sus pálidos reflejos, los tres hombres y la vieja fueron fusilados en el corral y sus cadáveres los arrojamos a aquel mismo subterráneo para que se pudrieran en unión de los de sus víctimas.

Jamás me ha remordido la conciencia por aquel acto arbitrario que después fue aprobado por mi coronel.

Y ahora digan Vds. si tengo motivo para haber disecado a mi *Granadero* y contemplar enternecido sus restos como si se tratara de los de un individuo de mi familia.

# AMORÍOS EN LA LUNA<sup>1</sup>

## I

El encuentro fue en la desembocadura de la calle del Arenal. Los tres jóvenes que remontaban esta calle con el cigarro en la boca, el cuello del gabán rozando las orejas y el *clak*<sup>2</sup> algo ladeado; aquellos tres elegantes que a aquellas horas (muy cerca de la una de la madrugada), con sus trajes de etiqueta que en parte dejaban ver los gabanes, y siguiendo tal calle demostraban venir del Teatro Real; al llegar a la entrada de la Puerta del Sol tropezaron con otro joven que pasó por su lado sin mirarlos.

Los elegantes iban cantando entre dientes y de una manera bastante estrambótica el *raconto* de *Lohengrin*<sup>3</sup>, cuyas notas indudablemente aún vibraban en sus oídos; pero al pasar aquel joven, los tres cesaron de cantar y se codearon para llamarse mutuamente la atención.

—¡Es Federico! —dijo uno de ellos.

---

<sup>1</sup> *La Ilustración Ibérica*, 1 de marzo de 1890, p. 131; 8 de marzo de 1890, pp. 146-147; 15 de marzo de 1890, pp. 162-163; 22 de marzo; pp. 178-179; y 29 de marzo de 1890, p. 195.

<sup>2</sup> Sombrero de copa alta.

<sup>3</sup> A través de esta alusión a la ópera wagneriana, el autor reedita lo que a lo largo de su existencia fue una entusiasta afición hacia las composiciones del músico alemán.

—Sí: indudablemente es él —contestaron los otros con una admiración algo parecida a la de los coros de las zarzuelas cuando aparece un personaje inesperado.

El llamado Federico, en tanto, seguía adelante y ya se había internado en la calle del Arenal, como si no le importara un ardite toda la extrañeza que pudieran experimentar tres fracs envueltos en gabanes claros.

—¡Eh! ¡Federico! ¡Federico! —gritaron a coro los sorprendidos por el encuentro.

El joven dio media vuelta, y, después de ver quiénes le llamaban, se acercó con paso mesurado, como aquel que no tiene prisa en llegar.

—¿Qué hay? —preguntó con acento indiferente cuando llegó a encararse con los tres elegantes.

—¡Cómo que qué hay! —dijo con asombro uno de estos.

Y luego continuó indeciso, como si comenzara a convencerse de que había confundido a una persona con otra:

—¿Acaso no es V. nuestro amigo Federico?

—Sí, hombre: yo soy Federico. Sois bastante raros: me llamáis y luego no me conocéis.

—Es que contestas de un modo muy original. No te vemos en dos años, y al encontrarte nos preguntas que qué hay: ni más ni menos que si nos hubiéramos visto hace unas horas en el Café Inglés. ¿Dónde has estado el tiempo que no te hemos visto?

—En ninguna parte.

—¡Hombre! Bonita contestación.

—Yo no ocupo lugar alguno. Parece que estoy en un sitio, y en realidad estoy en otro, lejos, muy lejos.

Y, al decir esto, Federico cerraba los ojos como si con el espíritu quisiera medir la magnitud de aquella inmensa distancia de la que hablaba con tanto respeto.

Los tres amigos se miraron para no sacar nada en limpio de aquella rápida consulta. No sabían qué pensar de Federico.

—Vamos, chico —dijo por fin uno de ellos—; tú tienes la cabeza trastornada por el *champagne*, o te has propuesto, al vernos, darnos

una broma sin gracia. Bien sea una cosa u otra, te condenamos a que vengas a cenar con nosotros al casino.

Federico nada contestó y quedose inmóvil como si desconociera el valor de las palabras.

—¿Admites: sí o no?

La contestación la dieron sus hombros levantándose con desdenosa indiferencia.

—Bueno; te da lo mismo: vente, pues. No somos tan ingratos como tú, que desprecias a los amigos cuando tienen gusto en tenerte en su compañía.

El que había hablado cogió el brazo de Federico, y los cuatro comenzaron a andar.

A aquella hora gran número de los faroles de la Puerta del Sol estaban apagados y el reloj del Ministerio de la Gobernación lucía allá arriba su rojizo disco, semejante a un gigantesco ojo de fuego que contemplaba a Madrid dormido.

El pito del último tranvía sonaba cada vez más lejos, la gente se retiraba a sus casas deprisa, y solo las anchas aceras ostentaban algunas parejas de movibles estatuas de la justicia con sus grandes zapatos, encapuchados y con el sable a la cintura, y algunos grupos compuestos de esos tipos asquerosos de ambos sexos que vienen a constituir la fauna del cieno social.

Los cuatro amigos siguieron la calle de Alcalá. Mientras andaban, los tres elegantes contemplaban a su amigo. Su rostro no se había desfigurado: tenía el mismo perfil elegante que tantas conquistas le habían valido dos años antes y aquellos ojos de africano enamorado (palabras de la condesa X.), pero su barba estaba hirsuta y desaliñada como si no conociera en mucho tiempo el halago del tocador, y además tenía las mejillas algo marchitas y casi arrugadas.

Iba bien vestido, pero su levita caía desmazalada<sup>4</sup> hasta las rodillas; su sombrero de copa, con el pelo tieso y empolvado, estaba reclamando la benéfica caricia del cepillo; y además había adquirido la costumbre

---

<sup>4</sup> Floja.

de llevar las manos en los bolsillos del pantalón, postura propia de los desheredados, que de tal guisa parece que quieran desafiar al infortunio.

Los tres amigos le contemplaban cada vez con más extrañeza y atención.

Aquel era Federico, el mismo Federico elegante, siempre irreprochablemente vestido, que tantos triunfos amorosos había logrado en la alta sociedad. Allí estaba el hombre, el mismo hombre de antes; pero indudablemente faltaba alguna cosa que ellos no podían adivinar. Algo gordo le había sucedido, y los tres tenían prisa en hacerle beber para que hablara. El misterio les atraía. Además allí había mucho y bueno para lucir al día siguiente las dotes de narrador en el café y las tertulias aristocráticas.

## II

La cena tocaba ya a su término. Las bujías, en la cúspide de los altos candelabros de plata Cristoff, agitaban sus cabelleras de fuego llorando raudales de líquida esperma sobre las arandelas, y su luz inquieta se reflejaba en platos y cubiertos, se quebraba en el interior de las botellas y hacía centellear el borde de las copas con los colores del iris.

Las frutas y los dulces, abandonando al gran ramo de flores que ocupaba el centro de la mesa, habían bajado desde su trono de plata a los platos, verdadera ara de cruentos sacrificios, y sus mutilados restos yacían sobre el blanco mantel, profanado en varias partes con irreverentes manchas de grasa y vino.

Las negruzcas botellas habían ido desangrándose en el fondo de las copas, y ahora le tocaba su turno al *champagne*, que con su coronilla de espuma temblaba en el cóncavo cristal con el terror del que está próximo a perecer.

Federico ocupaba el lugar preferente de la mesa, y sus tres amigos, llevando la copa a cada instante a los labios con el cigarrrote en la siniestra y la crujiente pechera lastimosamente arrugada, le miraban con marcada atención. En aquel pequeño comedor no se oía otra cosa que

el chisporroteo de las bujías y alguno que otro suspiro de satisfacción que exhalaban aquellos *gourmets*; pero de fuera y en extraña confusión llegaban los rumores de la sala de juego del casino y los ruidos de la calle, cuyo pavimento se conmovía a aquellas horas con el rodar acelerado de gran número de carruajes.

—Pero, hombre —dijo de pronto uno de los tres—; a ti te sucede algo. No comes, no bebes, ni dices una palabra. ¿Estás enfermo?

Federico hizo con la cabeza un signo negativo, y continuó abstraído, dejando vagar su brillante y extraña mirada por la habitación.

—Pues, entonces, ¿qué tienes? Habla claro, hombre: recuerda que estás ante tus tres mejores amigos.

El joven continuó silencioso. Pero, por fin, como aquel que hace un esfuerzo para hablar y salir de la abstracción, dijo:

—Me pesa la vida: deseo abandonar esta envoltura que oprime mi espíritu.

—Vamos, ya está todo comprendido: tú amas, no te corresponden, y tu desesperación es tal que deseas abandonar este mundo.

—¡Conque no soy correspondido! —Y, al decir esto, Federico sonreía mirando con expresión de lástima a sus amigos.

Estos quedaron algunos instantes estupefactos; pero, por fin, el que había hablado antes dijo así:

—Pues si hay quien te ama, si corresponden a tu pasión, ¿por qué quieres morir?

Al escuchar esta pregunta lógica, Federico se incorporó en su silla y, envolviendo en una mirada de superioridad a los tres amigos, les dijo:

—Vosotros sois unas infelices criaturas incapaces de comprender nada de lo que sucede más allá de esa mezquina sociedad de que formáis parte. ¡Ah, gusanillos, si pudierais ver, a pesar de vuestra pequeñez, lo que me ha sucedido en estos dos últimos años!

Los tres elegantes tuvieron casi en el mismo momento idénticos pensamientos:

—Está borracho.

El joven, al romper por fin su silencio, parecía haber cobrado un imperioso deseo de hablar; así es que continuó:

—Vosotros no sabéis todavía lo que es el placer ni el amor: tomáis por mujeres hermosas e ideales a esas muñecas ridículamente escotadas y con las mejillas embadurnadas de colorete que hacen todas las noches su aparición en los palcos del Real; no habéis puesto jamás vuestro pie en el recinto misterioso de la luna; no habéis surcado jamás el espacio... En una palabra, no sabéis nada, ni nada habéis visto: sois unos miserables.

—Pero ¿qué jerigonza es esa, Federico? —exclamó uno de los tres jóvenes, cuyo nombre era Fermín—. ¿Qué significa eso de la luna, las muñecas del Real, etc., etc.? Expíciate, y no nos digas tantas tonterías, que para broma con pocas bastan.

—Os digo y os repito que vosotros nada habéis visto, que sois unos miserables gusanillos que nada sabéis; y si no a la prueba. ¿Alguno de vosotros ha estado en la luna?

Cambio de miradas de extrañeza entre los tres jóvenes y después contestación a coro:

—No.

—Y ¿habéis tenido ni remotamente amores con una mujer intangible y hermosa, de miembros de luz y cabellera vaporosa, que al moverse deja en el espacio un mundo de agradables sonidos?

—Por más que procuro recordar —dijo Fermín— si entre mis queridas había alguna de estas condiciones, no logro dar con ella. Me convenzo de que esa mujer tan especial solo la has poseído tú.

—Somos de la misma opinión —dijeron los otros dos.

—Pues eso, que vosotros no habéis ni siquiera soñado, lo he tenido yo: he vivido en la luna y soy amado por la mujer más hermosa que puede concebir mente humana.

—¿Dónde la conociste? —preguntó uno.

—En algún baile de máscaras —contestó Fermín con sorna.

Federico, sin alterarse ante aquella sonrisa burlona e incrédula que sus palabras provocaban en los amigos, dijo después de una larga pausa:

—Para convencersos, espíritus vulgares, os haré el relato de todo cuanto me sucedió en tan singular aventura. No es un secreto: a mi familia se lo he contado muchas veces; pero ella, desgraciadamente,

es igual a vosotros, incapaz también de comprender todo aquello que no se asiente en la base de la más completa vulgaridad.

—Cuenta, Federico, cuéntanos eso —dijeron los tres amigos.

Y reclinándose en sus asientos, aguardaron, chupando sus cigarros y en beatífica postura, la relación de Federico.

—Dos años hace que abandoné Madrid para marchar a mi ciudad natal, donde mis padres habían arreglado mi casamiento con una muchacha fea, pero simpática, y además inmensamente rica. Yo no la quería; pero como tampoco era mujer que me causase repugnancia, me propuse obedecer a mis padres, y mis amores con la joven millonaria andaban como quien dice viento en popa. Una noche, a la salida del teatro, acompañé a ella y a su mamá hasta casa en su carruaje, y después a pie me dirigí a la mía. Estábamos en primavera y la noche era cálida, sin que alterase la calma el menor soplo de viento. Allá arriba, encerrados en el marco de los aleros de tejado, se veían trozos de cielo de un azul vaporoso espolvoreados de estrellas y empapados de luz de la luna, que aquel día no sufría la menor mutilación en su redondez. Al pasar junto a las tapias de algunos huertos, o al atravesar los jardinillos públicos, un fuerte perfume de azahar, ese perfume espiritual, dilataba las alillas de mi nariz y me hacía dar suspiros de satisfacción.

Iba distraído. ¿En qué pensaba? No lo sé: todo y nada era el objeto de mi pensamiento. Consideraba que la primavera era muy bella, que la vida no lo era menos, que la juventud es muy hermosa; y de tales perogrulladas no venía a sacar en claro ninguna consecuencia.

A aquellas horas no quedaba en las calles de aquella ciudad, de costumbres casi monásticas, otro trasnochador que yo. Los serenos y vigilantes nocturnos me saludaban con respeto al pasar, y yo apenas si contestaba.

Iba abstraído, meditando una idea que de pronto había surgido en mi cerebro. ¿Cómo sería el verdadero amor de una mujer que no os debiera un hotel, ni brillantes, ni coches? Yo pensaba en aquel instante qué formas tendría una pasión verdadera, una de esas pa-

siones que conducen hasta a morir por el ser amado: Safo y Faón<sup>5</sup>, por ejemplo.

Yo, en realidad, jamás había sido amado. Cuatro noches delirantes, pasadas con aristócratas monomaniacos, furiosos de pasiones carnales; algunos meses de relaciones con muchachas ligeras, que se daban mucha prisa en vaciar mis bolsillos; y... he aquí toda la historia de mis amores hasta entonces. Aquello no era amor ni cosa que lo pareciera. Yo no había sido amado ni tenía esperanzas de serlo, porque mi futura consorte, la feíta millonaria, era un ser infeliz, acostumbrada, a causa de una rígida educación, a reglamentar todos sus afectos; y si me tenía alguna simpatía, era indudablemente porque así se lo había ordenado su familia.

Aquello era para desesperarse: existir el escenario con su hermosa decoración y no encontrar actores; estar en plena primavera con el espacio impregnado del suave perfume de azahar, tener sobre la cabeza aquel cielo hermoso con su luna misteriosa, hallarse rodeado de un ambiente que convidaba al amor, y no encontrar a la mujer, a la hermosa mujer mil veces aparecida en los ensueños, de formas indefinibles, pero de esencia conocida, toda fuego y pasión, oprimiéndome entre sus brazos y absorbiéndome la vida con sus besos.

Yo sentía dentro de mí un creciente furor al considerar mi impotencia para encontrar aquel ser que me podía convertir en el más feliz de los hombres.

¿Dónde estaba? ¿Dónde la encontraría? Aquello era bastante para aborrecer la existencia. Pero de pronto, ¡ay, amigos míos!, de pronto vi... No quiero apresurarme: voy a relatároslo bien. Heme frente a la esquina que formaba mi casa. Aquel ángulo de piedra estaba bañado por un rayo de luna que sobre lo negruzco del muro formaba una gran mancha blanquecina, y en el centro de esa mancha vi a la mujer de mis

---

<sup>5</sup> El personaje se refiere a una leyenda grecolatina eminentemente trágica. Merced a haber ayudado a una enigmática mendiga (Afrodita), el barquero Faón recibió un extraño regalo que le permitió rejuvenecer y alcanzar el aspecto de un atractivo efebo. Safo quedó prendada de él y lo requirió de amores, sin éxito alguno. Quizá fue esto la causa del despeñamiento de la poetisa desde el monte Léucade.

ensueños tal como yo me la había imaginado muchas veces y tendiéndome amorosa sus brazos.

En el primer instante me creí víctima de una ilusión y me detuve para convencerme; pero no cabía la duda: era ella, ella que me aguardaba.

Su cuerpo era todo luz, y sobre el blanco nimbo que la rodeaba tenía el mismo brillo que la luna entre los celajes lácteos que la circundan. Sus contornos no estaban limitados por la línea tangible, sino que se perdían poco a poco como la sombra difuminada, y todo su cuerpo tenía la diafanidad del cristal al par que el resplandor del fuego. Era una llama blanca revistiendo las formas de un hada melancólica.

Me arrojé impetuosamente sobre ella, y, en el mismo instante que mi cuerpo tropezó con la esquina, me sentí enlazado por sus brazos al mismo tiempo que sufrí una rápida transformación.

Perdí mi ser. Pareció como que abandonaba mi condición de mortal, las ligaduras de la materia no me pesaron, me engrandecí, tocaba con mis extremos el cielo y la tierra... Al mismo tiempo perdí la noción del tamaño y del tiempo, y hasta creí que aquel mi nuevo ser era todo lo existente. ¡Quédese abajo todo lo pesado, lo material, lo grosero! ¡Yo voy al infinito!

Y al mismo tiempo que esto me decía, me elevaba por ignoradas regiones, siempre abrazando a aquella forma ideal que me enloquecía.

Mi envoltura ridícula, cubierta prosaicamente con levita y sombrero de copa, quedaba abandonada allá abajo y pugnaba inútilmente por seguirme a mí, que era el espíritu. Intentaba agarrarse con las uñas a la esquina para subir y lanzarse al espacio, y yo, al contemplar los ridículos esfuerzos de aquella masa de materia, ¡je, je, je!, me reía como un loco en brazos de mi adorada, que también se sonreía. La materia es tan imbécilmente atrevida con el espíritu como la tortuga que intentaba volar cual el águila.

Mi cuerpo se quedaba allá abajo, y yo, entretanto, arriba, siempre hacia arriba. Oía una música deliciosa: los planetas cantaban, todo vibraba a nuestro alrededor, y nuestros cuerpos, surcando el infinito espacio, al romper las moléculas del aire, las hacían chocar unas contra otras, produciendo una melodía persistente y semejante al sonido del cristal.

Todo era allí movimiento, luz y armonía. Las estrellas corrían de una a otra parte, y al cruzarse entrelazaban sus estelas brillantes, formando un como tejido de luz láctea, dentro del que flotábamos mi amada y yo, y en tanto seguía sonando aquel canto vago e indefinible, que yo consideré desde el primer instante como nuestro himno nupcial.

Y siempre subiendo, cada vez más envueltos en aquella atmósfera de luz y más dulcemente aturdidos por la música indefinible.

—Pero ¿adónde vamos? —pregunté sin valerme de los medios materiales que usaba en la tierra para hablar, formulando sencillamente la pregunta con mi pensamiento.

Mi amada, por toda contestación, sonrió, y, oprimiéndome más entre sus brazos, se esforzó en subir más aprisa y el surcar de nuestros cuerpos fue más rápido por aquel espacio que parecía elástico, pues apenas sufría nuestro contacto, nos enviaba más arriba. Viva luz nos envolvió de pronto: a nuestro alrededor todo lo vimos de color de plata. Una luz semejante a la que se escapa a través de un globo de nácar, hizo transparentes nuestros sutiles seres, y revoloteando fuimos a caer a las orillas de un lago... ¡qué digo, un lago!, de un mar, de una inmensidad tranquila y clara como un espejo y formada de un líquido plateado y titilante como el mercurio.

—Estás en mi casa, mortal —dijo mi amada colocando mi cabeza sobre su pecho—. Puedes ya decir, allá abajo, que has estado en la luna.

—¿Quién eres? —Esto fue lo único que se me ocurrió decirle.

—Si te dijera mi nombre me conocerías en seguida. Soy reina de muchos vasallos, pero allá abajo son muy ingratos conmigo, y a mis súbditos los encierran como animales dañinos. Esta es mi residencia; y cuando veo que algún mortal me busca, le cojo entre mis brazos y lo subo aquí para que me jure eterno amor y fidelidad.

—Como yo te lo juro.

—Gracias. Estabas desesperado, y yo me presenté ante ti para consolarte. Buscabas la mujer ideal y casi divina, y esa soy yo, que te amo como jamás mujer alguna es capaz de amar. Yo, al par que reino, soy esclava complaciente para mis vasallos. Tomo mil formas para llenar sus deseos: para uno soy ruedecita de la máquina creadora del movimiento continuo,

que ruedo y ruedo sin gastarme jamás, sin sufrir descomposición; para otro soy la sustancia desconocida que ardo y ardo eternamente sin consumirme y produzco la luz perpetua; para algunos soy también la línea geométrica que completo la cuadratura del círculo; merced a mí, unos creen que han descubierto la dirección de los globos, otros las máquinas para volar; y todos mis vasallos ¡infelices! guardan con mucho secreto mis inspiraciones, y pasan uno y otro día hasta su muerte encerrados y olvidados del mundo, pero felices con la posesión de su gran secreto.

—Yo no soy de esos.

—Lo sé. Tú eres más difícil de contentar. Tú no deseas la gloria, sino el amor. Tú no quieres hacer descubrimientos: lo que tú ansias es ser objeto de una de esas pasiones verdaderamente sobrenaturales; y lo serás, pues me tienes a mí, que te amo, que te adoro, que te haré olvidar esa admiración que profesas a Safo y a todas las heroínas del amor. Vuelve al mundo envuelto en la carnal vestidura, y vive feliz con la idea de que no hay mortal allá abajo que pueda jactarse de ser tan amado como tú.

—Yo no quiero volver al mundo —exclamé—. ¿Qué he de hacer allá? Pasear mi materia, alimentarla, respirar vil prosa, y... nada más. Yo quiero estar aquí eternamente, junto a ti, aspirando tu aureola de perfumes, confundíendome con tu ser en este espacio todo luz y hermosura, y dando a nuestros espíritus nueva vida y vigor en nuestros besos.

—No puede ser, márchate. Tu cuerpo está allá abajo incólume y lleno de vida, y no es posible que un organismo esté sin romperse y al mismo tiempo sin espíritu que lo anime. Ve allá abajo, y el día en que mueras, en que tu alma se desligue voluntariamente del cuerpo, ese día vendrás aquí, volverás a mi lado, y juntos estaremos toda la eternidad.

Yo no pensaba obedecer, no me quería marchar, y así se lo manifestaba con una resistencia pasiva.

—Recuerda —me dijo con cierto aire de autoridad que aún la hacía más hermosa— que soy reina al par que amante, y que tú eres mi vasallo. Obedéceme y parte: yo iré a verte allá abajo alguna vez.

Continué mi resistencia, pero mi amada se cansó de ella. El lago hinchose casi en la misma orilla, produciendo una gigantesca ola que

descargó sobre mí. Sentí un violento golpe en la espalda, faltome sitio donde apoyarme y caí en el espacio. Bajé rápido como una bala de cañón, y al tocar el suelo sentí un fuerte golpe en la cabeza.

### III

Federico calló por breves instantes, que aprovechó uno de sus amigos para decir:

—Veo ya el final en lontananza: vas a terminar tu relación con esas palabras que son el epílogo de muchas novelas vulgares: «—Cuando volví en mí me encontré cómodamente acostado en mi propia cama. Todo había sido un sueño».

—Te engañas. Cuando volví en mí me encontré en mi cama, pero no había soñado, pues tenía fracturada una pierna y la cabeza descalabrada de resultas de una caída. Había estado cuatro días en un delirio continuado, o sea desde la noche en que me recogieron caído de la luna.

—¡Federico, por Dios, que el que cae de tan alto sufre algo más que dos o tres fracturas fáciles de curar!

—Piensa que mi amada velaba por mí.

—Además, lo que cayó desde allá arriba era tu espíritu según dices, y un espíritu no se fractura las piernas.

—Ignoras una circunstancia. Cuando mi espíritu, en su caída, estaba ya muy cerca del suelo, se encontró con el cuerpo que aún seguía intentando escalar aquella esquina; y con tanta fuerza se introdujo en él, que vinimos al suelo, y de aquí las fracturas.

Los tres amigos se miraron e hicieron gestos raros ante tal explicación.

—Federico —dijo uno de ellos—, eres un argumentador irresistible. Y ¿no has vuelto a encontrarte con tu amada?

—¡Bah! Ella no es inconstante como esas mujercillas que vosotros adoráis. El mismo día en que volví a la razón se me apareció radiante de luz y de hermosura. Era de noche. Yo estaba en la cama imposibilitado de hacer el más mínimo movimiento, y, con la cabeza sobre las almohadas, contemplaba aquel cuadrado de cielo que dejaba ver la abierta ventana de mi cuarto. Un rayo de luna entraba por ella trazando sobre el pavimento

una gran mancha blanca que hería mis ojos con la viveza de su color. Algo gritaba dentro de mí que mi amada no tardaría en aparecer.

—Y ¿cómo apareció?

—Entró por la ventana como en las comedias de magia, y fue a colocarse erguida sobre aquel trozo de pavimento alumbrado por la luna. No os quiero decir qué hablamos, porque vosotros, espíritus superficiales y aficionados a la burla haríais objeto de esta mis amores: básteos saber que me prometió una vez más llevarme allá arriba apenas muriera, y tenerme eternamente a su lado. Y después de decir esto me recordaba sonriendo cómo había tenido que despedirme de la luna en vista de mi terquedad; y como si aquel recuerdo la excitara, comenzó a dar vueltas por mi habitación vertiginosamente. Dos o tres veces pasó por junto a mí y me arrojó besos con la punta de los dedos luminosos; pero tan pronto como yo tendía mis brazos para cogerla, ya se encontraba lejos de mí.

Impulsado por mi deseo, hice un supremo esfuerzo y me levanté de la cama; pero apenas apoyé mi pierna fracturada en el suelo, no pude menos de dar rugidos de dolor y caer en tierra.

—Percances de ser de genio arrebatado. Y después ¿qué te sucedió?

—Nada: mi amada se fue por donde había venido, y mi familia entró asustada por mis gritos.

—Y ¿ya no has visto más a esa novia de la luna?

—Por más que hago, nunca quiere aparecérseme.

—Eso es —dijo Fermín con tono zumbón— que te será infiel.

—Jamás he creído tal cosa.

—Y ¿a qué has venido a Madrid?

—Comenzaba a aburrirme de estar en mi ciudad: ahora pienso viajar sin descanso de un punto para otro, a ver si de este modo vuelvo a reunirme con la que adoro.

Por algunos minutos reinó el más completo silencio en el saloncito. Los tres elegantes empezaban a encontrar poco divertidas las extravagancias de aquel amigo, y lanzaban ruidosos bostezos, que intentaban acallar con el *champagne*.

El humo de los cigarros había cargado la atmósfera de la estancia, y por esto Fermín ordenó a un criado que abriese el balcón.

Aquella bocanada de aire helado reanimó a todos, y Federico, que estaba de espaldas al balcón, se volvió para mirar.

Enfrente destacábanse las grandes moles de las casas; y más arriba de los puntiagudos tejados, erizados de cañones de estufas y chimeneas, brillaba la luna rodeada de estrellas con esa viveza e intensidad propia de las noches de invierno.

Federico quedose contemplando el nocturno astro.

—Espera a tu novia —dijo Fermín— que no tardará a presentarse en la ventana.

Los tres reían, y Federico, en tanto, seguía mirando con arrobación aquel disco blanquecino, hasta que por fin se levantó para ir al balcón.

—¡Qué! ¿Ya sale? —preguntó uno de los tres.

—Sí, ya sale —contestó Federico con un acento de convicción que dejó algo estupefactos a sus amigos.

Y se agarró a la baranda del balcón, quedándose erguido y contemplando sonriente a la luna.

Los tres jóvenes se agrupaban con curiosidad detrás de él.

—¿Qué es lo que ves? —le preguntó uno.

—Ella me llama, me hace señas.

—Es verdad —dijo Fermín con sorna.

—Yo la veo también.

—Tú no la ves —contestó Federico con gravedad—. Tú no puedes verla aunque quieras: no eres súbdito suyo.

—Y ¿qué te dice con sus señas?

—Creo comprender que ella se ha convencido de lo mucho que yo padezco y no quiere hacerme esperar. Adiós, amigos. Me voy allá arriba.

—Feliz viaje. Y ¿por dónde subes? Mira que aquí no hay una esquina como en tu ciudad.

—¡Imbéciles! La materia cae, pero el espíritu no: ese vuela y sube siempre hacia el infinito.

Y, al decir esto Federico... (sus amigos se horrorizan todavía cuando lo recuerdan), con un impulso nervioso púsose casi de pie sobre la baranda y se lanzó en el espacio, no como el que busca la caída, sino como el que intenta andar por el espacio.

Fermín se lanzó sobre él y llegó a tiempo para asirle de un faldón de la levita; pero este se rompió al peso del cuerpo, que cayó volteando, y allá bajo, en el fondo de la calle... ¡clac! sonó algo semejante al estallido de un puchero rompiéndose en centenares de pedazos.

## IV

Fermín enseñaba a todos sus amigos una carta que recibió al día siguiente y que estaba suscrita por el padre de Federico. En dicha carta le rogaba que, ya que era amigo de su hijo, procurara ver si estaba en Madrid, pues se había escapado de casa hacía dos semanas sin que nadie supiera su paradero. Además, el infeliz padre contaba que el joven estaba loco hacía ya dos años, o sea desde una noche en que, saliendo del teatro, le dio por querer subirse por una esquina, lo que le ocasionó una caída y varias fracturas. La manía del desgraciado Federico era sus amores en la luna.



## ¡Mátala!<sup>1</sup>

Cuando Pepe entró en la cárcel, antiguo convento donde se hacina-  
ban cuatrocientos enemigos del Código Penal con la horrible promisi-  
cuidad del régimen de aglomeración, el pobrecillo tenía la esperanza  
de no ser olvidado por los suyos.

Por cosas de la familia se veía allí. Trabajaba como un hombre sus  
cinco días a la semana, y el domingo y el lunes para ponerse alegre  
en los merenderos de las afueras necesitaba llevar consigo a la mujer  
y los hijos. ¡Cuánto quería a su Antonia, tan arrogante y hermosota!  
Estaba orgulloso de poseerla, y se plegaba obediente a todas las exi-  
gencias de aquella vaca brava.

Por esto la tarde que en el merendero se cruzó ella de palabras  
y arañazos con una antigua vecina, Pepe consideró como deber el  
agarrarse con el marido de la otra, abriéndole de un silletazo la  
cabeza, y como no tuvo forense que adelantase el alta, ni escribano  
amigo, ni más defensa que la de turno, el silletazo adquirió la im-  
portancia de una puñalada mortal, y condenaron al pobre hombre  
a dos años de prisión.

Total, como decían los Diógenes de la cárcel<sup>2</sup>: el verdadero culpa-  
ble, ese vino barato y traidor que despachan en las afueras.

---

<sup>1</sup> *Los Lunes de El Imparcial*, 24 de mayo de 1897.

<sup>2</sup> Alusión irónica al filósofo griego que fundó la escuela cínica y predicaba el ascetismo.

Pepe se acostumbró pronto a la nueva vida. Solo le molestaba que el rancho fuese escaso y malo, y el silencio de su mujer que no venía a verle ni contestaba a sus recados.

En las horas de comunicación vagaba trémulo por cerca del locutorio esperando que le llamaran. Ya estaba allí dos meses. Necesitaba ver a sus chicos; verla a ella con aquellos mantones vistosos y almidonadas faldas de percal, en que había invertido gran parte de sus jornales.

Y al deseo de sentir como tibia caricia al calor de la familia a través de las rejas del locutorio, uníase la esperanza infantil de que le trajesen algo, cualquier cosilla que aliviase su miseria.

Se moría de hambre. Su estómago insaciable había asombrado siempre a los compañeros de taller, y ahora, en la cárcel, excitado por la tranquilidad y la inercia, protestaba dolorosamente ante el plato de estaño, lleno dos veces al día de un caldo rojo en el que nadaban un puñado de judías o dos docenas de garbanzos. ¿Podía vivir un cristiano con aquello? El pan, dura pieza de dos libras con su salvado punzante, que arañaba la garganta, era su único sostén, pero hasta en la cárcel se necesita dinero, y lo vendía muchas veces para fumar o afeitarse, limitándose a sorber el caldoso potaje, infernal aperitivo que enardecía más su hambre.

¡Con qué envidia miraba las repletas cestas que a mediodía recibían los ladronzuelos, la peor gente de la cárcel; regalos de los compañeros y amigas que andaban por el mundo ejerciendo sus industrias!

Aquellos pillos tenían quien se acordaba de ellos, y él, cuando vagaba por la puerta del locutorio, oía siempre lo mismo.

—No te canses. Tu mujer no vendrá.

Era cierto que no vendría. En la cárcel se sabe pronto todo lo de fuera. La maldita vivía con *Borrasca*, un valentón con cien oficios y ninguno bueno. Gozaba con él de una existencia divertida, y tenía olvidados a los hijos.

Pepe nada dijo: aquello era asunto para cuando saliese. ¡Si al menos diesen más rancho!

Una mañana al formar en el patio, se sorprendió viendo a *Borrasca* en las filas. Acababan de traerle por cierta entrada de matute<sup>3</sup> en la noche anterior, con tiros y muerte de guardias: un mal negocio, del que saldría con algunos años de presidio.

Se conocieron pero no se hablaron. Sus miradas fueron de hombres que callan porque tienen demasiado que decirse.

Fue la primera alegría de Pepe en la cárcel. Ahora sabría el valentón lo que era bueno, teniendo que tragar por espacio de tantos años aquel rancho nauseabundo y escaso.

Pero a mediodía sintió despecho y envidia viendo al *Borrasca* sentado en el suelo con una gran cesta en las rodillas, de la que sacaba entre servilletas una humeante cazuela que esparcía vivificante vaho en aquella atmósfera de miseria.

—Oye —le dijo un cabo—. Tu mujer, la Antonia, ha preguntado si estás bueno. Le trae la comida al *Borrasca*... ¡Buena mujer! ¡Y cómo cuida a ese pillo!

¡Cristo! ¿Podía aquello sufrirse? Cuatro meses de hambre y olvido; silencio a todas sus súplicas pidiendo que viniera; y como burla final, la fidelidad a aquel bandido, el mantenerle librándole del tormento del rancho.

Ahora sentía el hambre de veras, viendo que otro se comía lo que era suyo. Tenía que formar en la fila de los miserables, de los que iban descalzos con un pedazo de manta arrollado a las desnudas carnes o enseñando la panza por los girones de la blusa; pasar como un mendigo con el plato de estaño ante la marmita burbujeante que exhalaba un vaho putrefacto; devorar aquel bodrio líquido que no acallaba la hambre, y todo a la vista del odiado *Borrasca*, que se mostraba satisfecho y ahito, codeándose con los presos de más cuidado, que eran la aristocracia de la casa.

¡Cómo engordaba aquel ladrón con lo que le traía su mujer! ¡Cómo le ofendía el humo insolente de los cigarros que le regalaba la Antonia! Y él, que era el marido, podía reventar como un perro: ella no le lloraría.

---

<sup>3</sup> Entrada de mercancías de contrabando.

Quiso salir al locutorio, cuando los dos se hablaban a través de la reja, y no le dejaron. ¡Atrás! Nadie preguntaba por él. Intentó decirle algo al *Borrasca*, y los empleados que conocían la situación de los dos reclusos, amenazáronle con penas atroces si «alteraba el buen régimen de la casa». Algunos palos recibió como advertencia de que debía estar siempre lejos del amigo de su mujer, y acabó por resignarse, como bestia rebelde que a impulsos de la vara marcha sumisa en la recua.

Se reían de su desgracia; repetíanle cuanto se oía en el locutorio: el apasionamiento cada vez más vehemente de Antonia por *Borrasca*, el empeño de sus ropas para que no le faltase la comida a su valentón, la venta diaria del cuerpo por cualquier cosa para que él pudiese fumar. Hasta los hijos, aquellos pequeñuelos para los cuales todo bien le parecía poco a Pepe, iban por las calles pidiendo limosna para que nada faltase al amigo de su madre. Esto sí que le llegaba al alma.

—¿Qué he de hacer? —preguntaba a los veteranos de la cárcel relatando sus desventuras— ¿Qué he de hacer con esa perra?

—¡Mátala!...

Y el terrible ¡mátala! se lo repetía toda la cárcel, y él sonreía satisfecho como si le quitaran de encima un peso, y decía con mansedumbre que daba frío:

—Sí; es lo mismo que tengo pensado.

Por la noche se afirmaba más en su propósito. Tendido en el estrecho jergón, el hambre le hacía sentir náuseas y ver luces; creía que nunca iba a amanecer ni a llegar la hora del primer rancho, y al otro extremo de la pieza el *Borrasca* lanzaba sus escandalosos ronquidos de hombre satisfecho y ahito.

En la cárcel acabaron por olvidar la extraña situación de los dos hombres. En aquel montón de basura removido continuamente por la escoba de la ley, se veían cosas más extraordinarias.

Pasaron muchos meses. Bien dicen que el hambre no tiene ley. Pepe acabó por comerse los mendrugos que dejaba el *Borrasca*, por recoger sus colillas. Al fin aquello era suyo y se consolaba pensando lo caras que habían de costar sus humillaciones.

Hubo un indulto y se vio en libertad cuando menos lo esperaba. Cariñosas bofetadas y amistosos puñetazos en la espalda fueron la despedida de los compañeros que se quedaban, los cuales ocultaban su envidia con una algaraza violenta.

¡Adiós, *Borrasca*! Allí te quedabas Dios sabe hasta cuándo, y lo peor era que tendrías que acostumbrarte al rancho. Se acabaron las cestas repletas y el tabaco abundante. Pepe te lo aseguraba.

Al toque de diana salió a la calle sin llevarse su petate y los cuatro andrajos que le pertenecían. Volvería a por ellos aquella misma tarde.

Y volvió; vaya si volvió. Pero entre dos guardias civiles, atado, con la cabeza descubierta, la blusa manchada de sangre y una sonrisa mansa que metía miedo.

La gente habló durante un mes de aquel asesinato en medio de la calle; de aquella mujer que cayó hecha una criba, y del marido que cuando se cansó de herir pateaba el cadáver como un loco.

Ahora entraba en la cárcel para siempre. Podía decir adiós a la vida: le esperaba el rancho perpetuo.

Pero a Pepe le pareció aquella tarde muy suculento el potaje; hasta creyó que daban más, y no volvió a sentir nunca los zarpazos del hambre.



## LA HIJA<sup>1</sup>

Al bajar del Sur Exprés en la estación del Norte de Madrid don Bruno Rendueles, dueño de un «registro ropería» en la ciudad de Tucumán, olvidó por un instante las preocupaciones que le habían acompañado durante el camino. ¡Madrid!... Un buen número de años que no lo veía: algo así como quince o dieciséis. Esta era la cifra exacta; dieciséis. Un año antes del nacimiento de la niña: y su hija tenía quince.

A través del frontispicio de cristales de la estación vio la empinada cuesta de San Vicente y en lo alto la blanca mole del Palacio Real. Lo mismo que en el último viaje, ¡Cómo si no hubiese transcurrido un día!... ¡Con las cosas que él había visto derribarse y surgir en todo este tiempo!

Extrajo un pañuelo de un bolsillo de su gabán, se frotó con energía la frente y giró la vista en torno. Nadie pudo fijarse en esta maniobra un tanto afectada a excepción de un guardia civil que miró fijamente al viajero, pero con una fijeza sin interés, por puro hábito escrutador. Don Bruno despreció al guerrero de la ley que estaba allí de plantón y otra vez se frotó la cara con el pañuelo. ¡Nada!... El andén estaba casi desierto. Los viajeros, precedidos por los mozos de la estación, casi invisibles bajo sus cargas como montones andantes de valijas, y perseguidos por el rodar de carretones y cofres, corrían a las puertas

---

<sup>1</sup> *Caras y caretas*, 31 de diciembre de 1910, pp. 11-15; reimpr. en la colección *Revista Ayer y Hoy*, 20 de octubre de 1925.

de salida dando apretones de manos y defendiéndose de los abrazos de los parientes. Las dos de la tarde, y muchos no habían almorzado.

Rendueles se frotó la cara por tercera vez haciendo ondear el pañuelo como una bandera. Indudablemente podía estar hasta la noche plantado junto al vagón con el blanco lenzuelo flotando ante su rostro sin que nadie se acercase a él. Tal vez fuera de la estación le estaban esperando.

—Vamos, mi hijo, eche adelante no más —dijo al mozo que se había apoderado de su equipaje de mano.

El cargador pareció fijarse en el acento del viajero y sonrió a este con amistosa familiaridad.

—El señor es sin duda de lo que llaman las Américas.

—No; soy español, pero vengo de Buenos Aires.

Avanzó unos pasos más el mocetón con una maleta al hombro y una valija en cada mano.

—Yo tengo un hermano allá; un muchacho pelirrojo, bien plantao y mu trabajador. En mi aldea lo conocían todos. Tal vez el señor lo haya tropezado más de una vez. Debe vivir cerca de Buenos Aires, en un sitio que le llaman Méjico.

—No, no lo he visto —dijo Rendueles concisamente.

Y el cargador siguió adelante algo decepcionado por esta ignorancia.

Al salir de la estación detúvose don Bruno entre los comisionistas de hoteles, cocheros y pupileros que se arremolinaban en torno de los recién llegados. Hizo colocar su equipaje en el automóvil del hotel de París pero quedó de pie al borde de la acera mirando a todos lados, y frotándose otra vez con el pañuelo la frente sudorosa como si tuviese algo en ella que no podía borrar. Estos movimientos cada vez más extremados acabaron por atraer la atención de dos hombres envueltos en la clásica capa, tranquilos burgueses de Madrid que se aproximaron a él sonriendo.

— ¡Al fin! —dijo don Bruno con impaciencia—. Creí que no iban ustedes a llegar nunca. ¿Cómo les va?... ¿Vienen ustedes de parte del padre Ignacio?... Yo soy don Bruno, el que ustedes esperan: don Bruno Rendueles el de la Argentina... Pero vamos por orden: muéstrlenme ustedes la contraseña.

Uno de los dos hombres que parecía ejercer sobre su compañero la influencia de un superior, se aproximó aún más a don Bruno.

—No puedo mostrarle contraseña alguna —dijo en voz baja al mismo tiempo que miraba al viajero con simpática conmiseración—, pero esto no impedirá, creo yo, que me admita por compañero. Necesita usted quien le guíe en Madrid.

Rendueles echó un pie atrás como si se pusiera en guardia. ¿Conque no traían la contraseña ni eran amigos del padre Ignacio y venían en busca suya?... Luego sonrió con malicia agresiva. Sin duda le habían tomado por algún extranjero: no, él era español y conocía la gencecita que sale al encuentro de los viajeros para engañarles con malos cuentos. Nada tenían que hablar: cada uno a su camino y ¡hasta nunca!

—No, señor —insistió bondadosamente el de la capa—. No podemos separarnos así. Mi compañero y yo somos todo lo contrario de lo que usted se imagina. Yo soy el comisario de policía encargado de vigilar esta estación y el señor uno de mis agentes. Hace cerca de un mes que tenemos la orden de esperarle. Antes que nos diera su nombre ya le había yo adivinado por el juego del pañuelo.

¡La policía! Quedó por un momento estupefacto el buen don Bruno. ¡La policía, a él, que jamás había gustado de su trato, ni aun en los tiempos que corría los solitarios campos argentinos!... Luego se rehízo con la impetuosidad agresiva característica de la raza, estallando en ofensivas protestas. ¡País de arbitrariedad y de malos gobiernos! Volvía uno a él, tras larga ausencia, y lo primero que se tropezaba era con un atropello. Por algo le llamaban la patria de la Inquisición y los diarios hablaban de esta tierra lo que hablaban. Él, don Bruno Rendueles, un comerciante honrado que gozaba del prestigio de una firma, limpia como el sol, en la plaza de Buenos Aires, que había sido del directorio de un banco y presidente de una sociedad de beneficencia, verse detenido lo mismo que un malhechor al poner los pies en su patria. ¡Cosa bárbara! Y seguía amontonando improperios a costa del país, con una facilidad puramente española.

—¡Pero usted no está detenido, don Bruno! Yo solo tengo el encargo de ponerme a sus órdenes si me necesita para algo, de averiguar

en qué hotel se hospeda, y de rogarle que hoy o cuando lo tenga a bien venga conmigo a visitar al juez que desea verle... No se alarme usted: una conversación de amigos. Tal vez sea de gran interés para sus asuntos.

Rendueles fue tranquilizándose con estas y otras explicaciones y acabó por montar en el automóvil del hotel. Podía el comisario ir en su busca aquella misma tarde, y verían al juez.

Antes de partir el vehículo pareció humanizarse, y su ceño se desvaneció.

—Pero usted, comisario, ¿no conoce el padre Ignacio?...

—No sé quién es —contestó sonriendo— y tal vez se alegraría usted de poder decir otro tanto.

—Entonces —continuó Rendueles con tristeza— tampoco conocerá a mi niña, a mi Lolita, una criatura ideal que vive con el bueno del padre.

El comisario levantó los hombros y siguió sonriendo, bondadoso y escéptico.

Se irguió sobre los papeles la calva frente del juez al entrar don Bruno en el despacho, y sus lentes de empañada luz sintieronse atraídos por la fosforescencia de una gran perla que ornaba la corbata del *indiano*, el relampagueo temblón de una de sus sortijas y el esplendor de una gruesa cadena de oro.

Rendueles iba vestido de negro y con todas sus preseas para esta visita importante. Ponía el gesto fosco para demostrar que aún le duraba el enfado por «el arbitrario atropello»; pero al mismo tiempo sentíase agitado interiormente con la angustia indefinible del que se halla junto a un misterio.

Tomó asiento con la altiva dignidad de un personaje descatado que se prepara a escuchar explicaciones, pero antes de que se le dieran fue él quien habló.

—No sé para qué he sido llamado, señor juez, pero quiero hacer constar que jamás tuve que ver nada con la justicia.

Permítame que recuerde un poco mi historia. Soy de una provincia del Norte y salí para América hace muchos años, ¡muchos!, como se salía entonces; en buque de vela, navegando meses y meses, con

galleta agusanada y poca, y agua a ración. Los chicos que emigran ahora hacen el viaje en quince días y comen carne y hasta beben vino. Aquellos tiempos eran otros.

Usted, señor juez, sabe indudablemente lo que es Buenos Aires: una gran ciudad, caballero; casi un París; pero había que verla en mis primeros tiempos cuando llegué a ella sin otro capital que mis trece años, una boina, dos pantalones, uno encima del otro, y una carta para unos parientes. Se desembarcaba en carreta; las calles eran a modo de barrancos, y hasta los mendigos iban a caballo. Yo empecé de *cadete* en una tienda de trapos de la calle Victoria. Aquellos eran los tiempos heroicos del comercio *gallego*, porque allá, señor, todos somos gallegos aunque jamás hayamos visto Galicia. Dormíamos sobre el mostrador teniendo por almohada una pieza de percal: la suprema ambición era llegar a habilitado de la casa; el único esparcimiento acordarme de los centavos y pesos ahorrados, e ir al teatro una vez al año cuando los cómicos españoles representaban *Flor de un día*<sup>2</sup>. Admirábamos al principal, héroe inimitable en el manejo de la vara de medir, y de él aprendíamos el arte de engañar al parroquiano indio, sempiterno ratero a cuyo alcance poníamos vistosos pañuelos para que pagase después la cuenta sin examinarla, con la alegre emoción de habernos robado algo.

Pero no quiero cansarle, señor juez. Abreviaré mi relato. Fui adelantando en mi carrera, me establecí en el campo, hice alguna plata, trafiqué en tierras, gané mucha más. Corrí media República en los tiempos en que no existían puentes ni caminos, cuando diligencias y carretas habían de arrostrar los peligros de los ríos desbordados y los malones<sup>3</sup> de indios..., y hoy soy rico y puedo darme todos los gustos, aunque en verdad apenas siento deseos. ¡He trabajado tanto!... Un día, señor juez...

Rendueles se detuvo unos instantes como para concentrar su pensamiento. Había llegado a la parte de su relato que consideraba más interesante.

---

<sup>2</sup> *Lola o flor de un día* fue un drama musical escrito por el dramaturgo catalán Francisco Camprodón y Lafont, en 1851, que se difundió con gran éxito hasta bien avanzado el siglo XIX en Buenos Aires.

<sup>3</sup> Ataques inesperados.

—Un día, señor juez (hace de esto como unos cinco años), recibí una carta de España allá en mis tierras de Tucumán. Me olvidé decirle que yo soy casado con una criolla, doña Delfina, mujer excelente que se unió a mí cuando yo no era más que un *gallego* con esperanzas.

A mi lado ha batallado en las horas de estrechez y luego, al llegar la riqueza, ha sabido sobrellevarla con gran señorío, como si en toda su vida hubiese conocido otra cosa. Junto con esto una gran modestia: ni siquiera ha sentido curiosidad por conocer Europa, dejándome partir solo tantas veces como he querido volver a esta parte del mundo. «Andate, che, a tu tierra, y divertite vos, que a mí me gusta la mía y si me sacan de ella me muero». Además, doña Delfina ama sus comodidades y a duras penas he conseguido en muchos años llevarla una vez a Buenos Aires. Ha ido engruesando así como aumentaba yo mi plata, y hay que verla ahora, majestuosa como una reina, en un sillón de junco, allá en el jardín de nuestra estancia; con sus lentes de doctor, leyendo las novelas que traen los periódicos... ¿Pero en dónde estábamos, señor juez?... Ah, sí: ya recuerdo.

Digo que un día, hace cinco años, recibí una carta de Madrid. Iba firmada por el cura párroco de San Nicolás.

El juez se incorporó en su asiento.

—Perdone usted: no existe tal parroquia.

—Entonces era de San Andrés. Sí, ahora recuerdo mejor..., San Andrés.

—Tampoco existe —insistió el magistrado.

—Pues sería de otro nombre, eso no hace el caso —afirmó don Bruno algo amostazado<sup>4</sup> por las objeciones del juez—. Digo que recibí una carta de un sacerdote de Madrid y que su lectura me dejó preocupado por mucho tiempo. Era breve; y poco más o menos decía así: «Si usted es un don Bruno Rendueles, residente en la Argentina y que hace once años estuvo de paso en Madrid, sírvase decírmelo, pues tengo que comunicarle noticias de mucha importancia».

Yo soy hombre de poca lectura, señor juez, pero mi Delfina me cuenta los argumentos de las novelas que lleva entre manos y estable-

---

<sup>4</sup> Irritado.

cí inmediatamente una relación entre la carta del cura y los sucesos maravillosos que se desarrollan en los libros de mi mujer. La carta encerraba misterio. ¡Para que un señor cura respetable me escribiese en aquel tono tan grave!... Hasta indicaba algo de secreto de confesión que le impedía hablar con claridad mientras no tuviese la certeza de que yo era el Rendueles que buscaba.

Confieso que tuve un momento de incredulidad. ¡Qué se propondría aquel buen señor con tales tapujos! ¡Adónde quería ir a parar! En América la vida de negocios nos hace desconfiados y no es fácil engañarnos, por más que preparen bien lo que llaman allá «el cuento del tío»<sup>5</sup>... Pero no tardé en desechar estos malos pensamientos. ¡Un señor sacerdote que no me pedía nada! Me arrepentí de mí vergonzosa incredulidad y contesté la carta. «Sí, señor; yo soy ese Rendueles que estuvo en Madrid hace años. La fecha no la recuerdo bien: yo creía que iban transcurridos doce pero cuando usted dice que son once, así debe ser».

Unos dos meses tardó en llegar la segunda carta del cura. En este tiempo me acordé muchas veces de él y ansiaba la respuesta. ¿Si se hubiera muerto el respetable viejo?... ¡Ay!, me anunciaba el corazón que algo muy importante iba a alterar la monotonía de mi vida.

Llegó la esperada carta del virtuoso señor, un sinnúmero de carillas de letra menuda con otro papel muy sellado y rubricado, que era un testimonio de bautismo.

Podía entonces haberme acordado de las novelas de doña Delfina, pero la realidad, la terrible realidad, señor juez, no se presta a comparaciones con lo que pasa en los libros.

El cura don Ignacio me decía en su carta que ya que tras muchos años de averiguaciones y buscas lograba encontrarme, creía llegado el momento de hacer una revelación propia de su ministerio. Una noche había sido llamado a confesar a una pobre moribunda en una buhardilla. ¡Misericordia por todas partes! La agonizante tendida en un jergón; la pieza sin muebles; un macilento candil próximo a apagarse con las ráfagas frías que entraban por los cristales rotos; en un rincón una

---

<sup>5</sup> Estafa en la que el timador se aprovecha de la confianza y la codicia de la víctima.

niña de cuatro años famélica y llorosa a la que intentaba consolar una vecina. La moribunda se confesó con gran contrición. Había sido una mundana de cierto renombre, pero una enfermedad la había hecho caer en la miseria. Arrepentíase de los escándalos pasados y solo sentía morir por su pobre niña, la infeliz Lolita, que iba a quedar en el mayor desamparo. Luego le reveló al cura la historia de la pequeña. Era la hija del azar; el resultado de unas breves relaciones con un señor de paso en Madrid. Recordaba aún su nombre y que vivía en una ciudad de América. Solo le había visto dos o tres veces, pero había sido tan bueno para ella, ¡Cómo olvidarle!... Y aquel hombre, señor: aquel hombre...

—Era usted —dijo el juez que escuchaba impasible a Rendueles, sin interés alguno, como si conociese anticipadamente su relato.

—Sí: yo mismo... Confieso que mi incredulidad rechazó la carta. «Si no puede ser. Si yo no recuerdo haber conocido a esa pobre muchacha». Y cada vez que volvía a leerla repetía lo mismo. «No puede ser: no puede ser. ¡Si conoceré yo mis asuntos!»... Así pasé muchos días hasta que me dije: «Vamos a cuentas, Bruno, hagamos un examen de conciencia. ¿Por qué no puede ser? ¿Llevaste aquella vez en Madrid una vida ejemplar?»...

No, señor juez. El hombre es débil y yo tratándose de amoríos no he tenido pizca de fuerza para resistir a la tentación. Los únicos disgustos que ha tenido en su vida doña Delfina fueron por esto. De joven, cuando puse el «registro ropería», afirmaba ella que íbamos a arruinarnos por las cintas y retazos que daba de yapa<sup>6</sup> a todas las buenas mozas clientas del establecimiento. Aun ahora me cree tentado por el amor en todos los momentos y se venga sacando a colación mis años y mis canas.

Volvamos al asunto. «¿Por qué no?», me decía. Habrá usted notado, señor juez, que los hombres por más que protestemos cuando nos cuelgan una aventura amorosa, lo hacemos de dientes afuera. En el fondo nos halaga la suposición. Somos más simples y crédulos en

---

<sup>6</sup> Gratuitamente, de regalo.

esto del amor que las mujeres. Cuando se le dice a una mujer que se la ama, siempre duda y tarda en creerlo. A un hombre basta que una boca bonita le diga «te quiero» para que lo acepte como la cosa más natural. Por esto las mujeres conquistan más fácilmente a los hombres, que los hombres a las mujeres.

¿Pero adónde voy a parar con todo esto?... Estábamos en que a fuerza de muchas reflexiones acabé por acordarme de cierta muchacha que había conocido en uno de mis viajes a Europa. Yo creía que el conocimiento había sido en otra parte. ¡Se arma tal confusión en los recuerdos cuando se ha viajado y han transcurrido algunos años! Pero no: las revelaciones del cura fijaron mis pensamientos. Debía ser en Madrid. Aquella pobre muchacha tristona y un tanto romántica a la que solo vi unas cuantas veces era la madre indudablemente de la niña. ¡Y la infeliz había muerto en la indigencia, sin que yo, miserable de mí, pudiese enviarla unos pesos!...

El virtuoso don Ignacio se había encargado de la educación de la niña confiándola al cuidado de una familia cristiana. ¡Pobre señor! Lo veo sin haberlo visto nunca: lleva la sotana raída, los zapatos rotos, y se priva de todo para socorrer miserias ajenas. Años enteros estuvo el santo varón sacrificándose para mantener a mi hija, ¡la hija de un rico! Entablamos una correspondencia seguida. El secreto quedaba entre los dos: al fin era un secreto de confesión. ¿Querrá usted creer, señor, que este hombre venerable casi se resistió a admitir que le enviase plata para resarcirle de los gastos de tantos años y atender a la educación de la pequeña?... Me escribía todos los meses. ¡Qué hombre! ¡Qué pluma! Cada carta era un monumento de sabiduría, aconsejándome para lo futuro y excusando las faltas del pasado por las debilidades materiales a que todos nos vemos sujetos.

¿Ha notado usted, señor, cómo nos sentimos más grandes e importantes cuando tenemos un secreto que guardar?... Yo después de lo ocurrido me consideraba otro hombre. ¡Tenía una hija en España y todos lo ignoraban! Cuando en las juntas de la Sociedad Española los compatriotas bromeaban sobre mi falta de hijos, yo me reía interiormente. «Si supierais lo que tengo allá». Cuando Delfina de tarde en tarde sentía sus antiguos celos suponiéndome debilidades con mulatas y chinas de las que viven en la estancia y me llamaba viejo, yo sonreía

también. «¡Viejo!, ¡y una mujer joven había muerto pensando en mí lo mismo que los héroes de sus novelas!».

Don Ignacio me envió un retrato de la niña. Mírelo, señor juez. ¿No es verdad que es una preciosura? Le confieso que cuando lo recibí se operó un milagro en mi memoria. Por más que me esforzaba no podía recordar la cara de la madre, pero con este retrato la vi inmediatamente. La niña es su reproducción exacta... ¿Y no encuentra usted que tiene igualmente algo de mí?...

El juez hizo un gesto equívoco sin apartar su mirada fría del verboso Rendueles. «Sí, tal vez».

—Le advierto, señor, que desde que me enteré de mi paternidad he hecho las cosas como un caballero. La niña ha vivido en un buen colegio, ahora tiene maestros en casa y la familia cristiana que la recogió ha cambiado de rango social. Y crea usted que tengo que enfadarme para que ese bendito don Ignacio acepte la plata, pues por él la niña hubiese vivido en su antigua miseria. Mi deseo era venir a España para conocer a mi Lolita. Pero ¡ay, los negocios! Un año por la sequía, otro por la abundancia, otro por compras ventajosas, nunca he podido venir, pero me consolaba escribiendo a mi amigo don Ignacio, contemplando el retrato de mi hija y proponiéndome conocerla al año siguiente.

Un día, señor, doña Delfina cayó sobre mí como en sus buenos tiempos. Había encontrado olvidado sobre mi mesa un retrato. «Pirata: a tus años ¡y con una niña que puede ser tu hija!... ¡Todos los viejos sinvergüenzas sois iguales!».

Por orgullo y porque mi pobre Lolita no sufriera ni remotamente la sombra de una suposición injuriosa, dije toda la verdad. Sí: podía ser mi hija y lo era efectivamente... Y conté a mi mujer todo lo ocurrido.

Quedó la pobre anonadada por la revelación. Pero fue tal vez asombro más que otra cosa. Había leído muchas escenas como esta: ¡pero de lo vivo a lo pintado!... Además debí crecer mucho ante sus ojos... Su viejo era casi un héroe novelesco.

Pasó en silencio muchos días. Varias veces la sorprendí examinando el retrato. Parecía que de pronto nos dábamos cuenta de la soledad

en que vivíamos. Sobrinos nada más en torno nuestro, aleccionados por los parientes para sacarnos plata. Nada que fuese realmente nuestro. «¿Por qué no la traemos con nosotros?», dijo una noche Delfina. Y aquella noche, señor, lloré de emoción, lloré con la cabeza en un hombro de mi mujer, admirando su bondad de santa. Ella la legitimaría como suya. No había de faltar algún «tinterillo» de esos que se tutean con las leyes, que arreglase las cosas de modo que mi mujer sin moverse de América hubiese tenido una hija en Madrid.

Yo andaba malucho por entonces y mi Delfina no quiso que me arriesgase en un viaje. ¡Que viniese la niña con el matrimonio cristiano y hasta con el mismo don Ignacio! El santo varón se excusó. ¡Sus años! ¡Su cargo!... Y yo giré una buena cantidad de plata para los gastos del viaje. Había que hacer un buen equipo a la niña, y sus acompañantes no debían sufrir privaciones. Don Ignacio se comprometió a arreglarlo todo. Hace de esto unos diez meses. Transcurrió el tiempo sin noticias. En casa nos sentíamos violentos. «Lolita está enferma; me lo dice el corazón», gimoteaba mi Delfina. Yo escribí y cablegrafié. Una breve carta de don Ignacio fue la respuesta.

Efectivamente: la niña había sufrido una enfermedad y estaba en el campo reponiéndose. No me decía adónde. Don Ignacio también andaba malucho y había abandonado el curato. ¡Los años! A pesar de esto se proponía venir a América para lo cual me pidió más dinero. Se lo envié: nuevo silencio. Delfina sentíase cada vez más inquieta, y ya no se opuso a mi viaje. Envié un largo cablegrama a don Ignacio antes de embarcarme con el fin de que me esperase en la estación, indicando una señal que haría yo para ser reconocido. Y cuando llego, en vez de presentarse el sacerdote o sus amigos surge la policía y me trae aquí. Usted dirá ahora, señor, para que he venido... ¿Conoce usted a don Ignacio? ¿Sabe algo de la niña?...

El juez habló fríamente, con voz pausada, fijando sus ojos inexpresivos en don Bruno que parecía emocionado por su propio relato.

—Ha vivido usted fuera de su patria, señor Rendueles, y no sabe seguramente lo que son «enterradores». Así llaman a los que inventan tesoros ocultos, falsos parentescos, fantásticas herencias y maravillosas historias.

Son novelistas malogrados que en vez de escribir novelas las ponen en acción, en plena vida real. Casi puede decirse que los enterradores constituyen una de nuestras grandes industrias de exportación. La policía tiene que vigilar las estaciones para detener y abrir los ojos a los incautos que se presentan de las más distintas partes del mundo, atraídos por los embustes y enredos de estos criminales imaginativos. En la misma semana llegan de Noruega, del Asia Menor, de Chile o de una isla de Oceanía gentes a las que se han prometido cuantiosos tesoros ocultos bajo tierra o en antiguos palacios, y que para recibirlos empiezan por adelantar dinero suyo. Les han escrito generales que jamás existieron, gobernadores de castillos fantásticos, curas de parroquias que nadie conoce... Es la inventiva de un Balzac tomando por escenario el mundo entero y escribiendo en todos los idiomas. Es «el cuento del tío» de que usted hablaba, pero con forma literaria y basado en un gran conocimiento psicológico.

—Pero señor —dijo sofocado Rendueles—, aquí no se trata de ningún tesoro. Yo soy rico y...

—A cada uno lo explotan según su carácter y aficiones. A los codiciosos les hablan de dinero; a usted, querido señor, le han inventado una hija.

Rendueles se levantó casi de un salto a impulsos de la sorpresa, se llevó una mano a la frente, y miró al juez escandalizado, como si hubiese dicho un gran disparate. Pero inmediatamente pareció serenarse fijando en el magistrado unos ojos irónicos.

—¡Inventado!... ¿Entonces quiere usted decir que no existe mi hija..., mi Lolita?...

El juez pareció no oír la pregunta y siguió hablando.

Don Ignacio, el santo varón, era indudablemente un «enterrador» famoso al que había sorprendido la policía meses antes apoderándose de los papeles de su oficina. Desde ella escribía a casi todas las naciones, manteniéndose en relación con otros centros de la misma clase. En aquel archivo rigurosamente ordenado y encasillado, estaba toda la correspondencia de don Bruno y por esto el juez conocía su historia. El estafador había conseguido fugarse.

—Una verdadera lástima, señor Rendueles. Él nos hubiese explicado cómo se fijó en su persona y se le ocurrió el cuento de la niña. La

policía aún tuvo tiempo de salvar el último envío de dinero que hizo usted. Llegó algunos días después de la fuga del «pájaro». También se recibió en su oficina el cablegrama y por él supimos que venía usted.

Otra vez don Bruno saltó de su asiento como azorado.

—Nada me importa el dinero, señor juez, hagan de él lo que quieran... pero ¡por Dios!, hablemos seriamente o de lo contrario es cosa de volverse loco... Si todo es mentira ¿cómo don Ignacio conoce mi historia?

—Ese hombre no sabía nada, y lo que usted llama su historia la forjó él, y usted ha acabado por creerla. El mismo cuento que le contó a usted se lo habrá contado sin éxito a otros muchos; pero usted estaba preparado para morder el anzuelo.

—No: no puede ser. ¿Y cómo sabía él mi existencia? ¿Cómo conocía mi nombre?

—Tal vez por informes de algún camarada de América; tal vez fue simple corazonada de escribirle al ver su nombre en una guía o escucharlo en una conversación.

—Pero ¿y la niña, señor? ¿También es mentira lo de la niña?...

Don Bruno sonreía triunfante señalando el retrato que estaba sobre la mesa. ¿También, aquella criatura graciosa y dulce era una invención de «los enterradores»? ¡Ah, señor juez! ¡Alma escéptica y glacial, endurecida por el roce con las maldades humanas! La niña no podía ser una invención. Allí estaba sonriendo como un ser real dentro del marco de la cartulina, y además en su hotel tenía varias cartas guardadas en el fondo de una valija, cartas de una inocencia conmovedora, escritas con letra de correcto perfil inglés, que revelaban el pulso tranquilo de una colegiala sana y bien equilibrada. «Mi querido protector: (Don Ignacio aún no le había revelado el secreto). A usted que es mi segundo padre me dirijo en este día para felicitarlo...». ¿Y esto también era mentira?... ¡Ah, señor juez!

El magistrado comenzó a alarmarse de la exaltación de Rendueles y de nuevo hizo el relato de la industria del «enterramiento» y sus hazañas. Habían abusado de su credulidad para robarle el dinero. Todo era mentira.

—Pero la niña existe, señor mío —dijo don Bruno con aspereza—. Ahí tenemos el retrato que nos demuestra que no es un ser fantástico.

Ahora bien, ¿dónde puedo encontrarla? Usted debe ayudarme. Piense que es mi hija.

El juez levantó los hombros. ¡Aquella niña!... ¡Vaya usted a averiguarlo! Podía ser una fotografía cualquiera adquirida por los estafadores. Podía ser una muchacha cazada en los bajos fondos para que sirviese unos instantes como modelo.

—Todo mentira, señor Rendueles.

Pero el señor Rendueles no escuchaba. Había caído como desplomado en su asiento al pensar que podían ser ciertas las suposiciones del juez. Se hacía la noche ante su pensamiento. El vacío se creaba en torno de él, ensanchándose en oleadas destructoras, llevándose por delante personas y cosas. ¡La nada!... Y como restos de este naufragio universal solo quedaban la cartulina sobre la mesa con su cabecita sonriente, y allá lejos, muy lejos, esfumado en el horizonte, un perfil aquilino de mujer, con lentes de oro, inclinado sobre una novela, y que se erguía de vez en cuando como si esperase algo que no llegaba nunca.

Y el pobre viejo con una humildad infantil repitió varias veces la misma súplica.

— Todo mentira, no lo discuto. Pura invención mi paternidad... He sido un tonto, señor juez, ¡Pero la niña! ¡Por Dios!... ¡Que me den mi hija!

# **ANEXOS**



## LA ROSA DEL CERTAMEN<sup>1,2</sup>

### I

Sobre la cumbre de una de las altas montañas que tanto abundan en el reino valenciano, y como nido de águilas escondido entre gigantesca peñas, se levanta un fuerte castillo de construcción arábiga que pertenece a un señor feudal de aquellos tiempos.

Era a la caída de la tarde de un hermoso día del año 129..., y nubes de color de oro se iban formando alrededor del sol, el cual iba hundándose tras las montañas pausadamente.

¡Qué hermosa era aquella tarde! El sol, al ir a desaparecer, se despedía sonriendo de la tierra, coloreando de anaranjado las altas montañas, al mismo tiempo que a los torreones del castillo les daba un claroscuro hermoso que borraba su negrura producida por las lluvias y el tiempo.

Apoyada en el alféizar de la gótica ventana abierta en el muro de la torre principal, había una mujer, mas digo mal, un ángel, que contemplaba con interés el vasto paisaje que a su vista se ofrecía.

Sus cabellos han robado su color rubio al sol, sus ojos son azules como el cielo, su boca es coral, tras la cual asoma las perlas de sus

---

<sup>1</sup> *El Turia*, 11 de febrero de 1883, pp. 2-4.

<sup>2</sup> Aunque esta leyenda publicose una parte en *El Miguelete*, volvemos a comenzarla en este periódico para que pueda ser comprendida por los nuevos lectores (*N. del A.*).

dientes, y en cuanto a su rostro, no es otra cosa que un conjunto de rosas y azucenas. Una túnica blanca como la nieve cubría su cuerpo, la cual le daba un aspecto de sencillez y de pureza.

¿Quién es ella?

Ella en su alma es una criatura poética que pasa los días contemplando las bellezas del cielo y la tierra, y que lanza suspiros de alma enamorada que suben a la inmensidad como testimonio de amor.

Mas en su persona ella es la hija de D. Pedro de Montalbán, señor del castillo, ricohombre de Aragón y noble por los cuatro lados, que tiene a sueldo una mesnada, con la cual vino desde Aragón, su patria, para dar ayuda a su rey D. Jaime I en la conquista de Valencia.

Cuando la guerra concluyó, el rey, en premio de sus servicios, le dio el castillo en que comienza esta leyenda, y que era el que él habitaba, junto con una gran parte de su botín.

El lector ya sabe quién era D. Pedro Montalbán, mas no lo conoce en persona.

Era un hombre fuerte como todos los de su época, e ignorante en todas aquellas cosas que no fueran de guerrear.

En otros tiempos había tenido mujer; pero en el momento en que lo presentamos a nuestros lectores, hacía tiempo que había muerto, y apenas Juana, que este era el nombre de la hija, había podido conocerla.

Muy desconsolado quedó D. Pedro por la muerte de su esposa, pues a pesar de su rudeza la amaba con todo su corazón; mas pronto tuvo un alivio a su dolor en su querida hija, a la cual el cielo había criado tan hermosa.

Y su pecho, a pesar de estar a prueba de toda sensación, pues la había perdido en los combates, se enternecía y sentía una cosa que no podía explicarse, cuando al salir el sol por el oriente se levantaba su hija e iba a depositar un beso sobre su tostada frente.

Y después se complacía viéndola correr por el jardín del castillo tras de voladora mariposa o cogiendo flores, que perdían parte de su hermosura al encontrarse junto a rostro tan bello.

Pero volvamos a Juana, que apoyada en el alféizar contemplaba los montes que rodeaban al castillo.

—No vendrá hoy —se decía en voz baja, mientras que sus ojos contemplaban ávidamente la extensión de terreno que delante tenían.

Mas apenas concluyó de decir estas palabras, cuando un nuevo personaje penetró en la estancia.

Era un hombre de temperamento atlético, sus músculos parecían de hierro; así es que bastaba mirarlo para conocer que en el combate aquel hombre debía ser terrible para sus enemigos.

Iba vestido de fuerte malla, y solo sobre esta llevaba una sobre-veste<sup>3</sup> blanca ceñida a la cintura por una correa, de la cual pendía una larga espada.

Su fiero rostro estaba tostado por el sol y curtido por el viento, cruzándole la frente una larga cicatriz que cubría algo su melena cana, lo mismo que su barba.

Este era D. Pedro de Montalbán, el cual, al entrar y ver a la joven distraída y con el rostro melancólico, hizo un gesto de disgusto, y acercándosele, la llamó con acento bondadoso.

—¡Juana! ¡Hija mía!

—¿Qué queréis, padre mío?

—Óyeme, ¿por qué pasas las horas contemplando el espacio, mientras que tienes otras cosas que te solazarán más? ¿No tienes a Zulima la mora, la cual te alegrará con sus caprichosos y fantásticos bailes? Si es que ya no te gusta eso, llamaremos a los trovadores que tú quieras para que con sus cantos te diviertan. Mas ¡ah, torpe de mí!, ahora recuerdo que hace una hora ha llegado al castillo un juglar que tú conoces.

—¿Quién es, padre? —preguntó Juana con interés.

—¿Te acuerdas de aquel trovador que el año pasado por este tiempo se hospedó en nuestro castillo? Pues bien, es Ramón su criado.

—¿Y qué es lo que él dice? —preguntó con creciente interés Juana.

—Dice que su amo, D. Guillen, ha quedado atrás, pero llegará mañana mismo a nuestro castillo.

—¿Y qué hace Ramón?

---

<sup>3</sup> Especie de túnica sin mangas que se colocaba sobre la cota de malla.

—Les está contando una leyenda a nuestros escuderos. ¿Quieres que lo haga subir?

—Sí, padre mío, sí.

—Ahora mismo vendrá.

Y D. Pedro, después de besar la pura frente de su hija, salió de la habitación.

—Mañana vendrá —exclamó Juana—, mañana. —Y llena de alegría infantil, comenzó a reír y cantar todo a un tiempo—. ¡Ah, Guillem mío! —decía—, mañana vendrás, y te podré ver después de un año de ausencia tan triste. Pero callemos, que se oyen pasos en la escalera.

Y efectivamente, poco después, una bonita doncella mora que era Zulima abrió la puerta.

—Señora, Ramón el juglar aguarda vuestro permiso para entrar.

—Dile que pase —contestó Juana.

La doncella desapareció ligera, y a los pocos momentos entró en la habitación un hombre que era Ramón.

Los juglares en aquella época eran los acompañantes y criados de los trovadores que iban de corte en corte y de castillo en castillo.

Por lo regular, el trovador no tenía aptitudes para el canto, y de aquí que las más de las veces este componía los versos que el juglar cantaba después al son de su bandolín.

Estos eran un pozo de picardías y agudezas, a todo lo cual acompañaba su rostro, siempre picaresco, y aquella voz que lo mismo cantaba jácaras<sup>4</sup> que hacían desternillar de risa a los oyentes, como aquellas leyendas que las más de las veces hacían asomar las lágrimas.

Ramón reunía todas estas cualidades; su rostro era picaresco, asomando por bajo de una caperuza roja.

Su traje era estrambótico y extraño; concluía todo en puntas, sonándole los cascabeles que en su cinturón llevaba, del cual pendía un pequeño bandolín y una daga.

—Dios guarde a mi señora doña Juana —dijo el juglar, al mismo tiempo que se inclinaba saludando grotescamente.

---

<sup>4</sup> Romances, en tono alegre, sobre las andanzas de rufianes y malhechores.

—¡Ah!, eres tú, Ramón —dijo Juana con interés—. Oye, ¿dónde está mi amado Guillem? ¿Está bueno? Contesta pronto: ¿no ves que estoy impaciente?

—Calma, señora, calma —dijo Ramón, mirando a todas partes con temor—. Temo que me escuche alguien.

—¡Bah!, nadie se atreverá a entrar aquí para oír lo que me digas.

—Pero es el caso que vos ignoráis una cosa muy grave.

—¿Qué os sucede? —dijo Juana.

—Que nos vienen siguiendo desde las playas de Valencia.

—¿Y no sabes quién?

—No conozco el rostro de quien nos persigue; mas juraría que está dentro de vuestro castillo.

—¡Cómo! Eso es imposible. Mas... explícame todo lo que os ha pasado, y así podré yo comprenderlo.

—Pues bien, escuchad, señora. Hace cuatro días desembarcamos en las playas de Valencia mi amo y yo, pues veníamos de Tolosa del último certamen, donde D. Guillem ha alcanzado la rosa de oro.

—¡Ah, qué felicidad! Mas... sigue.

—Desembarcamos, como iba diciendo, y así que lo hicimos, mi amo, sin consentirme descanso de ningún género, hizo que ensillara los caballos y preparase la marcha para venir a este castillo. A mí ya me había llamado la atención un hombre alto y fornido, envuelto en un gran capuchón, el cual, mientras yo ensillaba, no hacía más que pasearse por delante de mí.

Montamos a caballo D. Guillem y yo, tomamos el camino de este castillo, y he aquí que el hombre encubierto monta también en el suyo y se viene tras nosotros.

¡Bah!, pensé yo. Tal vez sea algún peregrino que habrá venido de Tierra Santa en alguna nave de las que han llegado esta mañana, y que irá encubierto por cumplir algún voto.

Su castillo o su morada estará antes de donde vamos nosotros. Y pensando de esta manera, creí que el encubierto desaparecería cuando menos lo pensáramos. Mas no fue así; día y noche nos seguía, y tanto

me mortificó, que se lo dije a mi amo, que, como siempre, va pensativo y no se fija en nada.

—Vive Dios que es verdad —me dijo—. Ese desconocido me llamó la atención al desembarcar, por lo mucho que nos miraba. Mas aguarda, que me las va a pagar. ¡Eh, Sr. D. Villano, aguardad!

Y con ese genio que tiene, desenvainó la espada, y aplicando la espuela a su caballo, fuese sobre el desconocido.

*(Se continuará.)*

## LA CHUCHA

### Emilia Pardo Bazán

Lo primerito que José San Juan –conocido por el Carpintero– hizo al salir de la penitenciaría de Alcalá, fue presentarse en el despacho del director.

Era José un mocetón de bravía cabeza, con la cara gris mate, color de seis años de encierro, en los cuales solo había visto la luz del sol dorando los aleros de los tejados. La blusa nueva no se amoldaba a su cuerpo, habituado al chaquetón del presidio; andaba torpemente, y la gorra flamante, que torturaba con las manos, parecía causarle extrañeza, acostumbrado como estaba al antipático birrete.

—Venía a despedirme del señor director –dijo humildemente al entrar.

—Bien, hombre; se agradece la atención –contestó el funcionario—. Ahora, a ser bueno, a ser honrado, a trabajar. Eres de los menos malos; te has visto aquí por un arrebato, por delito de sangre, y solo con que recuerdes estos seis años, procurarás no volver... Que te vaya bien. ¿Quieres algo de mí?

—¡Si usted fuera tan amable, señor director...; si usted quisiera... Animado por la benévola sonrisa del jefe, soltó su pretensión.

—Deseo ver a una reclusa.

—Es tu «chucha»<sup>1</sup>, ¿verdad?... Bueno; la verás.

---

<sup>1</sup> Coloquialmente, «perra».

Y escribió una orden para que dejaran entrar a Pepe el Carpintero, en el locutorio del presidio de mujeres. Bien sabía el director lo que significaban aquellas relaciones entre penados, los galanteos a distancia y sin verse de «chuchos» y «chuchas»; el amor, rey del mundo, que se filtra por todas partes como el sol, y llega donde este no llegó nunca, perforando muros, atravesando rejas.

Tenían casi todos los penados en la penitenciaría de mujeres una «galeriana» que por cariño remendaba y lavaba su ropa; una compañera de infortunio, a la cual no habían visto nunca, y cuyas atenciones pagaban con cargo rebosando sentimentalismo ridículo..., pero sincero. Era el sacro amor, introduciéndose en aquel infierno para burlarse de la seriedad de las leyes humanas; la vida y sus efectos floreciendo allí donde el castigo social quiere convertir a los réprobos en cadáveres con apariencia de vida. El presidio, un convento vetusto, y el penal de mujeres, soberbio y flamante, contemplábase desde cerca, mudos, inmutables; pero un soplo de pasión contenida y ardiente, de primavera amorosa, germinando entre la mugre de la «casa muerta», iba de uno a otro edificio como la caricia fecundadora que por el aire se envían las palmeras de distinto sexo.

Tan grande emoción embargaba a Pepe al dirigirse al locutorio de mujeres, que sus piernas, temblorosas, acortaban el paso... ¿Cómo sería su «chucha»? ¡Por fin iba a verla! Y pensando en las formas de que la había revestido su imaginación en las noches de insomnio o en los solitarios paseos patio abajo y arriba, todo el pasado revivía de golpe en su memoria. Para comenzar, su entrada en presidio, resultado de tener mal vino<sup>2</sup> y pronta la mano; los primeros meses de sorda excitación, de huraño aislamiento, viendo deslizarse los días como pesadas ondulaciones de un río gris y triste. Después, cuando hizo amigos, extrañáronse de que un muchacho cual él, guapo y terne, que si estaba en trabajo era por ser muy pobre, no tuviera su «chucha», su «chucha» como los demás. Ellos se encargaban del arreglo; escribirían a sus amigos, y no faltaría en la casa de enfrente quien atendiese a tan buen

---

<sup>2</sup> Se tornaba pendenciero al emborracharse.

mozo. Un día le dijeron que su «chucha» se llamaba Lucía, más conocida por el apodo de la Pelusa, y Pepe le escribió, encontrando dulce satisfacción en saber que más allá de aquellos muros había alguien que pensaba en él y se interesaba por su vida. Pronto a este goce espiritual se unieron satisfacciones del egoísmo: alababan la limpieza de su ropa blanca y sentían envidia al ver ciertos manjares, obra todo de la Pelusa, de la enamorada «chucha», que, invisible como un duende, tenía para él cuidados maternos.

—Pero, camarada, ¡y qué suerte la tuya! —le decían los compañeros de pelotón con mal encubierta envidia.

—Esa Pelusa es de oro —añadía un veterano del presidio, oráculo de la gente joven—. Consévala, chaval, que mujeres así entran pocas en libra<sup>3</sup>.

—Pero ¿cómo es? —preguntaba Pepe con creciente curiosidad—. ¿Es joven? ¿Por qué está presa?

—Algo mayor que tú debe de ser, pues creo que no es esta la primera vez que visita la casa..., pero ¿qué te importa que sea joven o vieja? Tú déjate querer, que esa es la obligación de los buenos mozos, y cuando salgas en libertad, búscate otra que te atienda lo mismo.

Pepe protestaba. Sentía duplicarse el agradecimiento hacia aquella mujer; las relaciones, que al principio le parecían cosa de risa —buena únicamente para distraer el tedio del encierro—, le llegaban muy adentro ya, y la gratitud se volvía atracción, viendo que no pasaba día sin que en el rastrillo le entregasen para él paquetes de tabaco, prendas de ropa o algo de comer que le sostenía fuerte, robusto y sano, librándole del rancho insípido del penal, la peor engañifa para el hambre.

Pocos días dejaban de escribirse. Las primeras cartas respiraban este énfasis amoroso aprendido en los epistolarios populares; pero fueron haciéndose más sinceras, según los dos amantes, por aquel reiterado contacto de alma: iban conociéndose. Hablaban de su situación, de la desgracia en que se veían, en términos vagos, como si les causara rubor decir por qué y de qué modo, y contaban fecha tras

---

<sup>3</sup> Locución verbal coloquial con el significado de «hay pocas mujeres como ella».

fecha el tiempo que les faltaba para cumplir. Él saldría libre un año antes que ella... ¡Con qué tristeza lo repetía la pobre «chucha»! Y José protestaba con entereza de muchacho enérgico, caballeresco a su manera, incapaz de faltar a la palabra. Él esperaría a que saliera ella; se casarían y serían felices; lo decía de corazón, sintiéndose ligado para toda su vida por el reconocimiento a sacrificios que habían endulzado sus amargas horas.

No sabía si aquello era amor; realmente, nunca se había sentido dominado por mujer alguna; no recordaba más que lances fáciles, los encuentros causales de su época obrera; pero a su «chucha»... la quería sin conocerla y juraba no abandonarla jamás. No porque estuviese en presidio era un canalla capaz de olvidar a aquella mujer que pensaba en él a cada momento y trabajaba porque nada le faltase. Consistía su única preocupación en saber algo de la historia o del aspecto de su «chucha». Por desgracia, los mandaderos no la conocían; en la Galera<sup>4</sup>, regida por monjas, no entraba otro hombre sino el director; y con escrupulosa delicadeza, ni él ni ella se atrevían en sus cartas a hablar del pasado ni de sus personas, como temiendo que al entrar luz se rasgara el ambiente del misterio amoroso y se disipase el hechizo. Los últimos días, ¡qué turbación tan intensa!... Pepe hablaba entusiasmado de la próxima salida, y ella contestaba lacónicamente; sus palabras respiraban tristeza, casi se lamentaba de que el hombre amado recobrase la libertad, recelando despertar del ensueño de seis años. Y la misma impaciencia de sus últimos días de escribir dominaba a Pepe cuando entró en el locutorio de las penadas. Después de entregar la orden del director, quedose solo, hasta que por fin, a través de la tupida reja, oyó suaves pisadas femeniles. Dos monjas se apostaron inmóviles en el fondo de la galería, donde no podían oír las palabras, pero sí seguir con la vista todos los movimientos de la que ocupaba el locutorio; y una galeriana fue aproximándose con paso torpe, cual si le asustase llegar a la reja.

No hizo movimiento alguno. ¡Las monjas no le habían entendido! Aquella mujer no era la que él buscaba; y miró con extrañeza a la

---

<sup>4</sup> Cárcel de mujeres.

reclusa, especie de payaso de la miseria, disfrazado con faldas grises; criatura exigua, demacrada, encogida, los ojos saltones veteados de sangre, de pelo canoso, cerril y escaso, alborotado sobre la frente y asomando entre los labios lívidos una dentadura enorme, amarillenta, de caballo viejo. La mujer aparecía, además, mal pergeñada, sucia, como si enfaenada en la furia del trabajo se hubiese olvidado de sí misma. Se miraron algunos instantes con extrañeza, y acabaron sonriendo, convencidos de la equivocación.

—No; no es usted —dijo Pepe—. Yo busco a la Pelusa. Me acaban de poner en libertad y vengo a conocerla.

La galeriana se hizo atrás con rápido movimiento de mujer cuyo sistema nervioso está en perpetua tensión por el género de vida.

—¿Eres tú..., tú...? ¡Pepe!

Y se lanzó contra los hierros, como si buscase verle mejor, devorarlo con los ojos.

Permanecieron silenciosos breves instantes. Ella, pasada la primera impresión, mostró profundo desaliento; sus ojos se llenaban de lágrimas, tributo pagado a la decepción horrible. Él absorbía con la mirada la degradación de aquella ruina, que parecía haber recogido en su persona la vejez y la inmundicia de todo presidio... ¡Dios, cuán fea era! Tragándose el llanto, sofocando su tristeza, la Pelusa fue la primera en romper el silencio, como si deseara terminar cuanto antes aquella escena penosa y difícil.

—¿Vienes a despedirte?... Bien hecho; se estima. Mira: yo, mientras viva, no te olvidaré.

Y bajó la cabeza para no mirarle; dijérase que su presencia le causaba daño, revolviendo el rescoldo de su cariño de la entraña... condenado a extinguirse.

—No, Lucía; vengo no más a verte. Ni me despido ni me voy... Vengo a decirte... que soy el mismo... y a cumplirte la palabra.

Pepe profirió esto con fuerza, con acometividad, ofendiéndole la sospecha de que aquella entrevista pudiese ser la última. Entonces la «chucha» se atrevió a contemplarle; pero con expresión de tierna lástima, a estilo de madre que agradece dulces mentiras del hijo.

—No quieres darme mal rato... Bien, hombre... Dios te lo pague; pero ya ves cómo soy: vieja, un susto, y, además, poca salud... ¡Si supieras qué guerra les doy a las pobres hermanas con este corazón que siempre me está doliendo!...

Se detuvo al llegar aquí, cual si se avergonzase. Su cara, de una palidez blanduzca, tono de cera amasada con arcilla, se coloreó, animándose. Hizo un esfuerzo y continuó:

—Estoy aquí por ladrona; no he hecho otra cosa en mi vida sino robar... Y a ti, ¡basta verte!, tienes cara de bueno; habrás venido por alguna desgracia..., vamos, por bronca o cosa parecida. No me engañes, ¿para qué?... No vas a salir con que me quieres, hijo... Mírame bien... ¡Si puedo ser tu madre!

Impresionado por las palabras de la reclusa, Pepe quería discutir las, y las acogía con furiosos movimientos de cabeza; pero Lucía prosiguió, sin darle tiempo a que protestase:

—Estoy más enferma de lo que parece; después de este trago, ya sé que no salgo de aquí con vida, ¡ay, cómo me duele el perro corazón!... Es que me han engañado; yo creí que eras uno de tantos, un verdadero «chucho», uno del presidio... Y por eso te quise; ¡nada, cosas que se le ponen a una en la cabeza; humo que se le mete allí!... ¡Y estaba yo más atontecida! ¡Ea, hombre!, márchate y no te acuerdes del santo de mi nombre, Dios te dé suerte, cuanta mereces, y que encuentres una mujer según necesitas... Porque tú vales un imperio... ¡Eres mucho mozo, caramba!

Lo murmuraba con el alma entera, pegando su pobre cabeza de caricatura a los hierros, apretando contra ellos sus manos descarnadas, ansiosas de tocar al deseado de sus ensueños, que se presentaba en la realidad, joven, arrogante y con aquel aire de bondad y simpatía...

—No, Pelusa —contestó el mocetón con entereza—. Yo soy muy hombre, y los hombres solo tenemos una palabra. Prometí casarme contigo y esperaré a que salgas. No vengo a despedidas, sino a que me conozcas..., y a decirte hasta luego. ¿Si te creerás que se olvidan seis años de sacrificios, de vestirme y matarme el hambre, mientras tú sabe Dios lo que comerías y cómo vivirías?... Pues ni que fuera yo un señorito de esos que viven estrujando a las mujeres...

Seguía la Pelusa agarrada a los hierros, y vacilaba lo mismo que si aquellas palabras cayesen con tremenda pesadumbre sobre su cuerpo endeble.

—Pero ¿va de veras? —murmuró, con voz ronca—. ¿Serás capaz de quererme así como soy?... ¿Vas a esperarme todo un año?

—Mira, Pelusa —continuó el muchacho—, yo no sé si te quiero como a las otras mujeres. Lo que te digo es que no pienso irme y no me iré... ¿Que no eres guapa, guapa? Conformes. ¿Pero es que en el mundo solo las guapas han de encontrar quien las quiera? No me importa lo que fuiste ni por qué entraste aquí: a mi lado serás otra cosa. Esperaré trabajo, el director, que es bueno, me empleará en las obras de la casa, si es preciso pasaré necesidad, pediré limosna... Lo que te aseguro es que no me largo, y que ahora soy yo, ¡yo!, quien traerá a su «chucha» ropa y comida.

Lucía cerraba los ojos. Parecía que le deslumbraban las fogosas palabras de aquel hombre, y echaba atrás el rostro contraído por grotesca mueca que expresaba asombro y felicidad.

—Tengo aquí clavado el agradecimiento —prosiguió Pepe— y ganas de llorar cuando pienso en lo que has hecho por mí. ¿Dices que podrías ser mi madre? Lo serás si quieres; yo no he conocido a la mía. Sales y viviremos juntos; trabajaré para ti sin pensar más en copas ni en amigos; a mi lado engordarás y te remozarás, ¡y a no acordarse de este sitio! Tu aquí encontraste un hombre de bien, y yo la primera mujer de mi vida.

—¡Dios mío!... ¡Virgen Santísima! ¡Virgen!...

Era la Pelusa, que se desplomaba lentamente, mientras sus manos se cubrían de arañazos al desasirse y deslizarse por el enrejado duro y pinchador.

Cayó como un fardo de harapos, estremeciéndose, balbuciendo entre convulsiones, con vocecilla infantil:

—¡Pepe, Pepe mío!

Las dos monjas, mudos testigos de la entrevista, vieron caer a la Pelusa y corrieron para recoger del suelo aquel montón de infelicidad.

Otras monjas, atraídas por los gritos, comenzaron por expulsar a Pepe del locutorio; a pesar de sus ruegos y exclamaciones, las herma-

nas no se daban cuenta de lo ocurrido. Si gustaba podía volver otro día, con permiso del director...

Pero ni lo pidió ni tuvo que buscar trabajo. ¿Para qué? Al día siguiente la Pelusa era borrada del registro del penal. El soplo de ventura y de vida que el «chucho» había llevado consigo al locutorio rompió el corazón de la miserable y la hizo libre.

